

BLAS RUIZ GRAU

KRYPTOS



se

BRUNO NIEVAS ROBERTO LÓPEZ-HERRERO
CÉSAR PÉREZ GELLIDA GABRIEL
PRÓLOGO DE JUAN GÓMEZ-JURADO

Lectulandia

La ciudad más vigilada del mundo, Washington DC, es amenazada por un terrorista que afirma poder detonar cinco bombas. Mientras, el sistema de cifrado más seguro y avanzado del mundo es burlado por una adolescente. Julie, agente de la CIA veterana de Iraq, deberá proteger la vida de la joven *hacker* perseguida por diversas facciones dispuestas a todo. Un *thriller* actual en el que Blas Ruiz Grau, con la colaboración de Bruno Nieves, Cesar Pérez Gellida, Gabri Ródenas y Roberto López-Herrero, difumina los límites de la legalidad y nos hace preguntarnos en manos de quién estamos. «Un *thriller* angustioso sobre los límites de la seguridad en el mundo moderno, adictivo y que no te suelta hasta el final». Juan Gómez-Jurado. «Cuatro escritores de primera línea ayudan a Blas Ruiz Grau a tejer una trama inteligente y trepidante donde la tecnología informática desvelará el secreto que encierra Kryptos».

Blas Ruiz Grau

Kryptos

ePub r1.0

Titivillus 11.03.2021

Título original: *Kryptos*
Blas Ruiz Grau, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A Mari y a Leo.
No hay estrella que no pueda alcanzar si me la pedís.
Y si no, también.*

Prólogo

No suelo escribir prólogos. Odio escribir prólogos. No creo que los prólogos a una novela sean buenos. Normalmente solo sirven para estropear el ritmo del relato con la voz de un escritor distinto. O, como poco, te recuerdan que estás leyendo un libro. Porque son autorreferentes y todas esas mierdas fractales. Por muy buenos que sean, siempre serán inferiores a la ficción que viene inmediatamente después.

Así que... ¡largo! ¡Pasa al siguiente capítulo!

¿Aún sigues aquí?

Parece que mi truco de gritar «¡FUEGO, FUEGO!» como maniobra evasiva no ha funcionado. Supongo que no queda más remedio que decir unas palabras, ponerme en pie, brindar por el autor, decir que es alto, guapo, que las mujeres le adoran y los hombres quieren ser como él, que su prosa es únicamente inferior a la de Cervantes, que esta historia es la octava maravilla del mundo, etc, etc, azúcar, azúcar, ganas de asesinar al prologuista, FIN.

Ya está, ya te he dado lo que esperabas. ¡Pasa al siguiente capítulo!

Y dale. ¿No te vas a ir nunca?

Ya veo. Un lector pertinaz. Has pagado tus buenos centimitos por el libro y quieres exprimir la experiencia al máximo. Bueno, pues en ese caso...

(CARRASPEO).

Este libro es bueno. Está escrito desde el corazón y con la colaboración de personas que saben escribir y que están destinadas a contar. No creo que aparezcan en los libros de Historia de la Literatura, y será bueno que así ocurra, porque son todos muy feos, muy especialmente Bruno, seguido de cerca por Blas. No queremos sobrecargar nuestro ya de por sí pobre sistema de salud con un montón de escolares traumatizados.

Lo que sí son Bruno, Gabri, César, Roberto y Blas son narradores. Narradores de los de antes. De los que a mi me gustan. De los que me hicieron mangar tantos y tantos paquetes de pilas en el *super* para poder alimentar la linterna con la que leo por la noche. Verne. Burroughs. Conan

Doyle. Dumas. Scott. A hijos de puta como ellos les debo mi miopía (y al Día de Menéndez Pelayo unas diez mil pesetas en pilas AAA).

Estos son de la misma camada. De los que no te dejan dormir y te enganchan a cada página. Ahora vuelve la página y descubre por qué.

Juan Gómez-Jurado

Enero 2015

Capítulo 1

21-10-2014.

Afuera de Brooklyn, Nueva York, 03:26

«Hay momentos en los que un hombre tiene que hacer lo que hay que hacer».

El niño le vio coger su Glock y salir. No le dijo nada. De hecho, nunca más volvió a hablar. Nunca.

Salió de su escondrijo sin dejar de mirar el cuerpo inerte que ahora reposaba en el suelo. Le repugnaba. Sintió el fuerte impulso de dedicarle otro disparo, pero la imagen que tenía enfrente le indicó que la faena estaba rematada.

Tenía la cabeza dividida en cuanto a emociones. Jamás había permitido que su consciencia entrara en juego cuando realizaba un trabajo, pero la mirada de ese niño de dos años lo había cambiado todo.

Todo.

Con él no pudo hacerlo. Se recordó a sí mismo hacía unos segundos con el arma reposando sobre su frente.

Por primera vez le tembló el pulso.

Esperó que fuera la última. Por su propio bien.

Al pasar por la habitación principal observó que sus ocupantes permanecían con los ojos cerrados. Tardarían en despertarse unos minutos, la inhalación del compuesto CHCl_3 provocaba este efecto en dosis adecuadas. No era la primera vez que había usado cloroformo para provocar la inconsciencia en una víctima. Sabía que su uso huía de lo que se mostraba en la ficción, ya que tenían que inhalar unos minutos el compuesto para provocar un pequeño rato de inconsciencia.

La niña de ocho años también descansaba con placidez tras la inhalación.

Este gesto tan simple haría que en su macabra lista mortal hubiera menos nombres anotados y aun así había realizado su trabajo a la perfección.

Nunca supo que el niño jamás recuperaría el habla después de lo que observó, pero estaba seguro que igualmente no podría decir mucho a quien le preguntase. Nadie era más cuidadoso que él en sus trabajos.

Nadie.

Aunque algo parecía haber fallado, faltaba una persona en la vivienda. Su cama estaba hecha, quizá estuviera en casa de una amiga.

Tenía que averiguarlo y, en este caso, sí debería deshacerse de ella. Aquí no había duda.

En realidad pensó que ya no importaba demasiado. Ya no daba tiempo a nada, las horas se iban consumiendo como un cigarrillo encendido.

Al menos había conseguido su objetivo principal.

Aquello no pesaba nada. Era uno de esos odiosos cacharritos con el símbolo de la manzana mordida, pero en versión pequeña. En ocasiones le daban ganas de escupir cuando veía pasar un joven lleno de acné con un teléfono móvil con el mismo símbolo. Estos aparatos costaban más que todo el dinero junto que vio a lo largo de su infancia. Pero ahora se alegraba que no fuera una pesada torre convencional. Así su movilidad sería mayor.

Dejó el resto de periféricos. No eran de utilidad en este caso.

Con extremo cuidado, regresó sobre sus pasos y salió del inmueble. Repasó mentalmente una vez más si había dejado el más mínimo rastro que lo pudiera incriminar. Supo que no.

Nadie sabría qué hacía aquella persona tirada en el suelo. Su pistola estaba limpia, jamás podrían relacionarla con él.

Su hombre lo esperaba en el coche oculto en el callejón oscuro con el motor en marcha. A su mente vino cómo ambos habían modificado el motor para hacerlo apenas audible mientras estuviera encendido. Era primordial que nadie supiera que estaba ahí. Mucho menos que pudiera verles huir. Este tenía órdenes precisas de que, si algo fallaba, podía escapar de allí sin represalias futuras.

Pero era imposible que nada saliera mal.

O eso pensaba.

Dentro del armario en el que solían guardar la ropa sucia, con todos los músculos de ambos cuerpos tensos tras la detonación, una mano cubría la boca de la que debía haber sido la víctima principal.

Podía sentir los latidos del corazón de su captora. Aquella mujer tenía una fuerza sobrehumana y le era imposible mover un solo músculo.

Respiraban acompasadas, como si ambas bailaran al unísono, como si fueran una sola.

No entendía nada de lo que estaba sucediendo, aunque acabaría descubriendo que, a pesar de que su mundo jamás volvería a ser el mismo, le debía la vida a esa joven.

Tan solo necesitó unos segundos para entender el porqué de esa situación. Ya lo había temido hacía unas horas. Había estado autoconvenciéndose de que aquello era imposible que sucediera.

Ahora sabía que sí.

Sucedió.

Estaba sucediendo.

Capítulo 2

Catorce horas antes.

Utah Data Center (NSA), 12:25

El programador corría nervioso hacia el despacho de su jefe. Normalmente, cuando lo hacía, el motivo era justo el contrario por el que lo estaba haciendo en aquellos momentos. Aquello debía de tratarse de un error.

Aunque vaya error.

Cuando estuvo frente a la puerta, tocó con sus nudillos. A pesar de lo urgente de la situación, sabía cómo se las gastaba el inquilino del despacho.

—Pase —ordenó una voz poco amistosa.

Abrió la puerta con cuidado, no quería enfadarlo más de la cuenta. Sobre todo sabiendo que cuando le diera la noticia que traía, se lo iban a llevar los demonios.

El chico miró a su jefe, estaba al borde del ataque. No podía ocultarlo.

—¿Qué coño ocurre? —Preguntó el que estaba sentado tras la imponente mesa de cedro.

—Señor, verá, ha ocurrido algo.

—¿Alguna amenaza grave?

El programador tragó saliva.

—¡Hable! —Gritó dando un puñetazo en la mesa que hizo que la pantalla de su PC se elevara casi dos centímetros.

—Señor... ese es el problema. No lo sabemos.

—¿Cómo? ¡Está acabando con mi puta paciencia!

—A... ver... —balbuceó— hemos encontrado un mensaje oculto en un *mail*, en un archivo multimedia...

—Nada nuevo —le interrumpió aquel hombre que vestía con un exquisito traje de Armani.

—No lo sería si PurpleRain no llevara ya con él treinta y dos minutos.

El hombre palideció. Aquello que estaba escuchando no podía ser real.

—¿Y ha intentado...?

—Dos veces, señor. La primera la hemos interrumpido a los veintidós minutos. He pensado en un fallo de PurpleRain, pero lo he descartado de inmediato. Ha tardado cuatro minutos con aquel mensaje ultracifrado de los norcoreanos. Más tarde he probado con el de hace un año, ¿recuerda? El de

los estudiantes iraníes que quisieron reírse de nosotros. Sigue funcionando como el primer día. Después de eso he pedido a Kirkman y a Bets que me ayudaran con los filtrados de protocolo, pero nada. No lo descifra.

El director de la NSA dio media vuelta, necesitaba que la luz le golpeará en la cara para saber si estaba despierto o no. Una vez lo hubo comprobado, para su desgracia, no le quedó más remedio que dirigirse a su mesa y agarrar el teléfono de conexión segura.

Marcó la primera tecla y esperó.

—Póngame con el presidente... Sí, sé que está reunido con el secretario general de la ONU, ¡póngame con el puto presidente!

El Capitolio (Washington DC). 17:42

Habían recibido varias amenazas de bomba durante la última semana, unas cuantas más de lo habitual. Decidieron no darle demasiada importancia. Este tipo de broma macabra estaba casi a la orden del día en El Capitolio de Washington DC. Sobre todo cuando había eventos importantes en la ciudad, como la visita de varios miembros del G8, reunidos con la cúpula de la ONU.

Los graciosos que se atrevían a llamar con la amenaza acababan recibiendo una carta de la NSA en su domicilio. Ya la tenían redactada y guardada para estos casos en la que se advertía de lo grave del delito que estaban cometiendo. Muchos pensaban que el gasto en la investigación de este tipo de bromas era dinero tirado de manera tonta, pero tanto el actual presidente como el anterior se tomaban muy en serio los temas de seguridad y no querían dejar pasar ni una.

Pero en este caso era distinto y era lo que preocupaba a Lewis Smith, jefe de la policía capitolina y máximo responsable de que todo estuviera siempre en orden.

Todo aparecía en blanco, el sistema era incapaz de identificar la llamada, ni siquiera el satélite. No podía triangular la señal ya que se perdía tras un par de segundos se rastreo.

¿Qué estaba pasando?

Había dos posibilidades: Que el sistema que utilizaban se hubiera roto o que, en realidad, aquello fuera más serio de lo que parecía.

Su instinto hizo que se decantara por la segunda, ayudado sin duda por el hecho de que el que había realizado la llamada sabía que se encontraban en una sesión extraordinaria, lejos de las horas habituales. Una sesión que, además, no se había anunciado al mundo exterior. Seleccionó la cámara deseada e hizo que su imagen se viera en la pantalla más grande.

Todo parecía transcurrir con la más absoluta tranquilidad.

El interlocutor le había dado un plazo ridículo que hacía que la amenaza se tornara más seria que el resto. Normalmente solía ser de más o menos una hora —en algunos casos media— para hacer explosión el artefacto. De esa forma habría tiempo suficiente para generar bastante caos. Cosa que nunca sucedía, pues no hacían caso de la mayoría. Pero en este caso todo cambiaba. Tres minutos y habría cinco explosiones.

Cinco.

Lewis se levantó de su asiento y comenzó a correr tan pronto como sus piernas reaccionaron.

Salió de la sala ante la mirada atónita de los allí presentes y se dirigió directamente hacia el punto en el que, supuestamente, ocurriría todo. Ya casi no tenía tiempo. Intentando localizar la llamada ya había perdido un minuto y quince segundos. Mientras lo asimiló, buscó la cámara y dio él mismo credibilidad a la amenaza, había pasado otro minuto. Le quedaban cuarenta y cinco segundos.

Tardó otros quince en llegar hasta la puerta que daba acceso. Dos guardias de seguridad velaban que nadie que no estuviera acreditado pudiera acceder a su interior. Ante la cara que mostraba su jefe, no dudaron en apartarse y dejarlo pasar.

Abrió la puerta de un empujón e irrumpió dentro.

Los senadores giraron sus cabezas de manera brusca hacia la puerta por la que había accedido Lewis. Muchos entendieron que algo grave debía estar pasando si el jefe de la policía del Capitolio había realizado esta aparición.

De pronto sucedió.

Cinco explosiones resonaron en el interior de aquella estancia. Lewis se tiró al suelo de forma instintiva con las manos en los oídos.

No había pasado ni veinte segundos cuando separó las manos de su cabeza y la levantó muy despacio. Aquello no había sido como su mente había imaginado, la magnitud de las explosiones distaba mucho de cómo pensaba que iban a ser.

Se incorporó lentamente y comprobó que cinco columnas de humo salían de cinco asientos de senadores.

—¡Un médico, rápido! —La voz del senador Chadbury sonó por encima de todas las que mostraban la confusión del momento.

Lewis corrió tras la petición de auxilio. Su instinto le hizo ir en dirección a la humareda más cercana.

Cuando llegó comprobó que, todavía sentado en su asiento a pesar de la explosión, el senador por Texas, Brett Dickinson, estaba herido. Tras una

primera comprobación observó que la peor parte había ido a parar hacia sus oídos, que emanaban un fino hilo de sangre.

Aunque parecía que no revestía una gravedad extrema.

Esto lo confundió todavía más.

¿Los explosivos habían fallado en un último momento?

La pregunta tardaría todavía en contestarse. Lo primero era saber cómo se encontraba el resto de senadores.

—¿Algún herido de gravedad? —Vociferó.

—El senador Adams sangra un poco, pero nada grave, parece —sonó una voz del centro de los asientos.

—Igual el senador McGrady —se dijo desde otro lugar.

—Aquí tenemos al senador Pérez con heridas superficiales, nada más, el senador Wolf, que se sienta al lado también tiene algo, pero nada que no tenga solución —comentó la voz del anciano senador Thommas.

—Al senador Reigner le sangran los oídos y está algo aturdido, pero se recuperará —añadió otra voz.

«Todos están relativamente bien», pensó Lewis. «¿Qué coño ha pasado aquí?».

Acto seguido entraron en la sala varios policías capitolinos alertados por el sonido de los estallidos. Todos tenían cara de no entender nada, aunque su rostro también mostraba la seguridad de estar preparados para lo que fuera que hubiera pasado. Estaban entrenados para ello.

Uno de los suboficiales se dirigió a su jefe.

Este último no dio oportunidad para preguntar siquiera qué había pasado.

—Quiero cinco grupos de tres hombres para, por un lado socorrer a los senadores heridos y, por otro, ver qué coño ha pasado con las putas bombas. Localícenlas y desalojen los alrededores para que los artificieros trabajen con ellas. Quizá no hayan explotado del todo, o haya más. Péinenlo todo con extremo cuidado. Un grupo de diez hombres ayudará a desalojar el resto de la sala, no quiero un puto senador aquí dentro. Me da igual quién sea y cómo se ponga. Todos fuera.

—Entendido, señor —respondió obediente.

Lewis se giró y extrajo su walkie del bolsillo, avisó a la centralita para que llamaran al grupo de artificieros y acudieran lo más rápido posible. Acto seguido observó cómo sus hombres ya estaban con lo que él había ordenado. La eficiencia con la que realizaron el trabajo era digna del grupo que había compuesto. En apenas dos minutos todo estaba desalojado y los agentes ya se afanaban en encontrar más artefactos con sumo cuidado.

Uno de los agentes apareció por la espalda de Smith.

—Señor, mire lo que hemos encontrado bajo la mesa central.

Lewis se giró de inmediato y vio que su hombre tenía un teléfono móvil en la mano. No tenía aspecto de ser de los última generación. Tenía teclas y una pantalla extremadamente pequeña.

Lewis buscó en su espalda los guantes de cuero, los llevaba colgados de su cinturón multiusos. Se los enfundó. Agarró el aparato para observarlo.

Estaba encendido, mostraba un color amarillento en su pantalla.

Esta mostraba un mensaje claro y conciso.

«Boom».

Con los ojos bien abiertos y casi sin poder apenas pestañear, además de tener las piernas temblorosas ante el cariz que estaba tomando la situación, tocó una de las teclas del dispositivo, la central.

Un nuevo mensaje apareció en pantalla.

«Mira el último día en las cámaras».

Lewis salió corriendo, sin ni siquiera esperar a nuevos resultados dentro de la sala.

Entró como una exhalación en la sala de control de cámaras. Agarró el ratón que controlaba el sistema y buscó el día anterior en el cuadro de fechas. Lo seleccionó.

Como no había habido actividad en la sala del senado, pudo permitirse el lujo de darle al botón de avance rápido. Una persona entró cuando el reloj ya mostraba la tarde anterior. Era del personal de limpieza. A continuación entró otra con el mismo cometido. Lewis paró el avance rápido. Las personas se dirigieron, una a limpiar la primera fila de mesas, la otra a fregar el suelo de la parte posterior, muy alejado de la zona donde habían ocurrido las explosiones. No parecía sospechoso.

Volvió a darle al avance rápido para ver si veía algo que disparara sus alarmas.

Los trabajadores seguían a lo suyo.

De repente hubo algo que le llamó la atención. El primer trabajador había vuelto a la primera mesa, pero no solo eso, el segundo había vuelto también al punto en el que había comenzado a fregar. Ambos comenzaron de nuevo el mismo recorrido que antes. Le dio otra vez al botón. La situación se volvió a repetir.

Entonces lo comprendió.

—Hijos de puta... —dijo para sí mismo con voz temblorosa, sin salir de su asombro.

Aquello era un video repetido en bucle.

Esas imágenes harían que los que se encargaban de la seguridad en aquellos momentos ni se fijaran pues, simplemente, aparecían limpiando. Lo habitual. Casi con total certeza estarían colocando las bombas mientras la imagen se repetía una y otra vez.

Genial y macabro al mismo tiempo.

«¿Pero cómo coño han conseguido meterse en nuestro sistema? Es infranqueable».

Además, seguía sin poder entender por qué se habían tomado tanta molestia en preparar un plan perfecto para provocar uno de los peores atentados contra el poder de la nación y que había resultado ser poco más que una broma.

Hasta que el teléfono móvil, que descansaba encima de su mesa, le mostró la respuesta.

Sin previo aviso comenzó a sonar una melodía algo rudimentaria que emulaba las notas del himno de los Estados Unidos: The Star-Spangled Banner. Acto seguido, un no menos rudimentario emoticono mostraba una explosión para después mostrar un número cinco en pantalla. El número desapareció para dar paso a las palabras «Washington DC». A continuación la pantalla se tornó negra y unos números aparecieron.

Lewis agarró el terminal y comenzó a correr como un loco por los pasillos del Capitolio. Salió por la puerta de servicio ya que no olvidaba una de las máximas con las que había sido instruido: ante todo, normalidad de cara al pueblo. Ni saludó a los guardias que estaban apostados en la puerta. Estos lo miraban estupefactos. Nunca lo habían visto así.

Ya no le importaba lo que hubiera ocurrido en su interior, ya no le importaba nada. Aquello había sido un simple aviso que demostraba algo muy importante: quien quiera que fuese que había montado ese caos, lo tenía todo controlado.

Todo.

Pensó en que lo realmente importante parecía ser lo que vendría tras los números mostrados en el display.

Lo miró de nuevo antes de montar en su coche, arrancar el motor y pisar el acelerador como no lo había hecho en su vida.

«23:57:12»

La cuenta atrás seguía su curso.

Capítulo 3

Afuera de Brooklyn. 20:32 (21 horas, 27 minutos, 15 segundos para la explosión).

Danielle —o Dannie, como era conocida en su instituto—, estaba sentada en el único sitio en el que podía sentirse ella misma: su habitación.

Fuera de ella vivía una mentira. Durante la mayor parte del día era Dannie, la que por donde pasaba, todos besaban el suelo. Su madre le había enseñado a ser así. Ella también fue un icono en su día, durante su época estudiantil, y lo que más le importaba era que su hija siguiera sus mismos pasos. Poco le importó que los primeros informes psicopedagógicos que le realizaron nada más entrar en el colegio determinaran que estuviera entre el 0,11 % de la población a la que se conocía como superdotada intelectual alta, con un CI de ciento cincuenta y ocho. Para ella era más importante no ser un bicho raro y tener un buen desarrollo social. Mucho más que el intelectual.

Dannie había vivido toda su vida rodeada de banalidades, sus padres no podían permitirse demasiados caprichos, pero en su armario nunca faltó la ropa de marca ni los últimos zapatos que salían al mercado. Aprendió a aceptar lo que su madre quería para ella. Sus notas nunca fueron buenas pues, por un lado no se sentía motivada en clase ante tan poco reto intelectual y, por otro, prefería pasar su tiempo preocupándose acerca de qué ropa ponerse o a qué chico encandilar.

Todos caían rendidos a sus pies. Todas querían ser sus amigas, aunque fuera de forma superficial.

Y todo aquello con tan solo quince años.

Era cierto que se había desarrollado de manera espectacular y lucía un cuerpo que todas envidiaban en silencio, impropio para su edad. Ella se encargaba de sacar más partido a él con truquitos que su propia madre le daba.

Era la reina y esto no admitía discusión.

Eso, fuera de donde ahora estaba.

En su habitación, en silencio, sabía que nada de aquello era real. Tan solo era una fachada que revestía una pobre construcción insegura, llena de dudas, llena de inquietudes. Dentro de su cuarto no era Dannie, era Danielle.

Echó un vistazo a su alrededor. A pesar de ser su fortaleza, su cueva, como le gustaba llamarlo, tampoco es que lo sintiera suyo al cien por cien. Su madre le había obligado a decorarlo con un estilo acorde a su estatus social, dispuesto a que, cuando cualquiera de sus convenientes amigas le hiciera una visita, este mostrara la frívola imagen que se pretendía mostrar de ella.

La mezcla entre Dannie y Danielle hizo que se creara dentro de ella un clima de frustración que necesitaba ser resuelto cuanto antes. Hacía mucho que lo sentía, aunque tuvo la suerte de hallar un remedio que lo apaciguaba.

Fue con el viejo ordenador modelo 386 que su padre trajo de la oficina. Según podía recordar, había sido justo antes de lo que tiraran a la basura cuando hicieron limpieza general de un almacén que no había sido ordenado desde hacía más de veinte años.

La escasa memoria del ordenador estaba saturada con programas inútiles creados en BASIC, tardaba una eternidad en arrancar el sistema operativo MS-DOS que tenía instalado debido a su ínfima memoria RAM y cuando presionaba el botón en el que ponía «turbo» que hacía que el ordenador trabajase a 40Mhz, aquello parecía que iba a explotar. Pero esto a Danielle no le importaba. Aquello servía para crear, para dar rienda suelta a su ingenio, para poder, por una vez en su vida, expresarse.

Pronto comenzó a toquetearlo todo. A los pocos días creía entender la lógica con la que trabajaba el ordenador e incluso lo desmontaba y montaba cronometrándose mientras se retaba a sí misma en bajar el tiempo de ensamblado.

Cuando ella toqueteaba un ordenador que distaba unos quince años con los que había en la época actual en el mercado, apenas contaba con cinco años de edad. Intercambiaba certámenes de belleza a los que su madre la presentaba —que ganaba, por cierto—, con largas tardes frente a aquella pantalla en blanco y negro. Enseguida empezó a hacerse a escondidas con revistas tecnológicas que compraba con la escasa paga que su padre le asignaba cada semana. Las devoraba con avidez y, aunque no entendía la mayoría de términos, se esforzaba en comprenderlos y en la mayoría de los casos acertaba. A los siete años de edad ya había realizado sus primeros pinitos en BASIC, de manera totalmente autodidacta. Sus programas no hacían nada útil, pero asentaban unas bases en el campo de la programación que con los años se irían desarrollando y acabarían convirtiéndola en lo que a día de hoy era. Una de las crackers más reconocidas de la red.

Su pseudónimo, HungryGirl, provenía de un discurso que le había marcado y que había roto con toda la filosofía de su vida. Un discurso que le

hizo verlo todo desde otra perspectiva y al mismo tiempo comprender que todo está conectado por una serie de puntos que al final la llevarían donde merecía. Ese discurso no era otro que el de Steve Jobs en la universidad de Standford.

A partir de ese momento supo que quería ser única. Su vida social era envidiable para la mayoría de las jóvenes de su edad, incluso mayores, pero era en el mundo virtual en el que realmente se sentía una joven afortunada. Quizá todavía no había encontrado su sitio, ni siquiera dentro de este mundo, pero tenía claro que le divertía crear aplicaciones que servían para romper los sistemas anticopia de otras aplicaciones y juegos. Tras el éxito que se había forjado en la red, varios grupos de programadores habían tratado captarla, sin fortuna. Ella lo hacía por diversión y sin ataduras. Solo cuándo y cómo quería.

Ahora había querido crear algo que nadie en su sano juicio podría haber imaginado.

Lo más curioso de todo, era que apenas le había costado llegar hasta la clave. Un simple desarrollo de algoritmos que se le ocurrieron mientras limpiaba, obligada por su madre, las ventanas de su habitación. Simplemente le vino, ni siquiera lo había estado buscando.

Dejó el paño y el producto de limpieza encima de la mesa y comenzó a teclear las líneas de código en C en el programa Xcode. Ni pensaba, solo tecleaba. Estaba tan segura de sí misma que sabía que ni debía depurar el programa una vez finalizado. Tenía muy claro que iba a funcionar.

Apenas tres horas y lo tuvo listo.

Némesis fue el nombre provisional por el que se conocería a partir de ahora. No era algo demasiado pensado, tenía que reconocerlo, pero prefería que el programa fuera de verdad efectivo a la nimiedad del nombre. Ya tendría tiempo de buscar algo mejor.

El programa definitivo.

El *software* era capaz de penetrar dentro cualquier sistema, saltándose todos los protocolos de seguridad pues podía encontrar cualquier puerta trasera por escondida que estuviera. Pero esto no era, ni de lejos, el punto fuerte del desarrollo de Danielle. El programa también podía descifrar cualquier código que se le pusiera por delante, incluso los temidos «códigos invisibles». Lo más sorprendente de todo era que era capaz de hacerlo en apenas unos segundos. Había conseguido que realizara la friolera cantidad de setecientos dos millones de cálculos por segundo. Superando en doscientos

mil el sistema de programas que muy pocos conocían, pero del que Danielle estaba segura su existencia. El PurpleRain.

Este era una leyenda en el mundo *hacker* y cracker. Se decía que formaba parte de un entramado de sistemas de vigilancia global conocido como Prism y controlado por un superordenador gestionado desde el Utah Data Center. En él, entraban todo tipo de comunicaciones y este las analizaba en tiempo real descifrando en pocos minutos mensajes ocultos en fotografías, vídeos e incluso canciones enviadas usando todo tipo de telecomunicaciones.

Muchos se asustarían si en realidad supieran el tipo de mensajes que se habían interceptado gracias a este *software*. Afortunadamente, la población lo ignoraba por completo.

Danielle no quería nada de lo que PurpleRain buscaba, su objetivo no era otro que liberar juegos y hacerlos accesibles a todo el mundo. Sabía que aquello destruía, literalmente, varios puestos de trabajo y mandaba a muchos a su casa, consiguiendo que horas y horas de esfuerzo no valieran para nada, pero aquello le hacía sentir poderosa. Más poderosa de lo que había sido jamás, a pesar de todo.

Decidió probarlo con el último juego que había caído en sus manos: Destiny para PS3. Introdujo el Blu-Ray en el lector que tenía conectado a su centro multimedia. Este, a su vez, estaba conectado a un flamante Mac Mini que apenas un par de semanas antes había logrado sacar a su padre con una sonrisa bien fingida y que por supuesto ya había modificado interiormente. Presionó el botón de encendido y lo conectó a otro *software* que destriparía el código del juego y lo mostraría en el monitor. El paso apenas duró minuto y treinta y tres segundos. Una vez lo tuvo en pantalla, hizo sonar todos los dedos de sus manos. Ahora venía lo interesante.

Cargó su nuevo y flamante programa. Némesis se inició.

Sintió un leve cosquilleo en la boca de su estómago.

Presionó el rudimentario botón que asemejaba un símbolo de *play* musical. Pensó que lo cambiaría cuando pudiera.

En dos segundos la magia apareció en su pantalla. El código de desbloqueo, para ser pirateado, apareció frente a sus ojos.

No pudo evitar sonreír triunfalmente pues ya podía trabajar sobre él para crear el *crack* necesario para que otros pudieran jugar de manera gratuita.

Normalmente solía escribir sus avances en un pequeño y escondido blog, nada tenía sentido si el resto de la humanidad no comprendía quién era la que mandaba en la red. Esta vez, aunque le costó horrores reprimirse, decidió que lo más sensato era permanecer en silencio, de momento. Superar el *software*

más potente de descriptado del gobierno quizá no le trajera demasiadas alegrías si llegaba a oídos equivocados.

Pensó que era lo más prudente.

Aunque su siguiente acto quizá no lo fue tanto.

Una enorme tentación creció en ella, el cosquilleo que había comenzado a recorrer su estómago se acrecentó hasta niveles incluso molestos. A pesar de esto, le hacía sentir algo que no recordaba haber sentido antes.

La sensación de tener poder para todo.

¿Se atrevería a hacerlo? Aquello ya eran palabras mayores, podría buscarse un lío en caso de ser identificada.

Aunque por otro lado, con Némesis sería muy complicado que lo hicieran, a no ser que tuviera la mala suerte de tocar algo que ya estaba siendo tocado por otros. Las probabilidades de que se diera este caso eran ínfimas.

A pesar de esto decidió estarse quieta, no tuviera la mala fortuna de ser pillada.

Apagó la pantalla de su centro para no caer en el pecado. Mejor alejarse de los problemas.

Se disponía a salir de la habitación cuando de nuevo sintió la sensación en el estómago. Quería saber si de verdad era la número uno o no. Lo necesitaba.

No pensó, solo se dirigió hacia la pantalla y la prendió de nuevo. Agarró el teclado y comenzó a teclear en el Terminal del sistema operativo. Sabía que no disponía de un superordenador, apenas tenía lo necesario para poder realizar operaciones un poco más complejas de las habituales, pero nada del otro mundo. Némesis sería el que haría todo el trabajo. ¿Y si lo conseguía?

Decidió abrir el programa para colarse en el enmarañado sistema en el que quería penetrar, una vez lograra lo que buscaba, saldría rápido para iniciarlo después sin conexión, a ver si funcionaba como ella quería.

Siguió tecleando a la vez que repasaba lo escrito con sus ojos. Todo estaba correcto. Una presión sobre la tecla enter y sabría si era capaz. Si conseguía interceptar una comunicación oculta de las que PurpleRain estaba constantemente interceptando, sabría si de verdad había hecho algo importante o no.

Apretó la tecla.

Espero unos segundos.

Apareció en pantalla un archivo extraído de un *email*. Este tenía la extensión jpg y dentro del mismo, en apariencia, algo oculto. Hizo lo que había planeado con su nuevo juguete.

Un mensaje apareció en pantalla.

Right click for menu to add groups and entries. Edit or reorder any item. Use right click in editor to select which entry to paste.

Lo leyó.

Se echó tan rápido hacia atrás que estuvo a punto de caer de la silla. Su tez se volvió todavía más blanca de lo que solía estar. Su pulso se aceleró casi a la velocidad a la que trabajaba su nuevo programa.

Sin saber muy bien qué hacer y presa del pánico, corrió a apagar el sistema. Arrancó el cable sin pensarlo dos veces.

No era suficiente, sabía que aun así podrían localizarla en un periquete. Corrió y arrancó el cable de red de la pared que conectaba con el router multibanda que le proporcionaba una ventana al mundo.

Sabía que había metido la pata, lo que no tenía ni idea era de cuánto.

No tardaría en averiguarlo.

Las alarmas saltaron a cientos de kilómetros de su casa.

Capítulo 4

La Casa Blanca (Washington DC) 23:13 (18 horas, 46 minutos, 2 segundos para la explosión).

El clima en la Sala de Situaciones de la Casa Blanca era tenso. El lugar era tal cual lo idealizaban los millones de ciudadanos estadounidenses que alguna vez habían imaginado a su presidente liderando una crisis de Estado.

En el fondo, no había una mejor descripción para la situación que estaban viviendo en aquellos momentos.

Construida bajo el Ala Oeste del archiconocido edificio, la estancia no tenía decoración aparte de la amplia mesa rodeada de cómodas sillas de cuero negro. En esos momentos estaban ocupadas todas menos una. Una pantalla gigante formada por varios monitores más pequeños mostraba en aquellos momentos un mapa de Washington DC vía satélite, con una calidad de imagen asombrosa. Aparte del presidente de los EEUU, estaba en la estancia el vicepresidente, el secretario de Estado, el secretario de Defensa, el director de la NSA, el director de la CIA, el presidente de la Cámara de representantes, la jefa de gabinete de la Casa Blanca y el general de Ejército de los Estados Unidos.

Todos tenían el semblante serio. Las noticias no eran nada alentadoras.

Solo el presidente estaba en pie, andando de un lado a otro de la estancia con las manos en la espalda.

—Señores, recapacitemos —dijo este, haciendo acopio de su imponente voz—. ¿Cómo podemos confirmar que esa información es cierta? No es la primera vez que recibimos una amenaza de este tipo. Si por estos chalados fuera, ya estaríamos muertos diez veces cada uno.

—Señor presidente —habló George Kerrygan, secretario de Defensa—, no sabemos a ciencia cierta, pero sí es cierto que nunca antes habíamos tenido tantos indicios de que pueda ser real. Mientras nos decidimos a creer si lo es o no, puede ocurrir la debacle.

William Pattel sopesó las palabras de Kerrygan. Había sido elegido presidente por mayoría aplastante recién cumplidos los sesenta años. Quizá su antecesor, Barack Obama, había inculcado una mentalidad en los estadounidenses de que un afroamericano podía hacerlo mucho mejor que todos los presidentes blancos que lo habían precedido y esto lo había ayudado

en su ascenso meteórico hacia la presidencia. Puede que fuera por la idea de que ellos debían demostrar todo el tiempo que eran válidos para el puesto. No sabría decirlo. Quizá había sido esto o su intachable pasado patriota como combatiente en la Guerra del Golfo. Cuando llegó a los oídos de la gente que había arriesgado su vida en dos ocasiones para salvar a dos soldados que ya se daban por muertos, sus índices de popularidad se dispararon y barrió a su contrincante, el republicano David Weller.

Esto último tampoco es que fuera una proeza, ya que Weller se vio envuelto a mitad de campaña en un escándalo de índole sexual que se reflató de su pasado. Nada importante en una persona media, pero algo inconcebible para alguien de su rango en el seno de su partido.

Ahora, quizá, no estaba en su mejor momento desde que llegó a la Casa Blanca. Sus índices de popularidad habían caído en picado y aquello solo parecía ser el preludio de una debacle política. La mejor forma de definirlos, era con la palabra: desastrosos.

Su negativa a participar en una nueva guerra contra el resurgir del movimiento talibán en Afganistán había contrariado a muchos de sus votantes. También había cobrado fuerza un movimiento que hacía unos cuantos años que estaba ahí, pero que cada vez estaba haciendo más ruido: el Estado Islámico. La creciente preocupación por los ciudadanos hacia estas amenazas —sobre todo desde el miedo atroz con el que se vivía desde el atentado al *World Trade Center*— hacía que muchos desconfiaran de él. Muchos echaban de menos ese afán belicoso mostrado por sus antecesores y que, de algún modo, cortó de raíz Obama. De hecho, muchos decían que lo único a lo que se dedicaba Pattel era a extender su legado, sin promover iniciativas propias. Algo así a como si fuera un pelele en manos de una línea recta que había trazado el partido.

—¿Y el mensaje, sigue igual? —Preguntó dirigiéndose al director de la NSA, el teniente general Mckelleon.

—Mucho me temo que sí, señor. Le hemos dedicado todos nuestros esfuerzos, nuestros mejores programadores han trabajado a destajo para poder encontrar una solución. Siento decirle que todos nuestros intentos han fracasado. Ni siquiera sabemos de dónde viene.

—Con todos mis respetos, puede que sea producto de la casualidad, señor —intervino el secretario de Estado, Francis Bonner.

Pattel no soportaba a este hombre, pero debía tragarse sus preferencias pues estaba ocupando ese puesto por un compromiso de partido. Si hubiera

podido le hubiera estampado la cabeza contra el cristal, allí mismo. Respiró para calmarse.

—¿De verdad piensa que puede ser una casualidad? —Se adelantó Mckelleon al ver el grado de tensión de la cara del presidente— no sea usted ridículo y no nos subestime. Nada más comprobar lo excepcional del mensaje, he puesto a mis mejores expertos en la búsqueda de más como este. Se han hallado hasta ahora cinco. Todos parecen proceder del mismo lugar desconocido, pues les perdemos la pista en un servidor fantasma creado en Islandia, habiendo pasado previamente por otros dos en Japón y la India. Este puesto me ha enseñado a no considerar nada producto de la casualidad. Sobre todo si le añadimos eso —señaló con su dedo hacia el centro de la mesa.

Todos dirigieron su mirada hacia el teléfono, que seguía mostrando la cuenta atrás.

Los análisis en busca de cualquier pista que pudiera acercar a los autores de aquel alboroto había resultado ser vanos. Ninguna huella, ninguna forma de saber cómo el teléfono conseguía mostrar la información precisa en el momento preciso. Habían decidido no abrirlo ante el miedo de perder lo que este mostraba. Además, estaban seguros de que no iban a encontrar nada. Aquello no era trabajo de un cualquiera.

—Aquí, lo único que tenemos claro —dijo el presidente, que seguía andando de un lado para otro—, es que en estos instantes hay una amenaza grave de bomba que parece ser real. Por otro lado, tenemos una serie de mensajes codificados que el mejor ordenador del mundo, con el mejor *software* del mundo, no ha sido capaz de identificar. ¿Alguna idea de qué coño hacer?

—Propongo utilizar los *drones* con georadares que tenemos en la base de Langley —propuso el general Jayce, que hasta ahora había permanecido callado.

—¿Y sobrevolar el cielo de la capital como si tal cosa? ¿Qué quiere, que los ciudadanos comiencen con sus teorías conspiranóicas? No sea ridículo —comentó Thomas Hawkings, director de la CIA.

—¿Y qué propones, Tom? —Quiso saber el presidente dirigiéndose a uno de los hombres en los que más confiaba.

—Propongo que...

De repente, el teléfono de la Sala de Situaciones sonó.

Pattel se puso tenso, había dado la orden específica de que no lo hiciera a no ser que fuera realmente importante. La jefa de gabinete lo agarró sin pensarlo.

—Hannigan.

Mary Hannigan no habló, tan solo escuchó atenta lo que su interlocutor le comentaba. Su rostro se tornó en incredulidad en apenas unos segundos.

—Gracias, lo comunicaré.

Colgó.

—Señor, uno de los mensajes que *PurpleRain* no puede descifrar ha sido interceptado desde un punto de Nueva York.

—¿De Nueva York? ¿Puede tratarse de los terroristas? —Preguntó el voluptuoso hombre de color.

—No lo creo, señor. La intercepción ha sido localizada en un barrio residencial de las afueras de Brooklyn. En esa casa vive una familia, los Graham. El padre es contable y la madre se dedica a sus labores. Tienen tres hijos. Al parecer uno de ellos es un *PHEP*.

—¿Qué cojones es un *PHEP*?

—Son las siglas con las que clasificamos a los *Posibles Hacker En Potencia* —explicó el director de la NSA—. Ellos piensan que campan a sus anchas por la red, por lo general cometen pequeños delitos cibernéticos de poca monta o se dedican a molestar a compañías de *software*. No hacemos nada contra ellos, pero automáticamente son añadidos a una lista invisible que los tiene bien controlados y que lanza una alarma cada vez que realizan un movimiento. Nosotros nos encargamos de ver qué narices están haciendo por Internet. Esto nos puede evitar posibles desgracias futuras.

—¿Y ya por eso da por hecho que no puede ser uno de los terroristas?

—Ha habido un movimiento que nos hace pensar que no, señor —continuó hablando Hannigan—. Inmediatamente después de localizarlo, cuando ni había pasado ni un minuto, ha desconectado las comunicaciones de su casa. En inteligencia creen que se ha asustado.

—¿Asustado?

—Sí, verá. El padre está en el trabajo, según nuestras informaciones. La madre está apuntada a un curso de Internet para amas de casa, por lo que la descarta. Uno de los hijos tiene escasos dos años y la otra ocho. Tiene que ser la hija mayor, tiene quince. Además, indagando en su expediente, han comprobado que es superdotada alta. De ahí que pensemos que es ella y que es *PHEP*.

Todos quedaron callados. La misma idea se barajaba en la mente de todos.

—¿Está sugiriendo lo que yo creo que está sugiriendo? —Preguntó el secretario de Estado.

Hannigan se limitó a asentir.

—No es tan disparatado. Si la chica es un genio como dice, puede que haya dado con la clave —opinó el presidente.

—Señor, supongo que no lo dirá de verdad —comentó indignado el director de la NSA—. Las mentes más brillantes en cuanto a programación se refiere, están con nosotros, en nuestras oficinas. Son personas que, aun sin llegar ninguno a la cuarentena, tienen una dilatada experiencia en el campo. La simple idea de que una niña de quince años haya podido idear algo más potente que *PurpleRain* suena ridícula.

—Bien. Esa es su opinión. La mía es que algo raro ha tenido que encontrar la muchacha para actuar de esta manera. No estamos en posición de descartar nada. Tom —se giró hacia el director de la CIA—, ya sabes qué hacer.

Hawkings no necesitaba nada más.

Pattel volvió de nuevo su cabeza hacia el teléfono. El tiempo seguía consumiéndose.

Capítulo 5

Pub Mortimer's (New Jersey). 01:12 (16 horas, 47 minutos, 48 segundos para la explosión).

Bebió un nuevo sorbo de su copa.

Ni siquiera sabía qué era lo que estaba tomando, había olvidado el raro nombre que le había dicho el camarero. Aunque cumplía a la perfección con su cometido, desde luego.

La pelea que había mantenido con Stephanie hacía tan solo unas horas todavía le martilleaba la cabeza. Casi con toda seguridad, fue la última que ambas mantendrían. Stephanie había echado de un puñado sus pertenencias en un par de bolsas grandes de plástico y se había largado pegando un portazo.

Ese portazo todavía le dolía.

Se habían dicho de todo, nada bonito, ya no había vuelta atrás. Maldijo una y otra vez su afilada lengua, el hecho de no poder tragarse jamás su orgullo hacía que ninguna relación llegara a consolidarse. En esta ocasión le dolía más que otras, esa chica le gustaba de veras, se estaba comenzando a enamorar.

Además, nunca le había sido fácil encontrar compañera de cama e intimidades. Era algo difícil de entender, pues Julie mostraba al mundo una belleza rompedora. Si a esto le añadía un refinado cuerpo que le encantaba vestir de acuerdo a lo espectacular del mismo, la mezcla era un cóctel explosivo que conseguía que hombres y mujeres la desearan por igual. Pero luego estaba su lengua. Esa lengua que era incapaz de permanecer quieta en las situaciones que más se requería. Muchas veces había intentado fingir ser quién no era para poder gozar de una buena compañía en los bares de ambiente a los que solía acudir. Fue en uno de ellos, en el *Midtown Gallery*, uno de los más famosos de New Jersey, donde conoció a Stephanie. Julie siempre fue consciente que el importante estado de embriaguez de la que ahora era su ex, contribuyó sobremanera a que esta se quedara a conocerla un poco más a fondo una vez la atracción física hizo su trabajo. Aunque restaba importancia a este dato. A Julie también le había atraído físicamente. Tal fue la química que había surgido entre ambas que, una vez Stephanie volvió a la sobriedad a las pocas horas, decidieron dejar el tema de acostarse para cuando

se conocieran un poco más a fondo. Estaban seguras que aquello podía ir a más.

De hecho lo fue.

Durante semanas afianzaron una relación en la que Julie andaba con pies de plomo por miedo a perder algo tan bonito que parecía que estaba surgiendo. Hasta que comenzó a sacar su carácter a flote. Esto acabó con todo. Como siempre acababa pasando.

Sacudió su cabeza e intentó no pensar más en Stephanie. Tenía que centrarse en nuevas metas que tendría que proponerse ahora, aunque también reconocía que esta última había conseguido que por un tiempo dejase de lado aquel asunto de Irak.

Sin poder evitarlo tuvo un fugaz recuerdo de aquello. Consiguió que sus tripas se revolvieran y un fuerte pinchazo hizo acto de presencia en su estómago.

Trató de borrar esa imagen de su cabeza.

Para esto, quizá lo mejor fuera pedir otra copa. El vaso volvía a estar vacío. Quizá eso hacía que pensara estas cosas.

Metió la mano en su bolsillo para sacar el dinero. Se percató que había gastado todo lo que había traído encima. Tenía más en su coche, dentro del bolso. Había decidido dejarlo para no llevar ningún estorbo mientras se dedicaba a olvidar.

Decidió ir a por él.

Caminando hacia la salida, pasó por delante de un espejo. Su aspecto no era tan lamentable como ella sentía. Llevaba el pelo perfectamente alisado y peinado. Su pelo rubio encajaba claramente con unos ojos tan claros como el día. Sus labios no eran ni finos, ni gruesos, quizá el tamaño exacto que debían tener, a todas les fascinaban. O al menos eso le decían. Acto seguido echó un vistazo hacia abajo. Si quería conseguir copas gratis, y no le costaba demasiado conseguirlas, el escote que mostraba ese jersey de lana fina que llevaba ayudaba, desde luego. No abultaba demasiado, pero sí tenía lo que tenía que tener en su sitio. Muchas de sus amigas la envidiaban por lo bien que llevaba sus treinta y tres años, aparentaba no pasar de veinticinco.

Justo cuando llegaba a la puerta para salir, se tropezó con el imbécil de Fowler. De todos los *pubs* de New Jersey había tenido que elegir precisamente este, sobre todo teniendo en cuenta que él residía en Washington. Además no solo era esto, es que era un local de ambiente frecuentado por mujeres. Seguro que se trataba del típico baboso que intentaba llevarse a la cama a un par de las más borrachas del lugar. Trató de

esquivarlo para evitar cualquier tipo de confrontación, pero como era habitual, con Fowler no se podía.

—Vaya, vaya, ¿quién tenemos aquí? —Preguntó este con sorna.

Movía su cabeza de un lado a otro en plan *Fiebre del sábado noche*. Además, el corte de pelo de ese idiota contribuía a esa patética imagen mental. Julie pensó que Tony Manero lo mataría con sus propias manos si lo viera hacer esto. Deseó por unos instantes que ese anhelo se convirtiera en algo real.

—No tengo tiempo para tus mierdas, Fowler. Tengamos la fiesta en paz —contestó a la vez que intentaba zafarse de este, que se había puesto en medio. No lo consiguió, pues él realizó el mismo movimiento para seguir impidiéndole el paso.

—¿Dónde vas?

—Fowler, creo que te has equivocado de garito. El de los cueros y los pantalones con agujero en el trasero está unas manzanas más abajo.

—Vaya, qué graciosa nos ha salido la bollera.

—Quítate de mi camino, Fowler.

—¿Qué prisa tienes? ¿Te has dejado algo en Irak?

Julie apretó los puños, quería estamparlos en la cara de aquel imbécil, pero sabía que aquello podía acarrear una sanción grave aunque no estuvieran en Langley en aquellos momentos. Debido a su especial situación en aquellos instantes, no podía permitirse algo así. Tenía que intentar pasar de provocaciones, aunque vinieran de Fowler.

—¿O acaso has quedado con alguna lamecoños como tú? —Insistió Fowler— ¿vas a ducharte con ella como cuentan que te duchaste con Lilith en el gimnasio del cuartel general? ¿Os enjabonabais juntitas? ¿Os comisteis las tetas?

Aquello era la gota que colmaba el vaso. Necesitaba romper la nariz de un cabezazo a ese pazguato. Aun así decidió respirar y salir de aquella situación con calma.

—Fowler, creo que te equivocas conmigo —su tono de voz era dulce, esto desconcertó a su rival—. Se habla mucho de mí sin motivo, es verdad que me he acostado con alguna mujer, pero eso no significa nada. No creo que todavía sigas pensando en aquel episodio que tú y yo tuvimos. Aquella noche bebí mucho y dejé escapar algo que seguro me hubiera vuelto loca. ¿Sabes? Precisamente, en las duchas he dejado que hombretones como tú me hagan de todo. ¿Quieres saber lo que más les gusta? —Acercó su cara a la oreja de Fowler, no quería que la música que sonaba le impidiera oír lo que iba a

decirle. Este no podía disimular el creciente nerviosismo que se apoderaba de él— jugar con el aro que llevo en el pezón, esto les vuelve locos.

Él tragó saliva. Hacía tiempo que nadie lo ponía tan cachondo como lo estaba haciendo esa chica, y eso que tan solo le estaba hablando al oído. La deseaba con todas sus fuerzas, no pudo evitar imaginarse esa escena relatada tan sutilmente por Julie y sentir que una enorme erección venía de camino.

Ella comprobó que ese era su momento. Decidió rematar la faena.

—¿Quieres que vayamos hasta mi apartamento y nos demos una ducha?
—Preguntó ella con el tono más erótico que pudo encontrar.

Él separó un poco su cara, tragó saliva de nuevo muy nervioso y asintió despacio.

—Cuando te recuperes, cariño —añadió al mismo tiempo que le guiñaba su ojo derecho.

Fowler puso cara de no entender nada, pero el rodillazo que recibió en la entrepierna le dejó bien claro cuáles eran las intenciones de la agente de la CIA. Cayó de bruces al suelo, retorciéndose de dolor y gritando como un niño pequeño. Todos los que había alrededor dentro del *pub* se giraron bruscamente para ver qué había pasado. Tan solo vieron como un hombre ridículamente peinado lloraba como un niño de cinco años mientras agarraba su miembro. Si muchos hubieran sabido que era uno de los mejores y más letales agentes de la CIA, hubieran cambiado su opinión sobre este organismo al instante.

Julie no miró atrás mientras caminaba sonriente. Sabía que Fowler correría a llorarle al jefe, no sería la primera vez, pero al menos podría alegar que dentro de sus venas había una considerable cantidad de alcohol.

Aunque sabía que eso no impediría una descomunal reprimenda.

Una vez fuera, trató de recordar dónde había aparcado. Al parecer, lo que había bebido era de efecto retardado y ahora estaba empezando a sentir las consecuencias. Dejó que la suave brisa que corría le golpeará la cara. Lo necesitaba.

No fue suficiente. Necesitó sentarse sola en un portal mientras luchaba contra una sensación de mareo que cada vez era más evidente. Las nauseas venían para, peligrosamente, quedarse. Intentó ponerse lo más cómoda posible y echó la cabeza para atrás. Cerró los ojos.

Casi media hora después, en la que estuvo a punto de quedarse dormida en unas cuantas ocasiones, un *flash* en su mente le indicó dónde había dejado el coche. Se levantó con algo de dificultad pero un poco más aliviada y se encaminó hacia él. Todavía estaba algo mareada y sus pasos no eran del todo

seguros. Al lado del vehículo había un árbol y no dudó en meterse dos dedos a la garganta para provocarse el vómito y arrojarlo al lado del tronco. Algo más aliviada, abrió el maletero del coche y buscó el bolso. Lo había escondido a conciencia por si algún listillo decidía hacer de las suyas e intentar robar lo que hubiera dentro del vehículo.

Al coger el bolso se percató que se había dejado también el teléfono móvil en su interior. Al ver las casi cincuenta llamadas perdidas desde un número oculto, sus piernas comenzaron a temblar.

Sabía de sobra de dónde venían. Había cometido un error de novata, como si ya no tuviera bastante.

Marcó rápidamente un número que sabía de memoria y trató de serenar su mente y su habla. Necesitaba fingir no haber estado bebiendo como lo había hecho.

—¡Julie! ¿Dónde coño te has metido? ¡Llevo casi dos putas horas intentando localizarte! —dijo una voz con un evidente tono de desesperación.

—¿Ha pasado algo? —Se limitó a contestar, tratando de aparentar sobriedad en su voz.

—Hawkings quiere hablar contigo, inmediatamente. Es muy urgente.

A la agente se le torció el rostro enseguida. El jefe quería hablar con ella. Ató cabos con rapidez.

Puto Fowler, pensó. Le había faltado tiempo para ir con el cuento al director de la CIA.

—Gracias —dijo despidiéndose de la secretaria de Hawkings.

Se asomó al espejo retrovisor, necesitaba asegurarse que su imagen era la correcta para hablar con quien iba a hablar. Además, el asunto debía ser muy grande para que requiriera hablar con ella a esas horas.

Su imagen era perfecta, a pesar de todo.

No podía disimular el nervio en su rostro, su jefe había sido muy claro la última vez que este le reprendió en su despacho. Una cagada más y a la calle. O a la puta calle, citando palabras textuales.

Antes de montarse en el vehículo y compartir la conexión a Internet de alta velocidad de su móvil convirtiéndolo en un router portátil, volvió a mirarse en el retrovisor de dentro. Su maquillaje era perfecto. Si conseguía mantener una dicción clara, no tendría por qué enterarse de que había estado bebiendo como una posesa. Intentó serenarse.

Prendió la pantalla táctil del navegador de su coche. Introdujo la contraseña. Seleccionó el programa Skype. Introdujo la otra contraseña.

Seleccionó el contacto de Hawkins, oculto bajo el pseudónimo de primo Joseph. Escribió una tercera contraseña.

Aquello empezó a dar tono.

Tardó unos segundos hasta que obtuvo respuesta.

—Tiene diez segundos para contarme dónde cojones estaba —la voz de Hawkins era casi tan oscura como el rostro que se mostraba en pantalla. Estaba enfadado. Muy enfadado.

—Verá, yo... como era mi día libre... he salido...

—¿Acaso ha olvidado cuál es una de nuestras máximas?

—No. Siempre localizables, sea el día que sea, a la hora que sea. Pero ha sido simplemen...

—Déjese de historias —le cortó—, tengo que contarle algo muy importante.

—Si es por lo de Fowler, a sid...

—No me hable de mierdas ahora —la interrumpió de golpe—, cálese y escuche.

Julie obedeció.

—Algo muy grave ha sucedido —prosiguió—. La necesito en sus plenas facultades. El destino de este país, por mucho que me joda, pasará por su mano.

La agente no pudo evitar levantar una ceja. Si pretendía asustarla, lo estaba consiguiendo.

—Nadie más en toda la CIA, en principio, conocerá su misión —continuó después de su tercera pausa—. Le hablo desde La Sala —Julie no necesitaba más para saber lo grave del asunto—. Abra bien sus orejas pues no puede perder detalle.

Durante los siguientes dos minutos Hawkins se dedicó a explicar los detalles de lo que hasta ahora sabían, la agente no disimuló su sorpresa ante lo increíble de todo.

—¿Alguna pregunta? —Quiso saber el director de la agencia.

—Sí. ¿Están seguros de que una niña de quince años ha podido interceptar y descifrar algo que ni Inteligencia ha podido? Suena raro. Por no decir imposible.

—No me importa como suene. Hasta ahora es lo único que tenemos. Sabe que en la vida la involucraría en algo así, sobre todo después de lo de Irak. Pero resulta que tengo dos razones que me joden profundamente: una, que no hay nadie más cerca que usted para ocuparse de este asunto; dos, que no tengo una agente mejor que usted en toda la organización. Localice a la cría y

protéjala con su propia vida. Es primordial que llegue sana y salva hasta la NSA. Si ha dado con la clave, necesitamos saber qué coño ha averiguado.

A Julie le seguía pareciendo un plan descabellado, pero ella no era nadie para contradecir al director de la CIA.

—Está bien, salgo ya mismo. Haga que me carguen los datos desde la NSA hasta mi móvil con la posición exacta. Espero que no estén en lo cierto y, sobre todo, que seamos los únicos que han supuesto esto que me cuenta.

—Cuento con usted. Hágame saber cualquier cosa. Para localizarme hágalo mediante Rosalyn, mi secretaria, ella sabe cómo hacerlo pues no estaré operativo con este aparato. Es por seguridad. Es la única que sabe algo más aparte de usted. Corto la comunicación.

La pantalla se apagó.

Julie quedó durante unos segundos algo confusa. Si su jefe estaba en lo cierto, aquello era una urgencia máxima y debía resolverlo cuanto antes. Le extrañaba mucho que todavía le quedara algo de confianza después de lo sucedido en Irak, pero como él dijo: no había nadie mejor que ella.

Y quién era ella para contradecir a su padre.

Capítulo 6

En algún lugar de Washington DC. 01:15 (16 horas, 44 minutos, 36 segundos para la explosión).

Yuri Tkachov entró en la estancia.

La cara de su nuevo jefe se mantenía impasible, como en cada ocasión en la que ambos habían coincidido. Esos ojos que lo miraban sin realizar un solo pestañeo lo intimidaban. Era la única persona en el mundo que provocaba este efecto en él.

Aleksander conseguía esto a placer, cuando quería.

Si a esa mirada acuchillante le sumaba el tono de voz que había empleado por teléfono, el resultado era que el nerviosismo se hubiera apoderado de él, haciendo que sus piernas temblasen más de lo que lo habían hecho nunca.

—Siéntate —ordenó con su profunda voz.

Tkachov obedeció. Nunca le pedía que tomara asiento. Algo no marchaba bien.

Steve Aleksander se puso en pie al mismo tiempo que su mercenario reposaba su trasero. Se acercó hasta el mueble bar, sacó la cara botella tallada con cristal de bohemia que contenía *whisky* Glenn Mckenna de treinta años. Agarró dos vasos, del mismo material que la botella.

—¿Gustas? —Preguntó mientras servía primero su vaso. El mercenario fijó al mismo tiempo su mirada en las manos de su jefe. Llevaba guantes. Esto lo inquietaba todavía más.

Yuri se limitó a negar con la cabeza. Solo solía beber vodka, y del barato, además. Cobraba sus trabajos casi con oro, su exquisitez lo merecía, pero no olvidaba sus orígenes. Las largas y frías noches chechenas se llevaban mucho mejor con un traguito de vodka. Su madre lo sabía. Quizá les faltara el alimento, pero la botella del elixir más barato del mercado siempre estaba presente.

Aleksander hizo caso omiso del gesto del checheno y sirvió un vaso para él también.

Agarró los dos y se dirigió hacia la mesa del improvisado despacho.

—¿Sabes? Hace un par de semanas que no pruebo otra cosa —comenzó a hablar mientras dejaba primero su vaso frente a su asiento—. Me hace sobrellevar mejor todo este asunto en el que estamos metidos. Todos piensan

que nunca me enervo pero, querido, te aseguro que no es así. Ahora mismo estoy muy nervioso. Demasiado, diría yo.

Comenzó a andar hacia la posición de Tkachov con el vaso en la mano. Este lo miraba utilizando solo el movimiento de sus globos oculares, estaba tan tenso que no podía mover ningún músculo. Trató de ocultar lo acelerado de su respiración, pero estaba seguro de que Aleksander se había percatado de su falta de serenidad.

—Y te preguntarás —prosiguió—: ¿por qué está nervioso si yo le prometí que no habría ninguna fisura en nuestro plan, no?

El checheno no entendía qué quería decirle, pero igualmente sintió una gota de sudor frío recorriéndole la espalda.

—¿No te lo preguntas? —Insistió.

Tkachov consiguió ordenar a su cabeza que girara en dirección a su benefactor, lo que no esperaba era el movimiento que este hizo a continuación.

Estampó el vaso contra la mesa, haciendo que el carísimo *whisky* se derramara encima de esta en parte, la otra por el suelo. Con celeridad agarró el más grande de los trozos de vidrio que se separaron con su mano derecha, empleando la izquierda para prender un generoso mechón de pelo de la media melena que lucía el checheno y echar su cabeza hacia atrás. Con no menos agilidad colocó su cuerpo tras el suyo, colocando el trozo de vidrio sobre la mitad del cuello de su ahora víctima.

Sus ojos ya no eran impasibles. Emanaban fuego.

—¡Me vas a explicar qué cojones ha pasado!

—¡No sé de qué me habla!

—¡Me vas a explicar qué cojones ha pasado!

—¡Se lo juro, señor, no tengo ni idea de a qué se refiere!

Aleksander se aproximó a su oreja derecha, cambió radicalmente su tono de voz a uno más amable, pero sin soltar a su presa.

—¿No me dijiste que habíais probado la fiabilidad de *Kryptos* y era infranqueable?

—Claro, señor, hemos realizado varios test antes de ser lanzado con los mejores programadores, no solo de Europa del Este, sino de casi todo el mundo. Nos aseguramos personalmente que les llegara un código que simplemente arrojara el mensaje «buenos días», pero ninguno fue capaz de llegar hasta lo que había oculto Ni con una semana de descryptado. Usted realizó un trabajo perfecto con su programación. Creo que ni hacía falta que nosotros lo testáramos.

—Pues parece ser que alguien que vive en Nueva York vale más que vuestra mierda de programadores. Ahora grita.

Acto seguido le asestó un terrible bocado en la parte de superior de la oreja. Le arrancó el pedazo y lo escupió al suelo, con la boca ensangrentada.

Tkachov se echó para adelante, liberándose casi sin pretenderlo de la amenaza del vidrio. Comenzó a gritar como un poseso a sabiendas de que en ese preciso lugar, nadie lo iba a escuchar.

—¡Mírame cuando te hablo, puta escoria chechena! —Aleksander estaba fuera de control.

El mercenario, con la mano en la oreja tratando de cortar la hemorragia generada y con lágrimas en los ojos del insufrible dolor que estaba soportando, obedeció a aquel psicópata. Sabía que era lo mejor que podía hacer si quería conservar su vida.

—Ahora cuéntame qué coño ha podido fallar, ¡cuéntamelo porque no lo entiendo!

—Señor... —acertó a decir pues apenas le salía la voz debido a la agonía que estaba pasando— le prometo que no tengo ni idea, pero llegaré hasta el trasfondo de todo esto. ¿Cómo sabe esto que me cuenta? —Consiguió recuperar mínimamente la compostura, esa era una de sus virtudes.

—No creo que te sorprendas al saber que tengo mis propias fuentes directas.

En realidad no lo hizo.

—Sea como sea, señor, no sé cómo ha podido pasar. Igualmente lo solucionaré todo. No dejaré huella, no se preocupe.

Aleksander volvió a cambiar su semblante para ahora mostrar una macabra sonrisa. Tkachov estaba asustado, ya que no sabía por dónde podría salirle ahora aquel demente. Sin perder la misma, se acercó hasta el pedazo de oreja que había en el suelo, se agachó y la recogió. Sin mediar palabra dio la vuelta sobre su mesa y fue hasta su asiento. Se sentó, agarró un papel y su impoluta pluma Mont Blanc. Comenzó a escribir algo.

—Toma —Aleksander le tendió el papel a Tkachov—. La próxima vez te arrancaré el corazón.

El checheno lo miró.

Había nueve líneas escritas. En las tres primeras se encontraba la dirección exacta de la vivienda. En las tres siguientes se encontraba el nombre de lo que parecía ser un hangar privado, pues la dirección era del aeropuerto privado Ronald Reagan. Estaba claro que Aleksander quería premura en la

ejecución. Las otras tres no las comprendió, era el nombre de un hombre y una dirección de Washington.

—¿Y esto último? —Preguntó sin haber despegado todavía la mano de su oreja.

Aleksander se mostró oscuro.

—Ve a que te cosan esto —dijo al mismo tiempo que empujaba el trozo que le faltaba hacia él—. Cuando acabes no tires el papel, por si acaso.

Tkachov sintió que el corazón ya le latía demasiado deprisa como para considerarlo una taquicardia, aun así trató de seguir entero, de una sola pieza. Se incorporó, tomó el trozo de carne y salió sin mirar atrás del despacho de aquel loco.

Aleksander dio media vuelta cuando la puerta se cerró. Aquella habitación no tenía ventanas, pero simuló estar mirando hacia el horizonte. Solía hacerlo constantemente.

Notó el intenso sabor a hierro que tenía en la boca, no le desagradó. No era la primera vez que hacía algo parecido.

Ahora solo quedaba confiar en que aquel supuesto sanguinario mercenario y toda su red arreglaran el desperfecto. Para eso los había contratado. Después vendría la gloria.

Su gloria.

Capítulo 7

Capítulo escrito por Gabri Ródenas.

Afuera de Brooklyn, Nueva York, 02:22 (15 horas, 37 minutos, 5 segundos para la explosión).

La información sobre el domicilio de la adolescente no tardó ni medio minuto en aparecer en la pantalla del teléfono de Julie. La agente ya estaba acostumbrada a la rapidez y eficiencia de los chicos de la NSA —algo que la mayor parte de la población mundial también comenzaba a advertir después del escándalo del ciberespionaje destapado por Edward Snowden—.

Se preguntó qué tipo de madre cruel podría haber elegido el nombre de Rosalyn para una hija y meneó la cabeza al constatar la profunda ironía que albergaba el hecho de que una mujer con nombre de prostituta de Tijuana hubiese acabado siendo la secretaria personal del director de la CIA. Aunque, bien pensado, tal vez dicha asociación entre el nombre de la secretaria y su supuesto «empleo natural» se debiese únicamente al estado de embriaguez en el que Julie se hallaba.

Pocas cosas se le antojaban más lamentables que tratar de aparentar normalidad y sobriedad cuando uno se encontraba bajo los efectos del abuso del alcohol; cuanto más intentase disimularlo, más evidente resultaría.

No pudo evitar sonreír al girar la llave del contacto del vehículo. Un gesto tan nimio dejaba bien claro hasta qué punto la ley no se aplicaba a todos por igual. Mientras el motor ronroneó por primera vez, Julie pensó que, en caso de ser sometida a un control rutinario de alcoholemia, su imprudencia no tendría consecuencias. No al menos las mismas que para cualquier otro ciudadano que no poseyese una acreditación de la Agencia Central de Inteligencia.

Mediante el control de voz, ordenó a su teléfono que ampliase la información sobre los habitantes del tercer piso —novena puerta— del 3388 de la avenida Foster. A pesar de no ser una amante de la tecnología, debía reconocer que los muchachos del departamento de informática habían hecho un buen trabajo con la aplicación que, tras introducir un par de contraseñas, le permitía acceder a una base de datos bastante potente. Padre, madre, hermano y hermana menores... Y Danielle. ¿Con solo quince años había conseguido

burlar las medidas de seguridad de la CIA? Julie trató de recordar qué hacía ella cuando contaba con esa edad, aparte, claro estaba, de pelear contra su propia orientación sexual.

A fin de alejar esos pensamientos de su mente, pulsó el botón que conectaba el reproductor musical donde una *playlist* aleatoria había sido programada. Los altavoces escupieron el «Like a Hurricane» de Neil Young y Julie se sintió un poco más reconfortada. Sopesó la posibilidad de telefonar al domicilio antes de dejarse caer a esas horas intempestivas, pero la descartó casi de inmediato. Con independencia de lo extraño que resultase el hecho de que la persona que había violado los protocolos de seguridad de la CIA no pasase de los quince, no dejaba de ser una sospechosa, luego no convenía ponerla sobre aviso. Por otra parte se daba la circunstancia de que Julie odiaba las llamadas en mitad de la noche. Tal vez porque le recordase algún episodio desagradable de su propia infancia. Una llamada nocturna anunciaba problemas con toda seguridad. Su padre solía recibir llamadas de ese tipo y, al alcanzar la vida adulta, también ella había sido despertada mediante el desagradable sonido del teléfono. Había tenido ocasión de comprobar que nadie llama a esas horas para dar una buena noticia.

Precisamente a través del teléfono, en ese caso de su móvil, accedió al Facebook de la joven. Al examinar de soslayo algunas fotografías de la chica advirtió que era muy guapa, casi una modelo. Estuvo a punto de preguntarse qué hacía que una muchacha con esas características acabase decantándose por la frialdad de la habitación a oscuras y los entresijos de la Red en lugar de estar por ahí con los amigos, o beneficiándose de los dones que la naturaleza le había otorgado. No lo hizo. A fin de cuentas, algunas mujeres no menos hermosas acababan convirtiéndose en agentes de la CIA...

Cuando el *software* de un GPS ha sido diseñado por la NSA, no falla. Y ese era el caso del modelo que Julie llevaba instalado en su coche. En esos momentos habría agradecido que los prototipos de vehículos sin conductor ya estuviesen en una fase lo suficientemente avanzada como para no tener que conducir bajo los efectos del alcohol, pero la tecnología no siempre corre a la misma velocidad que la mente que la diseña. Entornó los ojos al llegar a su destino, como si así pudiese ver las cosas con mayor claridad.

Aparcó el coche y permaneció dentro unos segundos, con el motor apagado. No le agradaba la idea de interrumpir el descanso de una familia a esas horas y menos para desplazar a una menor a un despacho de la NSA donde sería interrogada por tipos con cara de poco amigos. Pero un agente de la CIA tenía muy claro que estaba obligado a obedecer las órdenes, por

mucho que no compartiera las razones de sus superiores. Tampoco le parecía muy profesional presentarse en una casa en evidente estado de embriaguez, pero... Maldito Hawkings.

Se dirigió hacia la portería, observando el entorno. Se trataba de un hábito sólidamente adquirido. Un agente de su nivel debía comportarse como un felino, con todos sus sentidos agudizados al máximo.

Nada que señalase la presencia de algún peligro.

Buscó el timbre del piso en la portería. Ahí estaba. Julie resopló y los vapores etílicos se hicieron presentes. A pesar de hallarse en un estado tan inestable, su mente era capaz de trabajar casi a pleno rendimiento. Trabajar en circunstancias adversas era algo para lo que había sido duramente entrenada. Su mente viajó a Irak. Otra vez Irak. Se alisó el pelo y se pasó una mano por la ropa, en un intento figurado de presentar un aspecto más formal. Simuló mentalmente el procedimiento a fin de sopesar las posibles consecuencias de sus actos: llamar al timbre de la casa de unos desconocidos al filo de las tres de la madrugada, en evidente estado de embriaguez y sin una orden judicial. No era propio de una agente de la CIA. Presionó el tabique nasal con el pulgar e índice de la mano derecha como si dicho gesto fuese a mostrarle el camino a seguir. Y en cierto modo lo hizo.

Julie dio unos pasos atrás y volvió a examinar el edificio. Una escalera de incendios. Una puerta de acceso a los pasillos. Una ventana. En caso de ser descubierta, siempre podía alegar que obedecía órdenes o que estaba borracha. O ambas cosas. En ese momento, su prioridad era localizar el ordenador desde el cual se había ejecutado el programa o desplazar a la chica a una de las salas de interrogatorio de las oficinas de la NSA. Indudablemente, la mejor opción era llevar a cabo las dos operaciones de manera simultánea. Antes de comenzar el ascenso, palpó su sobaquera; si un agente de la CIA debía estar operativo las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año, lo mismo le sucedía a su arma reglamentaria. Comprobó que la pistola estaba cargada y con el seguro puesto. Fue entonces cuando se encaminó hacia la escalera metálica. Se alegró al recordar que solo tendría que subir tres plantas. El aire fresco le estaba despejando, pero todavía no lo suficiente.

La puerta que daba acceso al interior del edificio no se abrió al primer empujón. Julie pensó que quizá fuese un mecanismo para disuadir a los ladrones impacientes y volvió a golpear con el hombro la plancha metálica al tiempo que giraba la manivela. Un golpe seco, industrial, señaló que el camino estaba despejado. Julie se descalzó para que el ruido de los tacones no

alertaran a ningún vecino, los dejó cerca de la salida de emergencia y buscó con la luz del móvil el número nueve. *Bingo*. Después de mirar a ambos lados, extrajo de su cartera una tarjeta de puntos de la gasolinera, idéntica a una de crédito pero menos valiosa. Con un movimiento preciso, propio de un profesional del hurto, la agente logró que la puerta del piso se abriese. No lograba entender cómo seguía habiendo gente que no girase la llave por dentro. Un gesto sencillo que impedía que alguien pudiera colarse en la vivienda con tanta facilidad. Por suerte para ellos, sus intenciones no eran del todo turbias. Pensó que no estaría mal dejar una nota al salir aconsejándoles aumentar la seguridad de su hogar.

La televisión estaba apagada, señal de que todos dormían. Cerró los ojos un instante antes de proceder al rastreo. Era su modo de encomendarse a un impreciso dios. Aunque la pistola descansaba a escasos centímetros de sus senos, no estaba dispuesta a sacarla a menos que fuese estrictamente necesario. Contuvo el aire unos segundos y procedió a inspeccionar la vivienda. Se dirigió hacia donde suponía se hallaría la zona de las habitaciones. Una de las puertas, la situada al final del pasillo, estaba cerrada. Supuso que era la de los padres atendiendo a su ubicación. Se quedó inmóvil. No se escuchaba el sonido de la respiración de nadie ni ningún ronquido. ¿Acaso habían salido a tomar una copa abusando de la madurez de su hija?

Otra de las puertas del pasillo se encontraba abierta. Un niño dormía a pierna suelta.

Última oportunidad. Otra puerta cerrada. Julie abrió y cerró los puños dos veces antes de girar el picaporte. La puerta se abrió sin ofrecer resistencia. Una chica dentro de la cama. El cuarto estaba hecho un desastre. Julie sonrió al recordar su propia adolescencia. En comparación, la habitación de Danielle era todo un ejemplo de orden y limpieza. La agente miró hacia la mesa del estudio. Allí estaba. Un Mac Mini; una pequeña bomba de relojería informática de última generación capaz de detonar el centro neurálgico de la CIA. Volvió a echar un vistazo a la joven y de nuevo al ordenador. Aquella situación era de locos: una casa normal, una familia normal y una chica normal... que se había metido, tal vez sin quererlo, en un lío bastante gordo.

Julie dio un ligero traspié antes de llegar a la cama. *Nunca más*. ¿Cuántas veces se habría dicho eso a sí misma? Danielle se agitó bajo las sábanas y la agente temió que se despertase. No fue así.

Un sonido procedente de algún lugar de la casa alertó a Julie. ¿Se confirmaría su hipótesis de la velada romántica de los padres de la joven *cracker*? Pasos. Lanzó una rápida ojeada a la muchacha, que no parecía darse

cuenta de nada, y de una zancada se situó detrás de la puerta del dormitorio. La entornó y observó lo que pasaba. Los pasos sonaban cada vez más cerca. Pasos suaves, ligeros. Pasos de una sola persona. La agente no había llegado tan lejos en el cuerpo gracias a su belleza natural, sino a su infalible instinto, similar al clásico «sentido arácnido» que poseía uno de los personajes de cómic más famosos de todos los tiempos. No se trataba de los padres de la chica.

No pudo ver bien la figura, la oscuridad en la que estaba sumida la vivienda no le dejó observar como a ella le hubiera gustado lo que parecía ser un hombre. La luz de la calle dibujaba su plateada silueta. Julie pudo advertir que llevaba algo en su mano, seguramente un arma y no tardó ni un segundo en comprender lo que estaba sucediendo: no era la única persona que buscaba a la chica. Extrajo de su funda, con sumo sigilo, el arma. No disponía de mucho tiempo. Ese hombre se estaba acercando. Por primera vez en su vida, la alteración sensorial que le provocaba la bebida le resultó muy útil, al permitirle hacerse una panorámica global e instantánea de cada elemento de la habitación. Danielle comenzó a agitarse más de lo normal. Se estaba despertando. Julie tuvo muy claro que solo tenía una oportunidad.

Y estaba dispuesta a aprovecharla.

Capítulo 8

Capítulo escrito por César Pérez Gellida.

Afuera de Brooklyn, Nueva York, 02:43 (15 horas, 16 minutos, 22 segundos para la explosión).

Estacionó frente al portal de aquel bloque de viviendas del popular barrio neoyorquino. Sin salir del habitáculo, Yuri Tkachov recurrió a la foto de Natalie Sokolova para tratar de digerir el dolor, como siempre hacía; esta vez para inhibir ese que nacía en la oreja mal cosida, deficientemente reparada. La mirada fría y felina de la exmodelo le decía que tenía que limpiar su mente, vaciarla de todo para llenarla de nada. Sin embargo, se dejó arrastrar en el tiempo hasta Grozni, cuando formaba parte de los *Spetsnaz GRU*, de la gloriosa 24.^a Brigada Spn asignada al distrito militar ruso de Siberia.

En el 2009, los suyos tenían más que controlado el conflicto. Tras el asesinato del último de los tres hermanos Yamadáyev, quedaron muy pocos señores de la guerra dispuestos a comandar a los guerrilleros chechenos que todavía se atrevían a sacar la cabeza tras una década de intermitente y estéril oposición armada al gobierno de Moscú. Sin embargo, continuaban siendo frecuentes las incursiones de su unidad con órdenes explícitas de dar caza a los últimos rebeldes o sospechosos que quedaban en la capital. La operativa era bien sencilla: irrumpir en las direcciones indicadas a plena luz del día para alcanzar mayor repercusión entre los habitantes de Grozni, y en la misma tirada, llevarse a los señalados vivos o muertos, lo mismo daba. Raramente se complicaba la misión, pero todo se torció una gélida mañana de enero cuando apenas restaban unos meses para que concluyera el enfrentamiento armado. La información que les había facilitado el FSB no fue del todo precisa y los ocho integrantes de su grupo se vieron envueltos en una refriega que terminó ocasionando tres bajas. El sargento segundo, Yuri Tkachov, recibió la descarga de una escopeta de caza, y a pesar de que solo implicó una pérdida parcial de movilidad en el brazo izquierdo, significó su salida definitiva de las fuerzas especiales rusas por incapacidad.

Aquel invierno se dedicó a deambular por las calles de su Irkutsk natal, exudando vodka barato, maldiciendo su torpeza, ahogando en alcohol aquella imagen en la que se veía a sí mismo parapetado tras un anticuado sofá, como

si aquel mueble raído fuera a evitar que le hirieran las postas. Fue gracias a su primo Viktor, cosaco como él, que empezó a realizar trabajos para un georgiano bien conectado con *la Bratva* que había extendido sus tentáculos a las antiguas exrepúblicas soviéticas. Principalmente se dedicaban al tráfico de armas y sus conocimientos en la materia le catapultaron dentro de la pirámide delictiva hasta codearse con los gerifaltes de otros grupos del crimen organizado.

Lo que todavía no era capaz de explicar era cómo había caído en la red de Aleksander, pero más aún, cómo iba a lograr escapar de ella. Todo pasaba por cumplir aquel encargo o no vería otra mañana en la que poder abochornarse de su propia impericia en aquella maldita y gélida mañana de enero del 2009.

El papel decía que su objetivo se encontraba en el tercer piso, así que decidió subir por las escaleras exteriores de las salidas de incendios para evitar cruzarse con algún vecino cuya mayor virtud fuera retener rasgos faciales. Se colgó la mochila, se cubrió la cabeza con la capucha y se aseguró de que Natalie estuviera bien enfundada en la correa de sujeción braquial. Había bautizado a su machete de supervivencia con el nombre de la *Playmate* de abril de 1999, porque esa arma letal era lo único que le quedaba de su etapa en los *Spetsnaz* y porque nunca le había fallado; como Natalie.

Su reloj decía que faltaban cinco minutos para las tres de la madrugada y su instinto le susurró que aquella no iba a ser una tarea sencilla, sin embargo, sus oídos le hicieron cambiar de opinión al percibir el escándalo que rompía el tan deseado silencio nocturno. Se trataba de una fiesta, de eso no había duda, porque el sonido de la música *house* se mezclaba con el de los gritos de los jóvenes que debían estar pasándose de muerte en alguno de esos pisos. Y muerte era justo lo que Yuri traía a los ocupantes de aquella vivienda frente a la que estaba: la puerta N.º9, en el tercer piso del 3388 de la avenida Foster.

Miró a su derecha e izquierda antes de poner rodilla en tierra y sacar las ganzúas. Le enseñaron a usarlas en el ejército, y teniendo en cuenta la cerradura a la que se enfrentaba, solo se concedió un intento. «Los yanquis, siempre tan confiados. El país de las libertades y las oportunidades». — Concluyó Yuri empujando la puerta en cuclillas—.

El pasillo le recordaba al angosto y largo corredor que separaba longitudinalmente las zonas comunes de las habitaciones en las típicas casas del barrio de Glakovsk, donde creció. Cerró asegurándose de que el pestillo no emitía ruido alguno y esperó pacientemente a que sus pupilas se aclimataran a la falta de luz. Seguidamente se puso el pasamontañas, se ajustó el buzo completo de plástico y se acopló las gafas protectoras de laboratorio.

Era el momento de liberar a Natalie de su cautiverio. En la penumbra apenas podía distinguir su hermosura, pero no pudo contener el deseo de compartir con ella aquel torrente de emociones. Se quitó los guantes de vinilo para acariciarla como se merecía. El frío tacto de la hoja de acero al carbono hizo que se estremeciera como la primera vez. El machete había sido diseñado sin terminación en punta porque en su ADN polifuncional pesaba más la genética del hacha que la del cuchillo. Introdujo la mano por la cuerda de seguridad antes de agarrar con firmeza el mango de baquelita. Inconscientemente, pasó la yema del pulgar por el filo delantero antes de comprobar el estado de los aguzados dientes de sierra de la parte posterior. Estos presentaban leves magulladuras, imperceptibles a simple vista, como bellas son las imperfecciones cuando se ama con el corazón, como él amaba a Natalie.

Yuri notó que la adrenalina tomaba el mando de su sistema nervioso y que el corazón brincaba con los primeros acordes de esa sinfonía que tantas veces había interpretado. Las suelas de goma de sus zapatillas apenas emitían un leve maullido, enmascarado por el bullicio proveniente de la calle y la algarabía del bloque. Desconocía cuántas personas habitaban la casa, lo único que sabía es que nadie podía quedar vivo cuando él se marchara con el equipo informático desde el que algún incauto había descifrado *Kryptos*.

La puerta de la primera habitación estaba abierta y desde la ventana que daba al exterior se filtraba la luz suficiente. Un hombre de color y notables problemas de sobrepeso dormitaba cubierto tan solo por una sábana de color rojo cereza; premonitorio. Roncaba. Visualizó sus movimientos antes de proceder: un machetazo diestro y certero bastaría para herirle de muerte en la yugular al tiempo que le seccionaba la garganta y las cuerdas vocales. El silencio era prioritario. Calculó la trayectoria de la salpicadura para que la sangre proyectada no le cegara provocando el fallo en el golpe de gracia.

Rodeó la cama por la izquierda para situarse a cincuenta centímetros del primero de sus indeterminados encargos. Yuri inspiró profunda y progresivamente mientras alzaba a Natalie por encima de su cabeza. Sincronizó la exhalación con el primer golpe.

Natalie cortó el aire con ese silbido que tanto gustaba a Yuri Tkachov y que significaba un anticipo a la confirmación de haber cumplido con sus tajantes expectativas. Con el segundo silbido cercenó la médula espinal provocando el inmediato deceso del obeso.

Los neurotransmisores a pleno rendimiento provocaron un formidable aumento de la frecuencia cardíaca y respiratoria. Yuri ya no era dueño de sus actos cuando recorrió el resto de la vivienda olvidándose del sigilo y la

prudencia. No encontró a nadie más, por lo que dedujo que aquel tipo era el dueño del cerebro que había descifrado el código. Solo le faltaba encontrar el equipo informático para completar la misión.

Ocho minutos más tarde, la desesperación gobernaba en su desgobierno.

No halló dispositivo alguno pero lo que realmente hizo que se le dispararan las alarmas fue el hecho de no dar con ninguna conexión a Internet. La sospecha se hizo patente al comprobar la dirección del titular en el recibo de la luz que descansaba sobre la mesa de la cocina: Thomas Reynolds. 3388 avenida Foster, 3.º6. Con ojos incrédulos comprobó que en el papel que le había dado Aleksander figuraba la puerta N.º9. Se había equivocado. Yuri hizo alarde de la riqueza y variedad en juramentos, maldiciones e imprecaciones pronunciadas en su idioma natal. Aquel ejercicio le ayudó a reponerse para enmendar su error.

Se despojó de su atuendo protector y enfundó a Natalie de forma provisional. No esperaba encontrarse con ningún vecino a esas horas de la madrugada, pero decidió volver al camino de la cautela. Una vez en el pasillo su inquietud le hizo girarse para comprobar que el N.º6 que señalizaba el apartamento estaba caído.

—«Hay que ser más cuidadoso, Thomas» —musitó aliviado.

El n.º9 estaba pocos pasos más allá, en la pared opuesta.

Repitió el procedimiento: rodilla en tierra, ganzúas, apertura al primer intento, sigilo.

Y Natalie.

Mismo pasillo, mismos recuerdos de su hogar, misma penumbra.

Un haz de luz le enfocó directamente a los ojos rompiendo con lo predecible.

El proyectil del calibre 38 impactó entre los ojos a más de quinientos metros por segundo rompiendo el frontal, atravesando el cerebro y saliendo por el parietal.

Yuri Tkachov se desplomó junto a Natalie, inerte.

Pronto estaría tan frío y rígido como ella.

Capítulo 9

Actualidad.

Afuera de Brooklyn, Nueva York, 03:26 (14 horas, 33 minutos, 9 segundos para la explosión).

«Hay momentos en los que un hombre tiene que hacer lo que hay que hacer».

El niño le vio coger su Glock y salir. No le dijo nada. De hecho, nunca más volvió a hablar. Nunca.

Salió de su escondrijo sin dejar de mirar el cuerpo inerte que ahora reposaba en el suelo. Le repugnaba. Sintió el fuerte impulso de dedicarle otro disparo, pero la imagen que tenía enfrente le indicó que la faena estaba rematada.

Tenía la cabeza dividida en cuanto a emociones. Jamás había permitido que su consciencia entrara en juego cuando realizaba un trabajo, pero la mirada de ese niño de dos años lo había cambiado todo.

Todo.

Con él no pudo hacerlo. Se recordó a sí mismo hacía unos segundos con el arma reposando sobre su frente.

Por primera vez le tembló el pulso.

Esperó que fuera la última. Por su propio bien.

Al pasar por la habitación principal observó que sus ocupantes permanecían con los ojos cerrados. Tardarían en despertarse unos minutos, la inhalación del compuesto CHCl_3 provocaba este efecto en dosis adecuadas. No era la primera vez que había usado cloroformo para provocar la inconsciencia en una víctima. Sabía que su uso huía de lo que se mostraba en la ficción, ya que tenían que inhalar unos minutos el compuesto para provocar un pequeño rato de inconsciencia.

La niña de ocho años también descansaba con placidez tras la inhalación.

Este gesto tan simple haría que en su macabra lista mortal hubiera menos nombres anotados y aun así había realizado su trabajo a la perfección.

Nunca supo que el niño jamás recuperaría el habla después de lo que observó, pero estaba seguro que igualmente no podría decir mucho a quien le preguntase. Nadie era más cuidadoso que él en sus trabajos.

Nadie.

Aunque algo parecía haber fallado, faltaba una persona en la vivienda. Su cama estaba hecha, quizá estuviera en casa de una amiga.

Tenía que averiguarlo y, en este caso, sí debería deshacerse de ella. Aquí no había duda.

En realidad pensó que ya no importaba demasiado. Ya no daba tiempo a nada, las horas se iban consumiendo como un cigarrillo encendido.

Al menos había conseguido su objetivo principal.

Aquello no pesaba nada. Era uno de esos odiosos cacharritos con el símbolo de la manzana mordida, pero en versión pequeña. En ocasiones le daban ganas de escupir cuando veía pasar un joven lleno de acné con un teléfono móvil con el mismo símbolo. Estos aparatos costaban más que todo el dinero junto que vio a lo largo de su infancia. Pero ahora se alegraba que no fuera una pesada torre convencional. Así su movilidad sería mayor.

Dejó el resto de periféricos. No eran de utilidad en este caso.

Con extremo cuidado, regresó sobre sus pasos y salió del inmueble. Repasó mentalmente una vez más si había dejado el más mínimo rastro que lo pudiera incriminar. Supo que no.

Nadie sabría qué hacía aquella persona tirada en el suelo. Su pistola estaba limpia, jamás podrían relacionarla con él.

Su hombre lo esperaba en el coche oculto en el callejón oscuro con el motor en marcha. A su mente vino cómo ambos habían modificado el motor para hacerlo apenas audible mientras estuviera encendido. Era primordial que nadie supiera que estaba ahí. Mucho menos que pudiera verles huir. Este tenía órdenes precisas de que, si algo fallaba, podía escapar de allí sin represalias futuras.

Pero era imposible que nada saliera mal.

O eso pensaba.

Dentro del armario en el que solían guardar la ropa sucia, con todos los músculos de ambos cuerpos tensos tras la detonación, una mano cubría la boca de la que debía haber sido la víctima principal.

Podía sentir los latidos del corazón de su captora. Aquella mujer tenía una fuerza sobrehumana y le era imposible mover un solo músculo.

Respiraban acompasadas, como si ambas bailaran al unísono, como si fueran una sola.

No entendía nada de lo que estaba sucediendo, aunque acabaría descubriendo que, a pesar de que su mundo jamás volvería a ser el mismo, le debía la vida a esa joven.

Tan solo necesitó unos segundos para entender el porqué de esa situación. Ya lo había temido hacía unas horas. Había estado autoconvenciéndose de que aquello era imposible que sucediera.

Ahora sabía que sí.

Sucedió.

Estaba sucediendo.

Capítulo 10

Afuera de Brooklyn, Nueva York, 03:26 (14 horas, 33 minutos, 9 segundos para la explosión).

Julie inclinó su cuello y miró a la asustada muchacha a los ojos. Hacía unos minutos que la puerta de la vivienda había sonado cerrándose. O eso quería pensar.

Nadie podía asegurarle que la casa estaba libre de peligros, lo que sí estaba claro es que no iba a quedarse encerrada en ese armario apestoso de por vida. Necesitaba salir y comprobar que todo estaba en relativo orden.

Aunque de sobra sabía que todo bien, no iba a estar.

Todavía albergaba la duda de quién narices había entrado, lo que no cuestionaba era el porqué.

Eso le preocupaba en exceso, sobre todo si sabía que la causante de todo el alboroto estaba justo enfrente de ella, con la boca tapada.

Antes de salir a echar un vistazo necesitaba tranquilizar a la muchacha. Prefería enfrentarse a mil terroristas que esto.

La miró a los ojos. Aunque la situación no le era favorable, trató de utilizar su mirada para transmitir una falsa calma a la adolescente. Recordó que, durante su tedioso entrenamiento en la CIA, fue una de las que mejor dominaba dicha técnica cuando la aprendieron en clase. Aunque nunca la había utilizado en la vida real.

La joven la miraba con los ojos muy abiertos, a pesar de la oscuridad del lugar en la que solo un fino haz de luz entraba a través de un orificio del armario, Julie pudo distinguir el intenso azul de los ojos de Danielle.

No se sintió demasiado bien al pensar que esa chica era realmente guapa, era una adolescente y no podía tener tales pensamientos.

Danielle no pestañeaba, estaba aterrada por el miedo. Aquello no estaba dando resultado.

Julie sabía que si hablaba delatarían su posición en caso de que todavía hubiera alguien en la casa, pero comprendió que no le quedaba más remedio que hacerlo.

Antes de hablar, obligó con su cuerpo a Danielle a acuclillarse. Así puede que conservaran la vida. Si alguien disparaba, por lógica lo haría a la altura del pecho, esto les daba una pequeña oportunidad de sobrevivir.

Una vez agachadas, Julie susurró:

—Antes de nada, estoy aquí para protegerte. No tengo tiempo de explicaciones. Lo primero es asegurarme de que no hay nadie, lo segundo, comprobar qué ha pasado. Veré si tu familia está bien, pero necesito que esperes aquí sin hacer ruido. Si lo haces, ambas estaremos en serio peligro. ¿Me has entendido?

Julie sujetaba tan fuerte la cabeza de Danielle que esta no pudo asentir, por lo que optó por pestañear dos veces. Había visto en muchas películas que esto se hacía así.

La agente comprendió el gesto de la joven, ahora solo esperaba que fuera real y no las pusiera en peligro.

Julie comenzó a soltar paulatinamente a Danielle. Esta última agradeció sobremanera el volver a sentir el aire llegar con plenitud a sus pulmones. Un último gesto de la agente le indicó que no se moviera.

Con extremo cuidado comenzó a correr la puerta del armario. Cuando se habían introducido no había hecho ruido, esperó volver a tener esa suerte.

La tuvo.

Salió echando mano a su arma. Había tenido que actuar tan rápido con la adolescente que no le había dado tiempo a guardarla bien en su lugar habitual. Pegó su cuerpo a la pared, cerró los ojos por un momento para acompasar su respiración con los latidos de su corazón, que poco a poco iban bajando de frecuencia. Hacía mucho que no actuaba, demasiado para un agente de la CIA. Desde el incidente apenas había tenido misiones, y las que había tenido eran de poca monta.

Al tener este pensamiento notó cómo su ritmo cardíaco comenzaba a aumentar de nuevo. Otra vez los recuerdos le asaltaron, impidiendo siquiera que pudiera mover las piernas del lugar. Necesitó abrir los ojos para comprobar que no estaba allí, que ahora mismo se encontraba en Brooklyn llevando a cabo una misión de vital importancia para el país. Suspiró de la forma más silenciosa que pudo, aquello se le estaba yendo de las manos. No había peor momento para que el trauma de siempre le golpeará con fuerza.

Parecía que volvía a recuperar el control, aunque más lento de lo que le hubiera gustado en un principio.

Volvió a repetir el proceso de relajación, arma en mano.

Una vez conseguido, sin despegar la espalda de la pared, comenzó a acercarse a la puerta. Necesitaba asomarse para ver cuál era la situación en el pasillo. Tensó sus brazos para estar dispuesta a reaccionar si se le requería y

comenzó a asomar su cabeza poco a poco. Primero miró al lado derecho del pasillo, en dirección al fondo de la vivienda.

Nada.

Luego lo hizo en la otra dirección, hacia la salida.

Había un cuerpo tirado en el suelo, como esperaba.

Ahora quedaba saber si era de la persona que entró poco después que ella, ya que le había parecido oír mientras estaba escondida a duras penas la puerta de nuevo, poco antes de sonar el disparo. Antes de revisar el cuerpo, necesitaba cerciorarse de que estaba sola y, sobre todo, saber qué había pasado con la familia de la niña. Comenzó a andar hacia su derecha, muy despacio y asegurando cada paso que daba. Con todo el cuidado del mundo se asomó en cocina, salón y baño. Todo despejado.

Quedaban las dos habitaciones, esto le aterraba.

Prefirió empezar por la de los padres, lo que hubiera pasado en ellas le serviría para prepararse para lo que hubiera en la de los hijos pequeños.

Accedió a ella sigilosamente. Ambos estaban tumbados en la cama, sin aparentes signos de violencia. Respiraban.

Esto hizo que ella soltara un suspiro inconsciente.

Se acercó hasta el padre, le pareció raro que durmiera plácidamente. Cuando se acercó y olió ligeramente su boca, comprendió el porqué.

Cloroformo.

Sin más acudió hacia la habitación de los más pequeños. Al entrar comprobó que tanto la niña de ocho, como el niño de dos también dormían ajenos a lo que había pasado. Olió las bocas de ambos, el pequeño no había inhalado el compuesto, dormía de forma natural. La niña sí.

Aunque en apenas unos minutos los efectos desaparecerían y despertarían con somnolencia, mareos e incluso con un estado depresivo, al menos estaban vivos.

Y al parecer el autor del disparo se había largado.

Julie asomó rápidamente la cabeza dentro de la habitación de Danielle y echó un vistazo rápido a la mesa de ordenador que había frente a ella. Faltaba el dichoso aparato, como esperaba.

Ahora, quizá su mayor problema era qué hacer con el cuerpo de quien fuera que estuviese tirado en el suelo y, sobre todo qué hacer con la familia. Cuando despertaran sabrían que algo iba mal al no estar la hija mayor, además de que no podía perder el tiempo limpiando la sangre que salpicaba toda la mayor parte de la entrada de la casa.

Enseguida encontró la solución. Extrajo su móvil y abrió la aplicación segura de comunicación vía SMS entre miembros de la CIA. Seleccionó los dos nombres, escribió concisas indicaciones, claras, adjuntó una posición de GPS y tocó el botón de enviar. Clarks e Higgings se encargarían de limpiarlo todo y de mantener a la familia «dormida». Tenía suerte de que dos de los mejores miembros de la agencia para esas labores, vivieran en Nueva York.

A los pocos segundos recibió un escueto: «Ok».

Una cosa menos.

Antes de dirigirse hacia el cadáver, fue a la cocina y agarró el primer paño que encontró. Una vez lo tuvo fue hacia la entrada.

Se agachó para ver más de cerca el rostro del fallecido. No parecía americano, eso complicaba las cosas. Se fijó en su oreja, parecía que había sido cosida no hacía demasiado, pues estaba bastante roja, como si fuera muy reciente. Su vista se fue sin remedio hacia el enorme machete de supervivencia que colgaba de su cinturón. Estaba lleno de sangre.

¿Se había cargado a alguien por el camino? ¿Quién era? ¿Por qué quien fuera que estuviera dentro de la casa le había disparado? Esto arrojaba la posibilidad de que fueran de dos bandos distintos, lo que no le hacía gracia alguna. Con tanta gente buscando lo mismo, aquello no podía acabar bien.

Había demasiadas preguntas sin respuesta, pero no tenía tiempo ni siquiera para plantearlas. Con el paño tapó la cara del difunto, había que sacar a la muchacha de la vivienda y cuanto menos viera, mejor. Aunque si fijaba un poco su vista hacia la puerta podría ver los pedazos de materia gris que habían quedado pegados a la misma mezclados con sangre y trozos de hueso.

Sintió algo de náuseas, aunque esta vez estuvo segura que no era causa del alcohol, quizá la adrenalina segregada se había encargado de los últimos restos que le quedaban en sangre.

Volvió hacia la habitación en la que estaba Danielle, todavía dentro del armario. Abrió la puerta del mismo. La joven estaba sentada en el suelo, con las rodillas frente a su pecho y con las manos cubriendo su cabeza.

Estaba muerta de miedo.

—No temas, soy yo.

La muchacha se destapó la cabeza y miró a Julie.

—Tenemos que marcharnos, tengo que ponerte a salvo. Tu familia no ha sufrido daño alguno, duerme. He ordenado a unos compañeros que vengán a ocuparse de ellos. Estarán bien y no sabrán nada de lo que ha ocurrido, al menos de momento. He de advertirte de algo un poco duro: hay un cadáver en

la entrada de tu casa. No puedo decirte quién es, pero no parece que fuera un amigo. Por cierto, mi nombre es Julie.

Danielle abrió los ojos todavía más, fue incapaz de decir una palabra.

—Alguien quiere lo que has descubierto —prosiguió la agente—. No dudo en que vuelvan a por ti, es por eso que debemos desaparecer. ¿Me comprendes?

Danielle asintió sin tener muy claro nada de lo que estaba ocurriendo. Todo había sucedido demasiado deprisa. No había tenido tiempo de asimilar nada.

Julie tendió su mano a la adolescente. Esta dudó unos instantes en si tomarla o no. Algo le decía que confiara en aquella chica, que parecía tenerlo todo bajo control. Había otro algo que le decía que no debía confiar en nada ni en nadie. Optó por la primera opción.

Con la ayuda de la joven se puso en pie. Comprobó que le costaba andar, las piernas no le respondían como de costumbre. Quizá fuera la mezcla de miedo con el rato que había permanecido inmóvil.

—Voy a pedirte algo —comentó Julie antes de salir de la habitación—: Cierra los ojos, ciérralos muy fuerte y no los abras hasta que yo te lo diga. No es necesario que veas el cadáver. Yo te guiaré.

Dannie no lo pensó ni un solo instante. Obedeció a la agente de inmediato.

Esta tomó su mano y guió a la joven por el pasillo, evitando que pisara sangre ni ningún desagradable resto.

Cerró con mucho cuidado la puerta de la vivienda al salir, tratando de no hacer ruido.

—Está bien, tengo el coche aparcado ahí abajo. Es un viaje un poco largo, tendrás tiempo de explicarme bien qué has hecho, jovencita, para enfadar a tanta gente.

Danielle no pudo ni contestar, tan solo agachó la cabeza. No podía quitarse de la cabeza el mensaje que había descifrado gracias a *Némesis*.

Bajaron por las escaleras, era lo más rápido. Al salir a la calle Julie fue directa hacia su vehículo. Justo antes de entrar, su teléfono emitió una vibración.

Era un mensaje de la NSA.

Aeropuerto La Guardia, hangar veinte. Piloto Frankie.

Julie sonrió.

—¡Genial! —Exclamó—, tenemos un vuelo directo. Podré ponerte a salvo antes.

Danielle no sonreía. Demasiadas emociones en muy poco tiempo.

Y las que quedaban por venir.

Capítulo 11

Aeropuerto La Guardia, Nueva York, 03:57 (14 horas, 2 minutos, 51 segundos para la explosión).

Julie dejó el coche aparcado no demasiado lejos de la entrada principal. Las dos entraron en el aeropuerto y la agente se dirigió directamente a la puerta que daba acceso a los hangares privados. Un mastodonte de piel oscura la vigilaba, Julie tan solo necesitó lo que ella consideraba como su «llave maestra».

El guardia, al ver su identificación, cambió su semblante, se apartó veloz y las dejó pasar.

Julie sonrió.

Al acceder a la zona privada echó un rápido vistazo, el hangar veinte estaba algo alejado. Se encaminaron a él.

Tras unos minutos llegaron. Allí estaba Frankie, un hombre de rostro pálido y fornido cuerpo. No aparentaba haber superado la cincuentena, parecía preocuparse por su aspecto pues su pelo, con las canas justas, estaba perfectamente peinado hacia atrás, así como su barba, recortada con exquisitez. A pesar del vello facial, el gran hoyuelo que destacaba por encima de todo lo demás no quedaba oculto. Era imposible no fijarse en él. Julie consideró que, aunque a ella no le atraía nada, Frankie era lo que se podía considerar como un madurito sexy, seguro que no le faltaban pretendientas.

—Agente Julie Hawkings —dijo a modo de saludo a la vez que mostraba su identificación.

—Frankie —tendió su mano—, les llevaré a un destino seguro.

Julie asintió. Aquello sonaba bien.

El avión no era demasiado grande, algo menos de la mitad que uno comercial. A las pasajeras no les importaba, lo único que anhelaban era sentirse a salvo.

Danielle apenas había hablado desde que habían salido desde su casa. Estaba muy asustada y, aunque no dejaba de pensar en su familia —sobre todo en los más pequeños—, el flujo de imágenes que vivía en su cerebro era tal que no era capaz de tener ni un solo pensamiento coherente.

Pasaron al interior del avión. El piloto lo hizo tras ellas, cerrando la puerta.

—Espero disculpen que no tengamos azafatas ni puedan disfrutar de las comodidades de un vuelo normal —comentó con un evidente tono de sorna—. El tiempo de vuelo estimado es de unos cincuenta minutos. Ojalá lo pasemos sin ningún incidente. Si me necesitan, estaré en mi cabina, tras esta cortina —dijo señalando hacia el punto—. Abróchense los cinturones al despegar y al aterrizar, si se fijan arriba de sus asientos, un indicador les dirá cuándo hacerlo.

La agente aprobó con un gesto de cabeza. Danielle seguía sin decir nada, no le salía la voz.

A los pocos minutos despegaron.

—¿Dónde vamos? —Dijo al fin la muchacha.

—Vamos a Fort Meade, Maryland, a las instalaciones generales de la NSA.

—Pensé que iríamos a Utah.

—¿Qué se te ha perdido a ti en Utah? —Quiso saber Julie mientras enarcaba una ceja.

—*PurpleRain*...

Julie sintió cómo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué sabes tú de *PurpleRain*?

—Todo lo que cualquiera que se considere *hacker* pueda saber. No escondéis tan bien vuestra mierda como pensáis.

—Vaya, vuestra mierda... Nos ha salido prepotente la niña... La misma que ha tenido que huir aterrorizada de su casa porque había una persona con media cabeza reventada tirada en el suelo. Si me aceptas un consejo: sé un poquito más cauta al hablar, no sabes cómo puedo reaccionar ante un comentario de este tipo. Lo mismo se me va la cabeza a mí y te estampo una hostia en toda la boca.

Dannie tragó saliva. Lo único que pretendía era mostrar la misma coraza que solía enseñar a la gente de su alrededor, la que su madre con tanto ahínco le había ayudado a forjar. A pesar de aparentar estar de una sola pieza, por dentro estaba completamente rota. Solo quería que aquello fuera una mala pesadilla. Ojalá despertara pronto de ella. Al hacerlo, escribiría una novela con lo que estaba soñando. Sería un éxito.

—No te asustes —apuntó Julie—, por suerte no estás ante ese tipo de persona, pero de verdad, modera tus palabras a partir de ahora. Sobre todo en el sitio en el que vamos. Has molestado a mucha gente. Los ánimos puede que estén muy caldeados y no seamos del todo bien recibidas. Sobre todo tú.

La muchacha asintió, temblorosa.

—Ahora que estamos solas y a salvo, cuéntame: ¿qué coño has averiguado para que dos personas hayan intentado matarte en menos de cinco minutos?

Danielle dudó antes de comenzar a hablar. Tomó una larga bocanada de aire y contó a Julie todo lo que sabía.

Lo que no podía imaginar es que la agente se había equivocado en lo que acababa de afirmar. No, no estaban solas. Había alguien más aparte de ellas y el piloto.

Aleksander estrelló el teléfono móvil prepago contra la pared. Sabía que Tkachov no lo llevaría encima durante el encargo, pero hacía ya un buen rato que debía haber recibido la llamada confirmatoria. Esperó, por el bien de la operación, que hubiera tenido un simple descuido y el terminal estuviera en la guantera del coche en modo silencio.

Aunque había algo dentro de él que hacía que se temiera lo peor.

¿Habría llegado antes la CIA?

No lo descartaba. Aunque la mayoría de los estadounidenses pensaban que la agencia solo actuaba fuera del territorio americano, había agentes repartidos por todo el país preparados para actuar en caso de ser necesario.

Se acercó de nuevo al mueble bar. Era la decimoquinta vez que lo hacía en un espacio de dos horas, no le importaba. Antes de pegar un sorbo olió el brebaje, el dulce aroma del Glenn Mckenna pasó por su epitelio olfativo y fue directo a los receptores encargados de identificar el olor en el cerebro.

Esto calmó sus nervios. Incluso más que probar un sorbo del *whisky*.

En los últimos días no había otra cosa que lo calmara.

Abrió el cajón de su imponente mesa de despacho y extrajo un nuevo terminal prepago. Le colocó la batería y lo encendió.

El checheno tenía órdenes de llamarlo a este número si el otro no estaba operativo. Esperó no perder la calma nuevamente y reventar otro teléfono. En su cajón solo quedaban dos terminales.

Bebió un trago de la bebida espirituosa. Tomó asiento, dejó el vaso encima de la mesa y masajeó sus sienes.

Fijó su mirada en el terminal, esperando que este sonara de un momento a otro. Si no lo hacía, tendría que poner en marcha su plan B.

Julie miraba fijamente a Danielle, sin decir nada. Si lo que le contaba la chica era verdad, era como para echarse a temblar.

—¿Y sabes si había más mensajes que tu sistema pueda descodificar? —
Dijo al fin.

—Puede, por el contenido del que descifré, intuyo que sí.

—Interesante, supongo que *PurpleRain* habrá detectado los otros, ahora solo hay que aplicar tu programita y tendremos algo sobre lo que...

Julie paró de hablar en seco, cayó en la cuenta de algo.

—¡Mierda!, no tenemos el programa, se lo han llevado junto a tu ordenador.

—No importa, tengo una copia —comentó la muchacha, mirando por la pequeña ventana hacia la oscuridad de la noche.

—Por favor, ahora dime que lo tienes guardado en un *pendrive* y que lo llevas encima.

Dannie negó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Entonces? ¿Está en tu casa?

Volvió a negar sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Dónde cojones está? Déjate de juegos que la paciencia no es mi fuerte.

Danielle señaló su cabeza.

Julie quedó sin habla durante unos instantes. Si nunca hubiera sabido bien quién era y cuáles eran sus capacidades, la hubiera prejuzgado como la típica niña bonita y estúpida de instituto. Esto le demostraba que los prejuicios no eran buenos. Una teoría que siempre había apoyado pues ella misma no era lo que aparentaba ser.

Por unos instantes sintió un extraño nexo de unión con la joven.

Se obligó a deshacerse de él.

Salió de su escondrijo, llevaba ya un buen rato oculto, sin mover una pestaña, por lo que sus piernas agradecieron el movimiento.

Había escogido ese lugar para ocultarse con toda la intención del mundo. El aseo, que estaba entre ellas y él, servía como muro para que no pudieran advertir de su presencia.

Comprobó que charlaban, despreocupadas.

No tenían ni idea de lo que se les venía encima.

Se preparó.

Julie miró su reloj, ya llevaban media hora de viaje, no quedaba demasiado para tomar tierra. No veía la hora de dejar a la niña en manos de la NSA y volver a su vida. Ahora sí que podía certificar que no quedaba ni gota de

alcohol dentro de su cuerpo, al menos ya no sentía ninguno de sus efectos. Su cabeza ya trabajaba a pleno rendimiento.

Y su vejiga también. Era evidente que tanta bebida tenía que acabar presionando su bajo vientre.

Decidió que era un buen momento para ir al cuarto de baño.

No pudo levantarse de su asiento, la cara de pavor que mostraba la joven *hacker*, que miraba algo que había tras ella, hizo que su cuerpo se petrificara.

De repente y sin que lo esperara sintió el frío tacto de un guante de algo que parecía cuero en su boca. Intentó zafarse en vano pues acto seguido notó la presión de un objeto también frío en su sien.

Alguien le estaba encañonando.

Decidió relajar su cuerpo. No quería dar motivos a que la persona presionara el gatillo y desparramara sus sesos por el avión.

—Levántate despacio —susurró una voz masculina no demasiado potente —, tú —se dirigió a Danielle—, haz lo mismo. No quiero truquitos de magia.

Julie miró a Danielle con los ojos a punto de salir de sus órbitas, indicó con su mirada que hiciera caso a su captor. No debían ponerlo nervioso.

—Así que tú eres la que ha causado todo este alboroto —dijo sonriendo y mirando de forma lasciva a la adolescente—, creo que deberías centrarte en lo que hacen las jóvenes de tu edad y dejar esas cositas para los mayores. Aunque si te soy sincero, me están entrando ganas de jugar un poco contigo antes de quitarte la vida. Eso sí, primero me cargaré a tu amiguita agente.

«¿Cómo coño sabe quién soy?», se preguntó Julie.

El extraño tensó el martillo del arma, no pensaba pegarle el tiro a su lado, aparte de ponerse perdido con los restos que soltara, la detonación lo dejaría sordo por unos instantes. Tenía el arma demasiado cerca de su cabeza.

La empujaría y aprovechando el desconcierto dispararía a bocajarro.

A Julie le costaba creer que le disparase tan cerca de él, su mente, a pesar de la tensa situación, necesitaba pensar de la forma más analítica posible. Debía pensar como un asesino. Lo más lógico sería que le empujase, una detonación tan cerca podría perjudicarlo a él mismo. Tenía que actuar antes de que lo hiciera, solo disponía de unos pocos segundos en tal caso.

Miró a Danielle a los ojos. Acto seguido miró hacia el asiento en el que estaba sentada. La volvió a mirar y repitió el movimiento hacia el asiento.

Lo hizo hasta en tres ocasiones más.

Esperó que la joven entendiera lo que le quería decir. Si lo hacía, quizá tuvieran una oportunidad.

Julie cerró levemente sus ojos y los abrió muy rápido. Era la señal de que actuara ya.

Danielle no lo pensó y saltó detrás del asiento. Ese movimiento desconcertó al extraño que sujetaba a la agente. Esta aprovechó el momento en el que sintió que la mano del hombre, aunque todavía estaba posada en su boca, se había destensado levemente.

El movimiento que hizo fue rápido y preciso.

Se inclinó un poco hacia adelante, separándose unos centímetros del cuerpo del individuo, lo justo para doblar su rodilla y levantar su pie hacia atrás, asestando un golpe con su talón en las partes nobles del extraño. Este se separó de inmediato de la mujer preso del dolor, con las manos en la zona dolorida. Aun así intentó echarse encima de la agente para propinarle un cabezazo en la zona del pecho, pero Julie estuvo rápida y, con un veloz movimiento sincronizando piernas y cadera, consiguió evitar la embestida. Julie sabía que no debía darle tregua y estampó el puño contra su mandíbula, con un golpe seco, duro. El hombre ya no sabía qué le dolía más, por lo que repartió sus manos en las dos zonas afligidas. Con un todavía más rápido movimiento hacia su lado derecho, la agente se colocó detrás de él para inmovilizarlo. Utilizó para ese fin una llave que había aprendido durante sus largos entrenamientos con el teniente Bruce Irving, un viejo experto en artes orientales que le había enseñado a estar preparada para estas situaciones. Ninguna torre era demasiado alta después de adquirir estos conocimientos. Tras este enfrentamiento, quedaba demostrado. Inmovilizó al hombre.

—Dime quién coño te ha enviado.

Este permaneció en silencio.

—Habla o te rompo el cuello.

Este seguía sin hablar. La agente no podía verle la cara, pero sabía perfectamente que el hombre no tendría precisamente un gesto alegre, lo notaba por sus intentos de zafarse sin éxito del nudo que había formado con sus brazos.

—Si no me cuentas nada, te llevaré a un lugar en el que te harán hablar, te lo aseguro, y entonces te arrepentirás de no haberlo hecho en este instante.

Nada. El hombre seguía con sus movimientos de intento de escaqueo y, al parecer, sin intención alguna de emitir una sola palabra.

La agente miró hacia el asiento donde, detrás, se había refugiado su protegida. Ella apenas asomaba los ojos, pero mostraban un terror impropio de una situación que parecía estar controlada. Quizá fuera el susto por lo

ocurrido, Julie no debía de olvidar que tan solo era una niña de quince años, al fin y al cabo.

De repente, sin más, el extraño empezó a tener convulsiones. Julie, desconcertada ante lo que estaba pasando, redujo la fuerza con la que lo sujetaba. Esto no parecían movimientos para intentar escapar, eran demasiado bruscos y repentinos. El hombre siguió con las convulsiones, cada vez más fuertes. La agente lo soltó del todo, haciendo que cayera al suelo mientras seguía agitando su cuerpo, de una forma cada vez más salvaje. De su boca comenzó a salir algo de espuma, parecía estar poseído por una entidad demoníaca.

Asustada ante lo que estaba ocurriendo y comprobando que el peligro había pasado, al menos de momento, Danielle salió de detrás del asiento. Comprobó horrorizada que el hombre puso sus ojos completamente en blanco al mismo tiempo que emitía su último aliento.

—¿Qué cojones ha pasado? ¿Eso se lo has hecho tú? —Quiso saber la adolescente con voz de histeria.

Julie lo miraba con el ceño fruncido, le entraron ganas de reventar el cuerpo de aquel hombre a patadas.

—No —contestó sin apartar la mirada de su agresor—. Ha tomado una píldora del suicidio.

—Espera, ¿qué? —La joven no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Lo que has oído. Ha debido de ser cuando se ha puesto la mano en la boca después del puñetazo. Es una píldora compuesta principalmente por saxitoxina. Si la ingieres, mueres al minuto y medio o dos como mucho. Aunque primero experimentas las convulsiones que ha tenido este hijo de puta. Ahora no sabremos, al menos de su boca, quién lo ha enviado. Aunque creo que algo puedo averiguar. Espera aquí.

La joven no obedeció por la orden de Julie, sino porque aunque hubiera querido, sus piernas, presas del pánico, no hubieran andado.

Julie llevó su mano a la cartuchera para sacar su arma, la preparó para intervenir de inmediato.

Se encaminó hacia la cabina del piloto. Abrió la cortina con cuidado y pasó al interior.

Apuntó directamente la sien de este, que estaba ensimismado en el panel de mandos del avión.

—Dime quién coño te ha mandado a recogernos.

—¿Cómo? —Preguntó este asustado y nervioso al sentir el arma— no sé de qué me habla, yo he recibido el aviso para acudir al aeropuerto, poner a

punto el avión y llevarlas hasta Fort Meade. Es lo único que sé, ¡se lo juro!

Julie lo miró inquisitivamente, el hombre no ocultaba ni rastro de la frialdad que había tenido su agresor, quizá estuviera diciendo la verdad.

—¡Se lo juro por mi hija pequeña! Mírela, su foto está ahí, siempre va conmigo —dijo señalando con su mirada hacia la derecha del panel.

Así era, la foto de un bebé de no más de seis meses adornaba el entresijo de botones.

—Nos han atacado ahí dentro, ¿cómo coño se ha podido colar alguien en el avión?

—Siempre lo tengo abierto un tiempo para ventilarlo antes de un viaje mientras yo preparo otras cosas y de paso fumo algún que otro cigarrillo. Se lo prometo, de verdad, yo no tengo nada que ver.

De repente comenzó a llorar como un niño pequeño. Esto ablandó a Julie. Si era un actor merecía un Oscar, desde luego.

—Voy a darte un voto de confianza, ¡Danielle, ven! —Exclamó hacia fuera. La joven entró enseguida—. Llévanos hasta Fort Meade, por si acaso viajaremos contigo aquí dentro. Ni se te ocurra hacer una tontería o no la verás más —dijo señalando la foto.

Frankie asintió, solo pensaba en regresar a su casa y abrazar fuerte a su bebé.

Julie, sin dejar de apuntar al piloto miró hacia el frente. Por primera vez empezó a considerar la posibilidad de que su teléfono hubiera sido *hackeado*.

Era la única explicación.

Capítulo 12

Fort Meade, Maryland, 05:03 (12 horas, 56 minutos, 20 segundos para la explosión).

Julie entró como una exhalación en la estancia que había antes del despacho de Mathew Mercks, el segundo de a bordo en la NSA, encargado de los «turnos de noche». Era consciente de que el teniente general Mckelleon, el director, no hubiera permitido una actitud así en ella, pero conocía bien a Mercks. Tantas cenas en su casa de su padre habían generado ese grado de confianza.

Estaba hecha una furia. Danielle iba detrás de ella, alucinando por lo que estaba viendo. Había imaginado en decenas de ocasiones cómo sería ese lugar. Había visto alguna foto en Internet, pero, claro, lo que se mostraba no era la parte que ella estaba ahora visitando de manera obligada. De igual modo distaba mucho de lo que esperaba encontrar dentro. Quizá influyera las horas que eran.

La secretaria de Mathew, al verla, se levantó de asiento de un salto, poniendo su cuerpo entre ella y la lujosa puerta corredera de ciprés que daba acceso al despacho del teniente.

—Hawkings, ¿adónde cree que va?

—Necesito ver a Mercks, ahora.

—Lo siento. Pero no puede ser. El teniente se encuentra reunido y ha pedido expresamente que no lo molesten.

—¿Una reunión a estas horas de la noche? —Quedó unos momentos pensativa— ¡me importa una puta mierda lo que me cuentes! ¡Esto es de vida o muerte!

—No puede ser, tendrá que esperar a que dé por finalizada la reunión.

De pronto, un sonido fuerte se escuchó detrás de Julie. Danielle había derramado la taza de café que estaba tomando la secretaria, para poder llevar mejor su horario nocturno, encima de unos papeles.

—¡Uy!, perdón. Soy muy torpe.

La mujer hizo ademán de ir hacia ellos, eran demasiado importantes como para que una niñata se los fastidiara.

Julie aprovechó el movimiento para abrir de un tirón la puerta y colarse de un impulso en el interior del despacho. Cuando miró a su derecha, Danielle la

seguía. Le dedicó una sonrisa. Aquella muchacha era muy joven, pero ya empezaba a comprender el juego.

Mercks estaba reunido, sí, pero al parecer no era una de esas reuniones vitales que pudieran determinar el destino del país.

La agente respiró hondo y colocó los brazos en jarras antes de hablar.

—Súbete los pantalones, anda. Hay una niña delante —comentó Julie entornando los ojos y mirando hacia Danielle, que no perdía detalle del espectáculo para mayores que había montado.

Todavía no había terminado la frase cuando el teniente ya se los estaba colocando bien. La señorita que había de rodillas frente a él se incorporó, se arregló a toda prisa el ceñido vestido que no daba lugar a la imaginación y salió del despacho agarrando su bolso de un tirón. Cerró la puerta a toda velocidad.

Hawkings no dejaba de mirar a Mercks. No era una mirada inquisitiva, pero sí quería dejarle claro que no aprobaba lo que estaba haciendo. Ella no era quién para darle lecciones a nadie, pero la situación de Mathew, de cara a la galería, no le dejaba mirarlo de otra forma.

—Hay cosas que no cambian nunca, ¿verdad, Matt?

—Julie —dijo, comenzó a hablar el teniente levantando sus dos manos. Estaba colorado como un tomate—, no quiero que pienses que hago esto con asiduidad. Ha sido un pequeño desliz, no cuentes nada a Rose, te lo pido por la amistad que me une con tu padre.

La agente vio el cielo abierto gracias a la situación.

—No es solo Rose, Matt. También están los niños. Coño, que no hace demasiado que has vuelto a ser padre por... ¿quinta vez? Si no quieres a tu mujer, no la dejes preñada, hostia.

—Joder, Julie... no sé qué decir... Son las presiones de este puto lugar, todo. ¡Todo! Tú me entiendes, ¿verdad?

Julie seguía fingiendo su papel. En realidad le importaba bien poco Rose y los niños. Ella era una mojegata engreída y sus hijos unos repipis estirados. Nada que ver con Matt y su personalidad arrolladora de *gentleman* inglés a la antigua usanza. Una personalidad, por cierto, que la estúpida de su mujer se empeñaba en anular. No le extrañaba que le estuviera poniendo los cuernos. Además, la mujer que había salido por piernas del despacho era de bandera. Ella también lo haría. Aunque tenía que seguir con la pantomima para sacar lo que quería de él.

Aguardó unos segundos durante los cuales relajó su expresión. El teniente también lo hizo.

—Está bien, no le contaré nada a tu mujer si respondes a unas preguntas. Antes de seguir, esta es Danielle, supongo que ya sabes quién es y por qué está aquí. Danielle, este es Mathew Mercks, director adjunto de la NSA y encargado del turno de noche.

Mercks intentó recuperar la compostura y se acercó hasta Danielle con la mano tendida. Ella se lo negó con cara de asco.

—Lo entiendo —dijo Mercks al darse cuenta del porqué—. Bien, encantado. Jovencita, lo primero que tengo que decirle es que usted no debería estar aquí. Estos juegos a los que se dedica pueden ser muy peligrosos.

Danielle emitió una amplia sonrisa antes de hablar. Le habían enseñado a no achantarse ante situaciones así. No lo iba a hacer.

—¿Les jode que haya programado en horas lo que no han sido capaces en años? —Replicó.

—¡Danielle! ¿Qué coño hemos hablado en el avión? Modera tus palabras, bonita.

La joven agachó la cabeza, Julie era de las pocas personas que había conocido a lo largo de su vida que realmente la intimidaban.

—No pasa nada —Mercks intentó tranquilizar la escena—, lo único claro es que esta chica tiene algo que puede ayudarnos a impedir una catástrofe. ¿Has traído el PC? —Preguntó mirando a Julie.

—Respóndeme primero a algo: ¿has sido tú el que ha enviado a Frankie a recogernos a Nueva York en avión?

Mercks enarcó una ceja ante la pregunta.

—Por supuesto, ya sabes que soy yo quién da las órdenes aquí. Además, si hubiera sido decisión de otro, también me hubiera consultado primero.

—Esa no es la cuestión, ¿sabías del polizón?

El teniente puso cara de no comprender nada.

—¿Polizón?

—Nos han atacado dentro del avión, alguien iba oculto en él. Lo he conseguido reducir de puro milagro, bueno, en parte también gracias a ella. Aparte de esto, por si no fuera suficiente, en su casa se han colado al menos dos extraños, uno de ellos yacía muerto en el suelo de su vivienda. No se preocupe por esto, ya me he ocupado. ¿Me quieres contar qué coño está pasando?

Mercks levantó las dos palmas hacia arriba.

—Julie, te juro que no sé nada de lo que me cuentas. Pero si lo que me dices es cierto, estamos muy jodidos. No me hace ni puta gracia que estés en

peligro de esta forma, si os han atacado así, es que más gente sabe lo de esta chica. La situación se agrava el doble.

Ambos la miraron. Esta no pudo hacer otra cosa que agachar la cabeza.

—¿Y qué ha pasado con Frankie?

—Está atado y acojonado dentro del avión. Yo que tú mandaba a tus chicos para que se ocuparan del asunto.

—Vale, pero créeme, no tengo nada que ver con lo que me cuentas.

—Está bien, pero si alguien sabía que íbamos a tomar este avión solo se me ocurren dos hipótesis: que haya un topo dentro de la agencia o que me hayan *hackeado* el sistema móvil. No sé cómo, ni por qué, porque nadie debería saber que yo me estoy ocupando de esta misión.

—Julie, no creo que vivas en un mundo en el que creas que algo puede quedar en absoluto secreto. Tú misma sabes bien que no es así. Alguien se puede haber ido de la lengua. O lo que es peor, haberse vendido. No descartes lo del topo.

La agente sopesó las palabras del teniente. Sabía que tenía razón.

—Y ahora dime tú —prosiguió Mercks—, ¿qué hay del PC?

—Uno de los asaltantes del domicilio, el que se cargó al otro, se lo llevó.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes, no sé cómo coño ha pasado, pero hemos llegado todos casi a la vez. Esto parece una puta película de James Bond.

—¿Pero ahora qué cojones hacemos? Si esto cae en malas manos, tendrán un sistema definitivo de desencriptado, ¡nada se les escapará!

—Y de encriptado, hace el trabajo a la inversa también —intervino Danielle.

Mercks se echó las manos a la cabeza al mismo tiempo que giraba sobre sí mismo. Las malas noticias lo golpeaban como auténticas mazas. Aquello estaba a un paso de convertirse en el caos absoluto.

—Igualmente, no deben preocuparse, como le he dicho a la agente tengo el programa íntegro aquí —dijo tocando su frente—. El ordenador no podrán utilizarlo, tiene dos sistemas de autodestrucción ideados por mí misma. He colocado dentro del aparato un pequeño electroimán que se activa si en la pantalla de inicio pinchas en mi usuario, el modo correcto es pinchando en la esquina superior derecha; si consigues averiguar esto, cosa que dudo, una sola tecla mal pulsada de mi contraseña y se activa. Si fuera un PC temería porque desmontaran el equipo antes de probarlo, pero el ensamblaje del Mac Mini no es tan elemental como el de los equipos convencionales, por lo que estoy

segura de que probará a iniciar directamente el ordenador, seleccionará mal en la pantalla...

—Y entonces se borrará todo —comentó Julie, que comenzaba a entender que la chica en realidad era un genio.

—No. Esa es la creencia común, se desordena todo y se vuelve ilegible. Aunque para el caso es lo mismo.

En algún lugar de Washington DC, a esa misma hora.

Solo, en su apartamento, alguien comprobó cómo lo que decía la joven era cierto.

No llegó a pasar ni del primer intento para loguear. Un error de principiante. Él no solía cometer este tipo de errores, por lo que le escoció más de la cuenta.

Suspiró hondo mientras maldecía en su mente y miraba hacia el techo. Desconectó con cuidado los cables del aparato. Lo agarró y lo miró con ojos cansados.

Acto seguido lo estampó contra la pared a su derecha. Sabía que no iba a tener problemas con los vecinos pues el apartamento de al lado estaba vacío. El de abajo también.

Tendría que poner en práctica el plan B.

Si hubiese podido lo hubiera evitado pero, ahora, no le quedaba otra.

Fort Meade. Al mismo tiempo.

—Veo que lo tienes todo bien pensado, jovencita —dijo el teniente mientras se secaba las gotas de sudor que comenzaban a poblar su mente—. De todos modos, no debemos confiarnos, tenemos que ponernos en la peor de las situaciones y pensar que sí, que llegan a foguearse dentro del ordenador. Tenemos que averiguar la manera de hacernos con él. Pero esto solo es uno de los problemas que tenemos ahora. Es de suma importancia que me cuentes qué averiguaste al leer el mensaje y, sobre todo, necesitamos descifrar los otros. El tiempo corre en nuestra contra.

—¿Piensas que en los mensajes se encuentra la ubicación de los explosivos?

Mercks se encogió de hombros. No tenía respuesta para esta pregunta.

—Bueno, no perdamos más tiempo —agarró su teléfono móvil y marcó un número, esperó unos segundos y habló—. Tráeme en menos de dos minutos un ordenador con una conexión segura a *PurpleRain*.

Danielle sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Solo escuchar el nombre del mítico sistema de programas, hacía que su cuerpo comenzara a sudar a espuestas. Otra cosa no, pero esto sí le ponía muy nerviosa. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado poder tener acceso a él. Al menos, un acceso legal. Se rió de sí misma al verse emocionada por algo así, sobre todo, teniendo en cuenta que todo aquello, más que un sueño, parecía una pesadilla.

Llegando al tiempo límite que había dado Mercks, apareció una joven con un portátil encendido. Lo colocó encima de la mesa.

—Ahora necesito algo de concentración. Como si no tuviera ya bastante, tengo que programar en esta mierda de Windows. No puedo creer que consideréis que esto es seguro. En fin.

Tanto Mercks como Julie iban a hablar, pero viendo cómo se las gastaba la niña prefirieron no hacerlo. Parecía ser una niña consentida y malcriada hasta decir basta. No les encajaba con lo que esperaban de alguien que parecía tener unas capacidades asombrosas.

Danielle tomó asiento y comenzó a toquetear el teclado.

—Pero primero cuéntame qué has averig...

Julie levantó la mano, interrumpiendo al teniente.

—Yo te lo contaré, dejemos a Danielle hacer su trabajo.

Mercks asintió, estaba ansioso por saber qué había descubierto la joven para que se montara tal alboroto.

Cuando lo supo, su rostro se retorció.

Capítulo 13

Fort Meade, Maryland, 05:25 (12 horas, 34 minutos, 18 segundos para la explosión).

Estuvo esperando más de dos minutos hasta que la imagen de su jefe —y a la vez padre— apareció en la pantalla. Había contactado con él tal y cómo se lo había pedido: mediante su secretaria, la única con acceso directo —aparte de él mismo— desde Langley a la Sala de Situaciones.

—¿Situación? —Preguntó Hawkings a modo de saludo. Julie no esperaba otra cosa, su padre era así.

—Hemos tenido un par de incidentes aislados, pero lo importante es que la niña está a salvo aquí, en la NSA. Está trabajando ahora mismo en implantar su dichoso programa en *PurpleRain*, quizá pueda arrojar un poco de luz sobre los mensajes misteriosos.

—¿Cómo que implementando? ¿Ha conectado su ordenador al sistema?

—No, es una larga historia, pero no. Está programándolo de nuevo en un ordenador conectado al sistema.

—¿Qué? —La cara de Hawkings era todo un poema.

—Confíe en mí, creo que lo hará en pocos minutos.

—Está bien —el director miró su reloj—, quedan unas doce horas y media para que la cuenta llegue a su fin. Necesito algo por dónde empezar. ¿La muchacha le ha contado qué decía el mensaje que interceptó?

—Así es —hizo una pausa—. Habla de un programa capaz de controlar el mundo entero, un tal *Kryptos*, algo que parece infranqueable. Dice que ese *software* es capaz de penetrar en cualquier sistema de seguridad informático y manipularlo a su antojo ahorrando horas de *hackeo* a quien lo utilice. Además de cifrar y descifrar mensajes como los que *PurpleRain* a sido incapaz de resolver. Si obviamos el de la niña, al parecer es indetectable por los programas que hay ahora y solo mediante él se pueden activar o detener las cinco bombas que hay colocadas en Washington. El programa, al parecer, hace lo mismo que el de ella, salvo por lo de las bombas, claro.

—¿Pero cómo coño una niña de quince años ha sido capaz de crear algo así? Además, ¿qué probabilidades hay de que se creen dos *software* únicos, tan potentes, a la vez?

—A lo primero no sé qué responderle. No he podido indagar sobre sus conocimientos, pero parece segura de sí misma. Quizá nos esté vacilando a todos, ahora lo comprobaremos cuando tenga listo su programa. En lo segundo, ni idea. Si se refiere a si hay alguna conexión entre *Kryptos* y *Némesis*, pienso que no. No creo en las casualidades, pero me parece que en este caso es así. La muchacha parece limpia.

—Joder... —comentó este agachando la cabeza por unos instantes—. Volviendo a lo de las bombas, ¿no dice nada sobre su ubicación?

—En lo que ella ha descifrado en el primer mensaje no. Puede que en los otros sí haya algo, tendremos que esperar. Se me ha olvidado decirle que el mensaje nombra a alguien. Puede que sea el cabecilla de todo esto, pero claro, es muy común. De igual modo está Mercks trabajando en la localización de todos y cruzando datos, a ver qué arroja. Habla de un tal Aleksander.

De pronto la cara de Hawkings se tornó blanca.

Julie se percató enseguida de la reacción de su padre, aunque entendía nada.

—¿Pasa algo? ¿Conoce usted a ese Aleksander?

Hawkings no hablaba, parecía pensativo. O en estado de *shock*, a saber.

—¿Papá? —Dijo esta rompiendo el protocolo, cosa que nunca hacía.

—He de dejarte, tengo que comprobar algo. Estáte operativa, enseguida hablo contigo.

Sin más se cortó la comunicación.

Julie se quedó sin poder mover un músculo de su cara delante del monitor. Hubiera dado todo por entender algo.

Hawkings corría, sabía dónde podía localizar a ese hijo de la gran puta. Salió de la Casa Blanca sin hacer ruido, por uno de esos escapes estratégicamente localizados en los que tan solo tendría que dar cuentas a un agente de los del Servicio Secreto. Este, además, no diría nada, tratándose de quién era.

No debía ir muy lejos, si era quién pensaba no andaba demasiado lejos de la propia Casa Blanca.

Tenía mucho valor para operar desde tan cerca. Aunque, ¿qué mejor que esto para no ser detectado?

En apenas unos minutos estaba en la puerta del lugar. Acceder a él no era fácil, pero no era la primera vez que estaba allí.

Golpeó la puerta con fuerza.

No tardó en abrirse.

Steve lo recibió. Quizá, lo que más aterró, es que este no mostrara sorpresa en su rostro al verlo.

—Pasa, por favor —comentó su anfitrión.

Hawkings dudó, no esperaba tanta hospitalidad.

—Toma asiento. Quizá no sean horas para ti, pero ¿quieres un *whisky*?

Hawkings asintió, conocía de sobra a ese hombre como para saber que no podía rechazárselo.

Aleksander agarró por enésima vez en aquella noche su botella favorita. Ya quedaba menos, pero no le preocupaba. Tenía reservas.

El anfitrión puso el vaso frente al director de la CIA, colocó el suyo frente a su silla y se sentó.

—¿Y bien?

—No te hagas el gilipollas conmigo, sabes perfectamente por qué he venido.

Steve tomó un sorbo. Lo saboreó y dejó el recipiente sobre el posavasos.

—Ah, eso...

—Sí, eso...

—¿Y en qué puedo ayudarte con ese tema?

—¿Me tomas por imbécil? ¿Qué coño pretendes?

—En realidad nada —otro sorbo—, creo que el mensaje es claro. ¿Os he pedido rescate? La respuesta es no. El dinero me sobra, ya lo sabes. Tan solo quiero que la cuenta atrás llegue a su fin.

—¿Quieres destruir Washington, sin más? —Dijo colocando sus manos sobre la mesa y echando su cuerpo un poco hacia adelante.

—Lo que yo quiera es cosa mía, todavía no te lo puedo explicar.

—Ni creo que lo hagas. —Pasó la mano por detrás de su espalda y extrajo su *Beretta 92*. Hacía tiempo que no la disparaba, pero quizá había llegado el momento. Apuntó hacia la cabeza de Steve Aleksander.

—Sí, puedes pegarme un tiro —dijo pegando un nuevo sorbo al *whisky*, casi sin inmutarse ante la amenaza—, joder, qué bueno está. Ni siquiera tengo un arma cerca para poder defenderme. Pero he de advertirte que pasarían varias cosas. La primera, que no podréis detener la amenaza de bomba. Si acaso lo consiguierais, *Kryptos* pondría en marcha un otro protocolo que haría que se activaran de nuevo con otro código de descifrado totalmente distinto, esta vez sin cuenta atrás. Tan solo con el programa se puede detener de una forma fiable y sin que nadie salga gravemente herido. Algo lejos de vuestro alcance, me temo. Lo segundo que ocurriría es que no habría reducto en la

tierra donde Julie y tus otras dos hijas pudieran esconderse. Mis hombres están sobre aviso, sabes de lo que soy capaz.

La mano de Hawkins comenzó a temblar ante aquella afirmación. Sí, sabía que ese hombre jamás vacilaba. Tuvo el impulso de apretar el gatillo ante su amenaza, la rabia lo cegaba. Supo que aunque lo deseara con todas sus fuerzas, no podía hacerlo.

Bajó el arma.

—Bien —dijo un ahora sonriente Aleksander—, ahora empezamos a entendernos. No espero demasiado de ti, tan solo que no metas tus narices en donde nadie te ha llamado. Me debes el puesto que ocupas, no lo olvides jamás.

Hawkins bajó la cabeza, aquel maldito bastardo tenía razón. Aleksander movió los hilos necesarios para que él llegara a director de la CIA, odiaba tener que deberle eso. Aleksander no era el tipo de personas a las que uno se alegraba de deberle algo, se cobraba los favores muy caros. Hacía unos años que pensaba que este había desaparecido para siempre, eso hizo que se relajara y casi olvidara el tema. Ahora sabía que no estaba muerto. Ni mucho menos.

—Bueno —añadió Steve sacando a Hawkins de sus pensamientos—, sí necesito algo de ti. Por el cariño que te tengo no me quitaré a tu hija de encima, pero ya puedes hacer lo que sea para que no entorpezca mi camino. Si lo hace, no dudaré en dar la orden. Ya lo sabes.

Sí, Hawkins lo sabía.

—Por último y antes de marcharte te recordaré algo. No quería hacerlo, pero no me dejas otra, dadas las circunstancias. Recuerda que soy tu amigo, recuerda que gracias a mí, tu mujer tuvo unas mínimas posibilidades de sobrevivir. Que lo di todo porque así fuera, aunque la suerte no estuviera de nuestro lado. No lo olvides nunca, amigo.

Aquello fue la puntilla que necesitaba para que su mente quedara completamente desmoronada. No había pegado un solo sorbo al vaso que Aleksander le había servido, pero ahora lo tomó y se echó toda la bebida a la boca, de una sola vez. Se levantó y sin mirar atrás fue hacia la puerta. Salió cerrando de un portazo, sin despedirse.

Aquel que decía ser su amigo era el peor monstruo que había conocido nunca.

Sí, era cierto lo que decía de que estuvo a su lado cuando a su mujer le diagnosticaron aquel tumor que acabó con su vida. Hawkins no tenía dinero para costear el desorbitado tratamiento y él sí. A pesar de contar con los

mejores médicos y cuidados, nada se pudo hacer por su vida. No podía olvidarla. Nunca se había permitido hacerlo. La recordaba siempre atareada, siempre al pie del cañón. Fue quizá una de las mejores agentes que la NSA pudo tener en toda su historia.

Mucho mejor que él, aunque trabajaran en agencias diferentes.

Una lágrima recorrió su rostro. Hacía muchos años que no derramaba una.

Ese cabrón de Aleksander tenía el control. De la situación e incluso de sus emociones.

Comenzó a andar para regresar a la Casa Blanca, en unos minutos tendrían una nueva reunión para evaluar la situación actual.

Conociendo a Aleksander, aquella reunión iba a servir de bien poco. El destino de Washington estaba echado. Condenado.

De camino sopesó qué hacer con Julie. Deseaba alejarla como fuera del peligro, pero conocía a su hija y esto iba a ser imposible. Nada ni nadie la sacaría de este embrollo una vez que ya estaba dentro. Se maldijo por haberla mezclado, pero cuando lo hizo no tenía ni idea de quién estaba detrás de todo esto. Aun así sentía la necesidad de advertirla. Si lo que le había contado ella sobre *Kryptos* era real, casi con toda seguridad las comunicaciones estarían intervenidas, no podía decirle nada sin que Aleksander supiera que lo había hecho. Estaba a punto de llegar a la misma entrada por la que había salido cuando se le ocurrió la posible solución.

A pesar de que habían pasado treinta y cinco minutos desde que Hawkins se había marchado tan de repente cortando la comunicación, Julie no se había movido de su asiento. No había dejado de pensar ni un solo momento en el porqué de esa rápida desconexión al nombrar al tal Aleksander. Elaboró ciento y una teorías al respecto. Cada cual, más disparatada.

Pero si algo le había enseñado la CIA es que debía de borrar la palabra «disparatado» de su diccionario personal.

Su móvil le mostró un aviso.

«Conexión en un minuto. H.».

Al encontrarse ya frente a la pantalla, solo tuvo que esperar a que pasara ese minuto.

Con una puntualidad pasmosa, el monitor se encendió.

Apareció el rostro de su padre.

—Perdone por lo de antes, se me había ocurrido algo, pero no ha resultado ser.

—¿Puedo saber el qué, señor?

Hawkings tragó saliva antes de hablar.

—Relacioné el nombre que me dio con el de un peligroso terrorista. Lo tenemos controlado y no tiene nada que ver con esto. Ha sido una falsa alarma, por desgracia.

Julie miró a su padre directamente a los ojos. Había algo en su mirada que no le cuadraba. Le faltaba ese aplomo tan característico en él. Parecía que vacilaba. No era el Hawkings de siempre.

—¿Y cuáles son sus órdenes ahora?

—Que siga como hasta ahora, le pido por la seguridad de la chica que no salgan de ahí por nada del mundo. Una vez tengan los mensajes descifrados, solo los puedo conocer yo. Dígale a Mercks que se comunique conmigo y le explicaré el porqué.

Julie no entendía nada, eso casi que era una exclusión del caso para ella.

¿Sería que su padre seguía sin confiar en ella después de lo de Irak?

Si ese era el caso, desde luego se lo había ganado.

—Y una última cosa, no olvide utilizar siempre el canal más seguro que existe para comunicarnos —Hawkings entrecerró los ojos momentáneamente—. He de dejarle, tengo que preparar la siguiente reunión con el gabinete de crisis. Cualquier cosa, ya sabe. Adiós.

A Julie no le dio tiempo a decir nada. Como experta en lenguaje no verbal que era, sabía que las palabras de su padre mostraban algo más de lo que en un principio pudiera parecer. Ese movimiento de ojos lo delataba, quizá fuera en esa última frase que había pronunciado antes de su despedida.

Julie trató de recordarla al dedillo.

No olvide utilizar siempre el canal más seguro que existe para comunicarnos.

La mente de la agente empezó a funcionar a toda pastilla. Esas palabras le recordaban a algo. No sabía con exactitud el qué.

Piensa, Julie, piensa.

El canal más seguro...

Tiene que ser algo que, de ninguna de las maneras, se pueda interceptar. Algo alejado de la vida 2.0 que llevamos y que nos domina.

Algo analógico, quizá.

Algo como...

De pronto se irguió. Sabía a qué se refería su padre.

Salió de la sala y se dirigió directamente hacia donde sabía que se encontraba lo que necesitaba.

Golpeó con los nudillos en la puerta con la esperanza de que estuviera vacía.

Una voz sonó en su interior.

Mierda.

Julie abrió la puerta y entró. Un hombre obeso, de unos cuarenta años, estaba dentro, aunque no utilizaba el preciado objeto. La agente necesitaba estar sola.

—Creo que Mercks te busca, me ha dicho tu nombre, pero ahora no lo recuerdo.

—¿Sullivan?

—¡Eso! Joder. ¡Qué despistada soy! —Comentó sonriente—. Pues más vale que vayas rápido, no estaba de muy buen humor.

El hombre se levantó a toda prisa de su asiento con un movimiento impropio de alguien de su envergadura. Salió de la estancia, dejando a Julie sola.

Tomó asiento frente al objeto, sabía que de un momento a otro este empezaría a sonar. Su padre no podía haber sido más claro en su enigmático mensaje.

El telégrafo comenzó a emitir señales pasados unos minutos. La agente fue anotando letra a letra el mensaje que Hawkins le estaba dando desde la Casa Blanca. Casi con toda seguridad, ni siquiera los que allí trabajaban sabrían que el antiguo sistema se encontraba presente allí también, como un recurso adicional para cuando fallaran las otras comunicaciones más modernas.

En realidad Julie no necesitaba leer el mensaje para saber que habían intervenido todas las comunicaciones gracias a *Kryptos*. La idea de su padre había sido brillante.

Con todas las letras juntas, perdió unos segundos en separarlas en palabras.

El mensaje hizo que le temblaran las piernas.

Capítulo 14

Fort Meade, Maryland, 06:09 (11 horas, 50 minutos, 2 segundos para la explosión).

Llevaba el trozo de papel guardado en su bolsillo mientras caminaba por el largo pasillo hasta el despacho de Mercks, donde había dejado a Danielle programando. Lo tocaba con sus dedos por fuera del pantalón, como si necesitara saber que seguía ahí.

No tenía que leerlo de nuevo para sentir ese estremecimiento otra vez. Todo su cuerpo había temblado con las palabras que su padre le había dictado mediante el sistema ideado por Samuel Morse.

Repasó en su mente una vez más la nota:

Sé quién es Aleksander. Tiene el control. Anda con cuidado. Solo confía en mí. Finge salir del caso. Llévate a la niña y encuentra esas bombas. Solo tú puedes. H.

De toda aquella locura, Julie solo sacaba la conclusión de que debía actuar por su cuenta, sin confiar en nada ni en nadie. Cualquiera en su situación se hubiera echado a temblar, pero la agente no era de esas. No era la primera vez que tenía que enfrentarse sola a situaciones peliagudas. Tampoco era la primera en la que gracias a ella, no ocurría una catástrofe.

Aunque esas cosas nunca salían a la luz.

De tanto pensar en el mensaje y su contenido no había tenido tiempo de idear un plan para sacar a la joven de ahí. Sin apenas meditar si sería una buena idea o no, extrajo el papel de su bolsillo y, aprovechando que había cogido también el bolígrafo del cuarto del telégrafo, escribió algo para Danielle.

Guardó el papel en la manga cual mago.

Entró en el despacho de Mercks.

Este estaba detrás de Danielle, mirando con los ojos muy abiertos, a la par que la boca, cómo la joven escribía líneas de código sin detenerse un segundo para pensarlas. Parecía un robot, un robot perfecto. Sin que el director adjunto se percatara, tomó una bocanada de aire para prepararse para el *show*.

—Mercks, por favor, deja a la pobre hacer lo que sea que haga sin molestarla. Pareces una mosca cojonera.

El hombre se giró hacia ella, Danielle no movió un músculo.

—No me molesta —respondió la joven en un nuevo alarde de bravuconería—, ya casi he acabado. Unos toques más y *Némesis* estará implantado en *PurpleRain*. Ni siquiera me han tenido que dejar acceso para pegar el código dentro del otro programa. Es un coladero, lo mires por donde lo mires.

—Insisto —añadió Julie sin perder la sonrisa fingida—, una distracción puede ser fatal. Además, Mercks, tengo que comentarte algo, si no te importa.

El hombre resopló. No solo miraba a la muchacha por curiosidad, sino que a su vez, la vigilaba. No es que entendiera demasiado acerca de lo que estaba haciendo, pero quizá su presencia con los ojos clavados en la pantalla la incomodara y se cortara un poco a la hora de hacer un desastre con su carísimo *software*. La agente carraspeó. Mercks cedió.

—Claro, salgamos fuera.

—Tú primero —ofreció hábilmente Julie al hombre.

Este pasó por delante de ella en dirección a la puerta. Cuando le hubo dado la espalda, con un veloz movimiento, Julie entregó el papel a Danielle. Esta comprendió enseguida el juego ya que lo ocultó rápidamente.

Julie salió tras el director adjunto.

—Tú dirás —quiso saber nada más cerrar la puerta.

—Mi trabajo aquí ha concluido. La chica ya está a salvo y está integrando lo que queréis en vuestro ordenador. Por lo que a mí respecta, mi parte se acaba. Ahora ya os toca a vosotros. Confío en que la protegáis bien, a pesar de lo que pueda aparentar, la chica está asustada. Lo noto.

Mercks enarcó una ceja ante las palabras de Julie.

—¿Tú, Julie Hawkins, dejas un caso a mitad? Nunca creí vivir para ver esto.

—No lo dejo a mitad, somos dos agencias bien diferenciadas, nosotros nos encargamos de una parte del trabajo y vosotros de la otra. Ya sabes cómo funciona esto, no creo que haga falta que se lo explique al director adjunto de la NSA. Además, no solo es cosa mía, mi padre ha hablado claro. Me quiere fuera.

—Así que te quedas fuera por órdenes de Tom. Esto sí que ya es la leche... En fin, sí, sé cómo funciona todo esto, pero no creí que tú respetaras esa norma. Es más, no creí que respetaras ninguna norma. Mucho menos algo que tu padre te impusiera.

—Las cosas cambian, Mercks. Sabes que después de lo que pasó no puedo volver a cagarla así. No, si quiero mantener este trabajo con todos sus chollos.

Mercks no dijo nada, había oído algo de que Julie no había vuelto a ser la misma desde hacía tres años. Lo que no imaginaba era cuánto había cambiado esa muchacha impulsiva y alocada que la convertía en un instrumento letal de la CIA. Mucho menos que le importara mantener el trabajo, ya que pensaba que estaba ahí por imposición de su padre.

—Está bien, es tu decisión. La chica quedará en buenas manos. No te preocupes.

—Despídeme de ella. Me vuelvo a Nueva Jersey. Necesito descansar algo.

Mercks asintió. Julie dio media vuelta y comenzó a andar por el largo pasillo, desapareciendo de la vista del director adjunto en apenas unos segundos.

Cuando este entró en el despacho, la joven se estaba desperezando.

—¿Ya has acabado? —Preguntó sorprendido.

—Por supuesto, dije que estaba chupado. Ya está trabajando en descifrar los mensajes que *PurpleRain* ha sido incapaz. En unos minutos tendremos el resultado.

Mercks sonrió nervioso. El cruce de emociones que sufrió de golpe le hizo sentirse algo mareado. La idea de que esos mensajes vieran la luz en su turno le producía un cosquilleo enorme en el estómago. Si eso no lo catapultaba hasta el número uno, dándole una patada en el culo al teniente general Mckelleon, nada lo haría. Ya podía oler la importante suma de dinero que supondría el cambio. Olió el ansiado descapotable rojo. Olió la casa en Los Hamptons. Olió el poder.

Por otro lado estaba la profunda decepción de que todo un equipo con los supuestos mejores programadores del planeta no hubiera podido llegar al punto que una niña consentida de quince años sí. Esto suponía un profundo fracaso de la agencia y de sus dirigentes, entre los que se encontraba él. No tardaría demasiado en saber si se acababa imponiendo un punto de vista u otro a la hora de repartir premios y castigos.

Danielle lo sacó de sus pensamientos.

—Si no le importa, desearía ir un segundo al cuarto de baño, tanta emoción no me ha dejado vaciar la vejiga todavía.

—Claro —respondió Mercks tras abandonar su propio cuento de la lechera—, aquí mismo tengo uno, es esa puerta de ahí.

—Preferiría utilizar otro por todo eso de la intimidad y tal. Han sido demasiadas emociones en muy poco tiempo y ando algo revuelta. Quisiera estar un par de minutos tranquila.

Mercks tragó saliva, incómodo ante la respuesta de la joven.

—No hay problema —contestó al fin—, al final del pasillo, a la izquierda hay un cuarto de baño de empleados.

—Gracias. Otra cosa, ¿cuando vuelva podría decirme algo de cómo está mi familia? Quiero saber dónde están y si han despertado ya. La agente esa no paraba de decirme que todo iría bien, pero entiendan que no me fío ya de nadie después de lo que está pasando.

—Sí, por supuesto. Hablaré directamente con la CIA para que nos digan cómo está la situación ahora. Tranquila.

Danielle agradeció con una sonrisa y salió del despacho. Mercks se quedó mirando embobado la pantalla del ordenador mientras este parecía trabajar desenmarañando los mensajes ocultos.

La joven se aseguró que la puerta estuviera cerrada antes de hablar.

—¿Dónde estás? —Preguntó Danielle mirando hacia su izquierda y derecha.

—Aquí —contestó Julie bajando del inodoro en el que se había subido para que nadie viera sus pies. Salió a la zona de los lavabos.

—Ya me tienes aquí, ¿ahora qué?

—¿Has hecho lo que te he pedido?

—Poco tiempo me has dejado para hacerlo, no sé quién te has pensado que soy. Para conseguirlo habría que ser un genio absoluto de la programación.

—Y tu lo eres, ¿no?

—Sí.

Julie sonrió ante el punto de arrogancia que desprendía la joven. No podía evitar verse reflejada en ella cuando tenía su edad. Esperó que la chica no cometiera los mismos errores que ella cometió.

—Entonces, ¿has podido hacerlo todo?

—Sí, he modificado los parámetros del algoritmo para que, primero, tarde un poco más de la cuenta en mostrar resultados y, segundo, arroje un mensaje irreal. Me ha costado más inventarme conversaciones triviales que modificar el programa. Por otro lado he desviado, sin dejar rastro, por supuesto, los mensajes originales a una cuenta de *Google Drive* que a toda velocidad he creado. La he pasado por tres servidores fantasma que, con suerte, tardarán un rato en localizar. No son muy sofisticados, pero no he tenido tiempo de más

porque ya los tenía creados para tonterías sin importancia. Hay que sacarlos de allí en cuanto podamos. También he desviado una copia del programa con el algoritmo correcto. Supongo que lo querrás utilizar desde un ordenador público, son más difíciles de localizar con un buen uso.

Julie la miraba con los ojos muy abiertos. Parecía que había escuchado hablar a un perro.

—Solo he entendido la última parte de lo que me has contado. La informática y yo nos llevamos muy mal. Yo soy más de lo que vamos a hacer ahora.

Danielle la miró con las cejas levantadas.

Julie se giró y señaló la ventana del aseo con su mirada.

—No pienso salir por ahí. Estamos en la NSA, por Dios, ¿cómo piensas hacerlo?

—No sé si piensas que en la CIA nos enseñan a coser medallitas en nuestro uniforme. No somos *scouts*. Tú límitate a pisar donde yo piso. Solo eludiremos los primeros controles, los que podrían alarmar a Mercks de que ya no estás aquí. Con los siguientes no hará falta. Tengo autorización de entrada y salida a mi antojo. Ventajas que tiene una. Lo mejor para no llamar la atención es actuar de manera natural.

—¿Pero me puedes decir por qué coño nos vamos de aquí? No quiero poner mi vida más en peligro, que ya he tenido bastante hoy.

—Por eso. No preguntes y vente.

Danielle no supo qué decir. Decidió obedecer sin más a la agente. Si estaba a salvo, a fin de cuentas, era por ella.

Julie se dirigió hacia la ventana del cuarto de baño. No era demasiado grande, pero sí lo suficiente para que dos mujeres de su estatura y complejión cupieran a través de ella. La abrió.

—Saldré yo primera, es importante que me dejes caminar a mí siempre por delante.

Danielle asintió. No tenía intención de otra cosa.

Julie miró para un lado y otro, estaba empezando a amanecer pero todavía podía servirse del amparo de la noche para ocultar su cuerpo de las decenas de cámaras que apenas dejaban ángulo sin grabar. Pero los había.

Y ella los conocía.

Esperó a que saliera la adolescente, una nueva mirada le indicó que ni se le ocurriera pisar fuera de sus pasos. Comenzó a andar con la espalda pegada a la pared.

Llegado a un punto se detuvo, una cámara giratoria no cesaba en su movimiento. Julie se alegró de que a pesar de todo, la NSA todavía siguiera contando con tecnologías ancestrales y no con los modernos equipos de vigilancia en 360.º.

—Atenta a mi movimiento, tenemos que evitar esa cámara —susurró—. A la de tres. Una... dos... y tres.

Salió disparada trazando un arco con sus pasos que eludió la visión de la misma, miró hacia atrás para ver si la joven la había seguido.

Perfecto, ahí estaba.

La agente se sintió impresionada, no todo el mundo estaba preparado para guardar la calma en situaciones tan rocambolescas como aquella. Aquella niña mona era toda una caja de sorpresas.

Julie siguió caminando, vigilando cada uno de sus pasos, hasta que consiguió dejar atrás el edificio principal de la NSA. A partir de ese momento ordenó a su cuerpo que adoptara una actitud mucho más relajada y distendida. No podía dejar que nadie sospechara de ella.

Lo siguiente que encontró fue un *parking*. Sabía de sobra adónde debía dirigirse. Se paró justo enfrente de un Mercedes de color plateado y del tamaño de un tanque.

Hombres, pensó.

—¿Qué haces?

—No querrás que vayamos andando. Tomo prestado el coche de Mercks. Cuando acabe todo esto supongo que agradecerá que lo haya hecho. Y si no, que le jodan.

—Pero ¿Y las llav...?

Julie no dejó acabar a Danielle, le mostró la llave del coche, que en este caso era una tarjeta de color negro.

—Mercks será algún día un genial director de la NSA, pero eso no quita que sea muy descuidado. Además, no creo que las eche en falta en un tiempo, con la que hay montada no se va a poder ir a su casa. Ni se enterará. Mucho menos cuando se dé cuenta de que has desaparecido y empiece a buscarte como un loco por todo el complejo. Ganaremos algunos minutos.

Danielle no dijo nada. Una vez más la agente le había dejado sin palabras. Montaron en el vehículo.

—Supongo que esto llevará una localización por GPS, podrían encontrarnos —propuso la muchacha.

—Supones bien, no soy tonta, abandonaremos el coche una vez estemos en la civilización. Ahora lo único que importa es salir de aquí cuanto antes.

Escóndete detrás, en el suelo. Necesito que crean que no has salido conmigo.

Arrancó el coche y comenzó a rodar en dirección al control de salida. No conocía al guardia, pero su autorización dejaba bien claro quién era y qué tipo de privilegios disponía. El color oro de la banda superior así lo acreditaba.

El guardia quedó sorprendido en que esta llevara el coche de Mercks, lo conocía de sobra, pero las normas hacían que el ver, oír y callar imperara. Y si la chica tenía la autorización, mucho más.

—¿Y su acompañante? —Fue la única pregunta que hizo.

—Está con el teniente Mercks, supongo que ambos saldrán luego.

El guardia se sintió tentado de preguntar por qué llevaba el coche del director adjunto, pero se limitó a asentir y dejar pasar el coche.

Salieron airoso.

Julie necesitó respirar muy hondo nada más abandonar el complejo para liberar parte de la tensión acumulada. Cuando sintió que lo conseguía, habló.

—Cuéntame qué has encontrado.

Danielle miró a su alrededor, como si no se fiara de que un micrófono estuviera grabando sus palabras.

—Vamos a un *cyber*, seguro que los hay veinticuatro horas —se limitó a responder.

Julie no supo por qué, se moría de ganas por conocer el contenido de los mensajes, pero decidió respetar la petición de su nueva amiga.

No sabían de cuánto tiempo disponían sin que nadie las pisara los talones, pero tenían que aprovecharlo al cien por cien.

Capítulo 15

La Casa Blanca (Washington), 06:30 (11 horas, 29 minutos, 16 segundos para la explosión).

El móvil seguía encima de la mesa. En el centro.

La cuenta atrás continuaba y apenas tenían nuevas noticias que darse, aun así la reunión debía tener lugar como marcaba el protocolo de emergencia establecido en el año 1985, durante el mandato de Ronald Reagan.

—Señores —Pattel fue el primero en intervenir—, la situación apenas ha cambiado. Quizá la única parte positiva de todo es que gracias a la rápida intervención de una agente de la CIA, coordinada por Hawkings, la muchacha ha sido localizada y puesta a salvo. Thomas, ¿puede continuar?

—Por supuesto, señor presidente. La niña está a salvo en las instalaciones de la NSA, en Maryland. La agente Julie Hawkings se a encarg...

—Un momento —le interrumpió el teniente general McKelleon—, ¿ha mandado a tan peliaguda misión a su hija, Hawkings? ¿Acaso no recuerda lo que ocurrió hace tres años?

A pesar de que odiaba a ese hijo de puta con todas sus fuerzas, tenía que reconocer que el hombre tenía su parte de razón. Lo de Irak le perseguiría toda su vida. Incluso a él. Intentaba pensar lo menos posible en este asunto.

—No debemos dejarnos llevar por el pasado, teniente —respondió mordiéndose la lengua para no decir lo que realmente pensaba—. La agente Hawkings es una de nuestras mejores efectivos. Me importa una mierda que sea mi hija, lo seguiría siendo aunque fuera la hija del mismísimo Satanás. Es más, acabo de hablar con el director adjunto Mercks y me ha contado que ha conseguido salir de dos ataques por parte de quien cojones esté detrás de todo esto. Iban a por la muchacha y su dichoso programa. Además, lo ha hecho de forma brillante. Lo que importaba es que llevara a la niña a su puto cuartel. Ya la tiene. Ha cumplido.

Mckelleon se quedó sin oportunidad de réplica porque con rapidez intervino el presidente.

—Señores, no es momento de medirse el miembro. Estamos en una situación crítica, por favor, adecúense a ella. Por otro lado, buen trabajo entonces, Hawkings. Sabía que no me decepcionaría. Me inquieta sobremanera esto que cuenta sobre los ataques. Esto significa que de alguna

forma saben dónde buscar y eso solo puede traer problemas. Más problemas. Ahora, lo importante es que aplique su *software* y nos ayude a encontrar la luz en este jodido túnel. Señores, el tiempo sigue pasando y nuestras oportunidades se reducen con él.

—Es decir —intervino el secretario de Defensa—, que estamos en manos de una niña de quince años, probablemente asustada por todo lo que está sucediendo.

—Sí —contestó cabizbajo Pattel.

—Estamos jodidos entonces... —reflexionó el secretario—. ¿Puedo sugerir algo?

—Adelante.

—Creo que a estas alturas y ante el poco tiempo que nos queda, la mejor solución sería desalojar toda la ciudad. No podemos poner en riesgo tanta vida. Sería algo complicado, pero podríamos hacerlo si coordinamos el ejército e incluimos transportes públicos en la operación. Incluso aviones en el caso de hacer falta. Ahora nos debemos a la población. Imaginemos que de ninguna manera logramos solventar este problema y la cuenta llega al cero.

Pattel se levantó de su asiento y meditó las palabras de su subordinado. Se quedó mirando las pantallas que tenía enfrente. Habían colocado una cuenta atrás sincronizada con la del teléfono móvil. Los segundos seguían disminuyendo. Respiró profundo. Habló.

—¿Acaso cree que eso sería una solución viable? ¿Qué conseguiríamos aparte de una histeria colectiva a la enésima potencia? No, de momento no considero la opción a no ser que sea absolutamente necesaria. Somos seiscientos cincuenta mil habitantes, señores. Si provoco tal cantidad de alarma habrá colapsos en las salidas, saqueos y demás daños colaterales. Nuestra principal arma para combatir esto es conseguir llegar al centro del asunto y desactivar las bombas. Sin excusas.

—Pero, señor... —insistió el secretario.

—He dicho que sin excusas.

Todos, sin excepción, sintieron que el vello de sus brazos se erizaba. Era la peor situación a la que se habían enfrentado jamás y la incertidumbre era el sentimiento que predominaba dentro de la Sala de Situaciones.

A pesar de la cuenta atrás gigante, las miradas se iban casi sin poder evitarlo hacia el terminal. La cuenta atrás seguía su marcha y parecía imparable hasta que el número cero se apoderara de todo el display.

Ahí ya no habría nada que hacer.

—Señores, doy por finalizada esta frustrante reunión. A la mínima los volveré a meter en esta sala. Estén localiz...

Una llamada llegó de forma inesperada al teléfono de la estancia. Como hacía unas horas, la encargada de contestar fue la jefa de gabinete. Lo hizo.

Su rostro se tornó blanco como la cal.

Todos los allí presentes sintieron como si alguien les diera una patada en el estómago ante la reacción de Kerrigan.

—¿Y bien? —Quiso saber Pattel una vez que la mujer hubo colgado el teléfono.

—Señor, era el director adjunto de la NSA, el teniente Mercks. No encuentran a la joven. Ha desaparecido.

—¡Me cago en la puta! —Exclamó Mckelleon—. ¿Por qué cojones no me lo ha pasado para hablar con él?

Kerrigan no se arrugó frente a la actitud del director de la NSA. No era una mujer que se asustara con facilidad.

—Porque dudo que le dijera más de lo que a mí me ha dicho. La situación es la que es, teniente.

—¿Ha dicho algo de la agente Hawkings? Quizá se encuentre con ella —quiso saber el presidente.

—La agente Hawkings ha salido de la NSA sola, señor. Mercks la ha visto irse primero y el guardia de la salida así lo ha corroborado. No se encuentra con ella.

Bien hecho, Julie, sabía que podía confiar en ti, pensó un orgulloso Hawkings.

—Mierda, mierda, ¡mierda! —Gritó Pattel perdiendo por primera vez los nervios.

—Igualmente, señor, dice Mercks que cree que tienen los mensajes descifrados, que en unos minutos los analistas nos mandaran los resultados.

Aunque no se calmó del todo, al menos respiró un poco aliviado.

—Bien, la situación es esta: esperaremos los mensajes, con lo que en ellos haya escrito decidiremos qué hacer. Calculo que para evacuar a toda la ciudad necesitaríamos unas cuatro horas, haremos que varios aviones militares estén disponibles para sacar a mujeres y niños en primer lugar. Si cuando falten cinco horas no tenemos nada en firme para poder detener esta locura, daré un discurso televisado en el que pediré a la gente que con la mayor calma posible, desaloje la ciudad. Y por favor, pónganse en contacto con Mercks y que pongan patas arriba si hace falta la NSA. Necesitamos localizar a la niña y asegurarnos de que está bien, no podemos poner la vida de nadie en riesgo,

mucho menos de la adolescente que quizá consiga que la nación entera se salve.

Todos asintieron. A pesar de que en ciertas ocasiones algunos habían dudado de la capacidad de Pattel para dirigir el país, ahora se estaba comportando como debía un presidente de los EEUU.

Un aplauso general se arrancó de forma espontánea en La Sala.

Capítulo 16

Washington, 07:13 (10 horas, 46 minutos, 42 segundos para la explosión).

Habían dejado atrás el coche, a varias manzanas, desde que habían comenzado a andar.

Julie había convencido a la muchacha de que aunque tuvieran varias poblaciones cerca donde quizá tendrían éxito en la búsqueda de un *cyber* de esas características, la mejor opción era recorrer la distancia que les separaba de Washington.

Por lo que pudiera pasar, mejor estar donde transcurría la acción.

A la adolescente no le había hecho mucha gracia ir al supuesto foco donde estaban las bombas, pero al parecer, con la agente, no había muchas posibilidades de discusión cuando tomaba una decisión.

Danielle no había podido certificarlo todavía, pero Julie no necesitaba más para saber que su teléfono estaba siendo controlado por *Kryptos*, por lo que había tenido que apagarlo y quitarle la batería.

No podía permitirse que este delatara su ubicación.

Ante la piedra en el camino de no poder consultar en Internet acerca de un *cyber* veinticuatro horas, no tuvieron más remedio que actuar a la vieja usanza: preguntando a la gente.

Con los dos primeros no hubo suerte, ni siquiera sabían lo que era un *cyber*. Algo raro pues sus edades no eran demasiado avanzadas. Con el tercero sí la hubo. Quizá su típico aspecto *freak* ayudó a que esperaran el éxito tras la pregunta.

Antes de partir preguntaron también si sabía si estaría abierto a esas horas tan intempestivas. Su respuesta fue afirmativa, ya que al parecer era veinticuatro horas para saciar a los jugones nocturnos, ya que se organizaban campeonatos y cosas así.

Con las oportunas indicaciones recorrieron a pie la distancia que les separaba del establecimiento. No estaba precisamente cerca, pero tampoco en la otra punta de Washington.

Llegaron a la calle que el muchacho les había dicho y sintieron un escalofrío al pasar por la puerta del local.

Danielle porque tenía que comprobar algo con urgencia. Julie porque necesitaba saber qué era lo que tenía que comprobar. Si hubiera sido la de antes hubiera hecho lo que hiciera falta para sonsacar a la joven esa información. Pero ya no lo era.

Sintió que una nueva punzada se clavaba en su estómago.

Trató de volver cuanto antes a la realidad.

—¿Qué tiempo necesitas? Lo digo por pagar el alquiler de un PC.

—No puedo más de cinco minutos. *Némesis* me proporcionará una conexión segura durante este tiempo para el sitio al que quiero acceder, después estaré en bragas frente a quien quiera que esté detrás de *Kryptos*. Creo que las tarifas mínimas son para quince minutos. Paga por eso.

Julie obedeció y se dirigió al mostrador. Un chaval que no llegaría a la veintena le atendió. Tenía pinta de haberse pasado colocado todo el turno de noche. A ella no le importaba demasiado, no podía reprochar a alguien que hiciera lo que ella había hecho en decenas de veces. Sacó un billete de veinte dólares y no esperó ni a que le diera el cambio.

La agente indicó a la joven cuál era su puesto de trabajo. Había elegido estratégicamente el que menos visibilidad tenía hacia los demás.

—Está bien, dame unos segundos para que pueda acceder a la copia que he guardado de *Némesis* en *Google Drive*. Cuando te lo pida, me darás tu clave para entrar en la base de datos de la CIA. Tranquila, protegeré la conexión con *Némesis* y no dejaremos rastro durante los cinco minutos prometidos. Con tu clave, accederemos sin problema y no perderé el tiempo *hackeando* alguna cuenta, aunque con esto —dijo señalando con su dedo a la aplicación que había guardado en la nube bajo el nombre de «Steve»—, no tardaría demasiado.

—¿Pero se verá que he accedido a la base de datos y la búsqueda que he hecho?

—Se verá tu acceso, no lo que buscas. ¿Es muy raro que accedas a ella?

—Dada la situación que estamos viviendo y que me he visto involucrada, no. Lo puedo maquillar con lo que sea.

—Perfecto. ¿Entonces está todo claro?

—Sí, sí, creo entenderte. Lo que me cuentas parece lógico. A ver —rebuscó en su bolsillo para extraer el bolígrafo del que se había hecho propietaria en la NSA y buscó un trozo de papel. En la papelera tuvo suerte. Apuntó algo—, este es mi usuario y clave. Creo que comprendes lo excepcional del caso y por qué te la doy. No me tomes por una agente de tres al cuarto porque me enfadaría mucho. Y no me conoces enfadada.

—Tus amenazas son vanas, querida Julie. Te vuelvo a repetir que con esto —dijo señalando de nuevo a *Némesis*, que ya estaba abierto—, puedo entrar y salir en tu querida CIA cuando me plazca. No me subestimes. Y agradezco que confíes en mí sin apenas conocerme.

Julie prefirió no decir que no le quedaba otra. Quizá ese halo de confianza que sentía la muchacha hiciera que trabajara más cómoda y por lo tanto de manera más eficiente.

Por unos instantes se llegó a plantear que aquello fuera más que confianza. Llevaba un rato mirando a la joven con otros ojos, había llegado incluso a considerar en varias ocasiones que era todo un bellezón. Intentó arrancar de cuajo esa idea de su cabeza, ella era una niña, una menor. Si acaso no tenía ya suficientes problemas con sus relaciones normales, aquello ya podría ser una debacle total.

Lo único que estaba claro es que la miraba de manera distinta a como debería. Deseó que fuera admiración ante tanta inteligencia.

Le atraían mucho las personas inteligentes.

Danielle introdujo el usuario y la clave dentro de *Némesis* y accedió a través de él a la base de datos de la CIA. No era la primera vez que lo había intentado, por lo que conocía su ubicación en la red, pero sí era la primera vez que conseguiría acceder, y lo había conseguido de una forma muy sencilla.

Voilà. En apenas unos segundos estaba completamente dentro.

—Ahora dime qué buscas —comentó impaciente Julie al mismo tiempo que miraba a su alrededor.

—Déjame unos segundos, por favor. Ya te he dicho que dispongo del tiempo justo antes de que me pillen. En cuanto lo encuentre, lo sabrás.

Julie emitió un bufido desesperado. A pesar de que había sido entrenada a conciencia para explotar al máximo la virtud de la paciencia, hacía mucho que la había perdido y sentía que en ocasiones tan solo era la niñera de esa cría. Esto la estaba crispando por momentos.

Aun así, tomó aire y decidió sacar paciencia de donde ya no la había. Sentía tanta curiosidad por saber qué estaba buscando, que prefería no interrumpirla y dejarla a su aire.

A ver con qué la sorprendía.

—El caso es que no sé ni cómo buscarlo —dijo para sí misma Danielle—. Quizá de una forma lo más literal posible sería lo mejor —continuó hablando sola—. Siempre se ha dicho que para encontrar algo en un buscador, lo mejor es ponerlo de la forma más literal que se pueda.

La agente se limitaba a mirarla mientras esta tecleaba como una posea y cruzaba los cientos de datos que arrojaba la base con su propio *software*. No lo entendía muy bien, pero parecía que lo estaba utilizando como filtro.

Aquel parecía ser el programa perfecto.

Con el permiso de *Kryptos*, claro.

Ya habían pasado tres minutos de los cinco que decía disponer cuando de repente se detuvo ante unas líneas.

—¡Bingo!

—¿Tienes lo que buscabas? —Preguntó una excitada Julie.

—Sí, espera un segundo. Veré si tiene una impresora esto donde mandar este documento. Nos será más fácil, tengo que salir de aquí cuanto antes.

Danielle miró en «Impresoras y faxes», en la configuración del PC, en efecto había una impresora en red. Le dio a imprimir. El aparato se encontraba justo detrás de la persona que había en el mostrador.

—Ve y paga la copia antes de que la lea. ¡Rápida!

Julie obedeció dócilmente y fue a toda prisa en busca del dependiente, que a pesar de ir muy fumado, ya se había dado la vuelta para recoger el papel que había escupido el aparato.

A los pocos segundos regresó triunfante con el folio.

Decidió no mirarlo hasta que estuviera en el punto de Danielle.

Cuando llegó lo dejó encima del teclado.

Lo miró.

Cuando vio su contenido creyó que de un momento a otro iba a caer al suelo.

A no tanta distancia como más tarde hubieran deseado ambas chicas, alguien observaba la pantalla de su ordenador.

No podía creer que hubiera cometido el error de conectarse con su propio *nick* a la base de datos de la CIA.

Gracias al *software* que usaba en esos momentos, muy alejado de lo que parecía ser el supuesto *Kryptos* y el que había ideado la muchacha, pero suficiente para lo que necesitaba, detectó aquel acceso en un santiamén.

Sintió un cosquilleo en la barriga como hacía tiempo que no sentía.

Siempre tuvo las lógicas dudas en si participar o no en el proyecto. Lo mínimo que le podía ocurrir era acabar en cualquier cuneta con un disparo en la frente y media cabeza reventada, pero la persona que lo había contratado le había hecho ver lo pequeño del propio riesgo que correría y lo grandioso de lo que vendría después.

Todo pintaba tan bien que no se había podido resistir a involucrarse.

Aquel hombre no se había equivocado con su elección. No había nadie mejor que él para ponerse al frente de esta misión.

Ahora tocaba librarse de un par de moscas, cuyo zumbido estaba molestando algo más de lo debido.

Gracias al *software* sacó la posición exacta en Google Maps. Las muy estúpidas estaban en un *cyber* café de esos.

Extrajo del cajón de su escritorio una de las tarjetas SIM limpias que tenía preparadas. La colocó en el móvil e hizo lo propio con la batería. Marcó un número. Le dolía no ser el mismo quien se encargara de este trabajo, pero debía mantenerse al frente de la coordinación en Washington a no ser que su actuación no fuera absolutamente necesaria. Órdenes que tenía que cumplir a rajatabla.

Le hubiera encantado hacerse cargo él mismo. Lo deseaba. Lo ansiaba.

Si salís de esta, cosa que dudo, yo mismo os mataré con mis manos, estúpidas zorras.

Danielle también se fijó en el papel que había encima del teclado. Estaba tan concentrada en el mismo, que ni se había dado cuenta de que su conexión con la base de datos de la CIA ya superaba los seis minutos y medio.

Sus sospechas habían sido ciertas. Julie necesitaba una explicación a lo que estaba viendo. Iba a tratar de dársela.

—Yo tenía razón —dijo al fin—. Sabía que encontraría esto. No es ni más ni menos que la confirmación a uno de los mensajes que he conseguido... que ha conseguido —corrigió— descifrar *Némesis*. Quizá el más importante.

Julie la miró, no quería tanto misterio en sus palabras y sí más efectividad en ellas. Danielle lo captó.

—A ver —prosiguió—, creo recordar que ponía literalmente: en el 92, la CIA consiguió frenar el proyecto *Kryptos*, ahora les será imposible. No hay marcha atrás; No podía demostrarlo, pero estaba segura que si la CIA ya estuvo involucrada en esto, de la forma que fuese, tendría que haber algún tipo de registro en su base de datos. Aquí lo tienes. Esto ya es un comienzo, más de lo que teníamos.

Julie volvió a fijar su vista en la foto que acompañaba el informe. No lo había leído todavía, pero esa imagen la había impactado de manera brutal.

—Y siempre ha estado delante de nuestras narices... —dijo para sí misma.

—¿Cómo?

—La puta escultura. Está en la CIA. En nuestra puta cara.

—No entiendo qué quieres decir...

Julie tomó aire antes de hablar.

—La escultura que aparece en la foto tiene el nombre de *Kryptos*, igual que el puto *software*. Yo sabía que me sonaba de algo, coño. Cada día estoy más gilipollas —se lamentó—. Se encuentra en un patio exterior, justo enfrente de las oficinas centrales del cuartel general de la CIA, en Langley. Muchas leyendas la rodean, demasiadas. Puede que suene todo muy peliculero, pero quizá en esa escultura se encuentre la clave que detenga toda esta locura.

Danielle estaba impresionada ante lo que le acababa de relatar Julie. Desde luego sí parecía sacado de una película, pero quizá todo lo que les había ocurrido durante la noche lo era. Aunque seguía teniendo dudas.

—¿De verdad piensas que una escultura de mierda puede tener la clave para detener esto?

—¿Qué otra cosa se te ocurre a ti, genio?

Danielle no supo qué decir. Cierto era que no se le ocurrían más posibilidades.

Ambas miraron a la vez el papel.

En él se hablaba acerca de una comisión que decidió encargarse de investigar una posible conspiración terrorista contra el país. Contaba que localizaron el proyecto de un *software* capaz de encriptar basado en la misma metodología empleada en la estatua. Además, era capaz de introducirse en cualquier sistema y controlarlo a su antojo pues sería capaz de descifrar cualquier clave de acceso y burlar toda seguridad. Pero de manera extraña, uno a uno, los miembros del proyecto fueron muriendo de causas al parecer naturales. Al menos así lo certificaban los informes médicos. Debido a esto, todo quedó en el olvido pues no se pudo localizar al autor de dicho programa.

—Vale, ya sabemos que ese *software* no puede ser otro que *Kryptos*, y que su nombre sin duda proviene de la estatua. Parece ser que impidieron que se desarrollara en aquel momento, pero ahora está al cien por cien operativo. Ya no me parece tan loco eso que dices. ¿Tú que opinas?

La agente se encogió de hombros al mismo tiempo que continuaba leyendo el informe.

A continuación se informaba de que el equipo encargado estaba compuesto por tres analistas de la NSA y dos agentes de la CIA.

Ambas comenzaron a leer sus nombres.

Julie se detuvo en uno de ellos. En concreto en el de la persona que estaba al mando de la comisión.

Sus ojos se llenaron de lágrimas casi de inmediato y sin poder ponerle remedio.

Danielle se dio cuenta y la miró con sorpresa.

—¿Pasa algo? —Quiso saber.

Julie asintió con la cabeza. Señaló el nombre con el dedo.

—Martha White —leyó la quinceañera.

—En el trabajo utilizaba su apellido de soltera. Para el resto del mundo era Martha Hawkings.

—¿Hawkings? —Preguntó muy sorprendida— pero entonces es tu...

—Madre.

Danielle enmudeció.

Lo que ninguna esperaba es lo que sucedió inmediatamente después de esa revelación.

Capítulo 17

Washington, 07:27 (10 horas, 32 minutos, 38 segundos para la explosión).

Todo sucedió tan rápido que hubiera sido imposible de relatar por los protagonistas que presenciaron el caos que se formó de manera inesperada.

Julie continuaba derramando lágrimas, Danielle se había levantado de su asiento de forma impulsiva para consolar a la que durante aquella madrugada se había convertido en su ángel de la guarda.

Al quitarse la joven de enfrente de la pantalla, la agente pudo ver con el rabillo de su ojo derecho, en el reflejo de la misma, que alguien las apuntaba con un arma desde la puerta de entrada del negocio.

Julie no lo pensó ni instante y empujó a la quinceañera con tanta violencia que hizo que se estampara contra la pared. Después del golpe, cayó al suelo. Con un rápido movimiento de piernas consiguió impulsarse hacia atrás a tiempo para poder esquivar la bala que pasó apenas a unos centímetros de su cara y se incrustó en la pared de enfrente.

Aprovechó el desconcierto y los gritos de los muchachos que, tranquilos, jugaban con sus cascos puestos para rodar por el suelo en repetidas ocasiones y meterse debajo de una de las mesas que había en el centro del local. Moviéndose con rapidez su brazo y extrajo el arma que siempre llevaba consigo. Como siempre solía hacer, la besó antes de quitarle el seguro. Comprobó con un fugaz vistazo que Danielle se dolía del brazo en el suelo, aunque parecía encontrarse bien. Tuvo suerte de caer en un punto muerto donde, en principio, la persona que les había agredido no tenía oportunidad de hacer blanco.

Al menos si no se movía.

Si lo hacía, ella estaba preparada para meterle un balazo en la sesera.

Miró a través de la maraña de cables para intentar localizar a su agresor. Los pocos muchachos que en ese momento estaban dentro del local, de los que ninguno superaría la veintena, se habían tirado al suelo con las manos en la cabeza. Asustados. Presos del pánico.

Localizó el par de piernas que le interesaba. Las únicas que permanecían de pie.

Pensó en la suerte de encontrarse en un local infestado de mesas para ordenador, eso lo convertía en un sinfín de oportunidades para no ser

encontrada con facilidad. Julie contó al menos unas treinta. Si se movía de la forma adecuada, tendría una oportunidad inmensa de salir de aquello con vida.

Dudó que el dependiente tuviera una alarma silenciosa, por lo que confió en la suerte que solo su destreza podía otorgarle en aquel momento.

Lo primero que hizo fue mirar hacia la posición de Danielle. Estaba oculta bajo la silla. Le indicó con la mirada —y con su mano derecha— que siguiera el camino recto a gatas hasta juntarse con ella. Necesitaba que en todo momento estuviera a su lado para poder protegerla.

Después de lo que había averiguado, lo haría con su propia vida si hacía falta.

Julie sentía un subidón de adrenalina extra al que ya de por sí confería la situación. El hecho de haber visto el nombre de su madre en ese papel, había despertado en ella un deseo de conocer la verdad que imperaba por encima de todo.

Necesitaba salir con vida de aquello. Quería averiguar todo lo que pudiera acerca de esa comisión que se formó para descifrar el mensaje de *Kryptos*. No sabía de qué manera, pero todo estaba relacionado y tenía que juntar las piezas del *puzzle* para ver qué había detrás de todo esto.

Danielle cerró los ojos y, con el miedo propio que confería la situación, comenzó a gatear con bastante aplomo en dirección a la agente de la CIA. Durante el trayecto, no podía dejar de imaginar lo que debía de doler un balazo y que, por desgracia, tenía muchas papeletas de experimentarlo en sus propias carnes. Deseó, eso sí, que si le alcanzaba y lo hacía de manera mortal, al menos, todo sucediera tan deprisa que no se diera ni cuenta. No sucedió. En apenas unos segundos se encontraba junto a la persona que había vuelto a salvarle la vida. Ya había perdido la cuenta de las veces en una sola noche. Puede que incluso no fuera la última.

Se escuchó un grito, provenía de uno de los muchachos que estaba tirado en el suelo, un par de filas de mesas más allá. No querían pensar que eran unas egoístas, pero ninguna de las dos quiso saber por qué gritaba.

Julie guiñó un ojo a Danielle para que la siguiera. Sabía que si se quedaba quieta en ese lugar se acabarían convirtiendo en blancos relativamente fáciles para el hombre del arma. Además, para colmo de males, había comenzado a andar hasta su posición. Eso sí, muy despacio, por suerte.

La agente no dudó y comenzó a gatear con el arma en la mano asegurándose de que la joven iba tras ella. No era una tarea fácil, todo estaba lleno de cables de los equipos y esto hacía que moverse por ahí fuera algo

más complicado. Era casi imposible no llamar la atención, pero no por ello debía dejar de intentarlo.

No había perdido las piernas de vista. Seguían avanzando despacio hacia ellas. Tenía claro que su agresor no podía verlas desde donde estaba, pero él debía de saber que no se quedarían quietas esperando la fatalidad. Contaba con ese cambio de posición, lo importante es que no supiera hacia donde se estaban moviendo. El cambio de dirección constante era necesario para jugar al despiste.

Ambas se colocaron al lado de un joven, al parecer de origen indio, que agarraba fuerte su cabeza con los brazos. Este la levantó por unos instantes y miró a Julie con auténticos ojos de pánico.

Ella movió sus labios de la misma forma que lo haría con un dedo sobre ellos, pidiéndole silencio. El muchacho asintió asustado, solo quería seguir vivo, pasara lo que pasase.

Apenas un par de metros separaban a las chicas del hombre del arma.

De repente, las piernas del que las buscaba dejaron de andar. Julie sintió un incómodo escalofrío recorriéndole la espalda. ¿Había descubierto su posición?

Se quedó quieta como una estatua. La suposición de lo que vendría a continuación si era así había hecho que se paralizara. Si él se abalanzaba hacia ellas a toda prisa, en la posición en la que se encontraban en esos instantes, no tendrían ninguna posibilidad. Se encontraban en clara desventaja.

Cerró los ojos apenas un par de segundos. Los apretó con fuerza temiéndose lo peor. No ocurrió nada. Los abrió.

Su tensión decreció al comprobar que el hombre volvía a andar hacia la posición inicial en la que ellas se encontraban.

Joder, este tío es subnormal. No me puedo creer que piense que aún estamos ahí. ¿A quién coño han enviado para matarnos?

Julie pensó que el desconcierto que le generaría el no encontrarlas allí podría ser su mejor arma, por lo que apretó el paso en su gateo. Danielle tuvo que hacer lo mismo al ver como la agente se movía más rápido.

La primera se colocó debajo de la última mesa de la fila, la más pegada a la pared, la que le daría la oportunidad de tener a tiro a ese malnacido. Aunque su idea principal era capturarlo, a poder ser, vivo.

Necesitaba que respondiera a unas cuantas preguntas, no dejaría que ocurriera lo mismo que en el avión.

Julie ya tenía a tiro a su agresor, este acababa de llegar hasta el ordenador en el que habían estado trabajando y su cara era todo un poema al no encontrar allí a nadie. Tan solo estaba el papel que habían impreso tirado en el suelo.

La agente pensó que en el fondo aquel desgraciado era un simple chapuzas al que le habían dado un arma, esto le hizo dudar de quién se encontraba tras el ataque. No parecía un asesino profesional.

De repente, Danielle golpeó sin querer con su pie una de las mesas. Un leve sonido fue emitido, pero fue suficiente para que el hombre se girara sobre sí mismo con rapidez y disparara sin pensar hacia la fuente de ese ruido.

La bala rozó el muslo izquierdo de Julie, que no dudó en reaccionar cuando su protegida cometió ese grave error. Un nuevo impulso hacia su lado izquierdo evitó que continuara en la línea de fuego de aquel desgraciado. Comprobó por el dolor que sintió en el muslo que la bala le había desgarrado algo de carne, pero por suerte tan solo era una herida superficial. Vio horrorizada que durante ese segundo que había perdido al desplazarse, el malhechor había localizado visualmente a Danielle y la tenía a tiro.

Completamente a su merced.

Aunque iba en contra de lo que en un principio quería, levantó el arma y la dirigió hacia aquel hombre, eran ellas o él. Apuntó con ambos ojos bien abiertos. Tensó su cuerpo y su brazo para aguantar el retroceso del arma y apretó el gatillo.

En apenas una fracción de segundo, el teclado en el que hacía unos instantes estaban trabajando ella y Danielle, se llenó de trozos de materia gris mezclados con sangre y astillas de cráneo.

El hombre cayó de manera fulminante al suelo doblando sus rodillas hacia fuera.

Un nuevo chillido se escuchó dentro de la sala. A Julie le dolía la pierna, pero sabía que disponían apenas de unos segundos para salir de allí a toda velocidad. Se acercó hasta Danielle y le dio la mano para que se levantara. No guardó su arma, nadie podía asegurarle que fuera no hubiera otro tipo haciendo guardia.

Al levantarse, Dannie se soltó de su mano para su sorpresa, no entendía qué hacía. Enseguida lo comprendió cuando la vio pasar al lado del cadáver del hombre y, con cuidado de no pisar la sangre negra del charco que se había formado, se agachó y recogió el folio que habían impreso.

La agente se quedó sin aliento al comprobar que la chica parecía estar hecha de otra pasta, cualquiera estaría ya traumatizado de por vida, pero

Danielle no. Un nuevo pensamiento que trató de sacar enseguida de su mente le golpeó a traición.

Tiene quince años, es menor de edad, pensó de nuevo.

Una vez la adolescente se hubo hecho con el papel, se acercó de nuevo a Julie, que sin dudarlo se encaminó hacia la salida.

Con un movimiento de su mano libre indicó a Danielle que esperara, necesitaba asegurarse de que todo estaba despejado. Sacó su cabeza con cuidado, no solo estaba el peligro de que hubiera otro asesino, algún vecino podría haber alertado a la policía ante las detonaciones y eso no haría otra cosa que entorpecer el escaso tiempo que les quedaba.

Ya habría tiempo de explicaciones. Quizá detonaran las bombas y ni tuviera que darlas.

Fuera no había nadie, ni siquiera parecía que ninguna persona se hubiera puesto nerviosa ante lo que acababa de suceder dentro. Quizá y de manera milagrosa, nadie lo hubiera oído.

Mejor.

Entró de nuevo para agarrar a Danielle de la mano y echar a correr.

Necesitaba responder a ciertas preguntas. Solo había un lugar donde creía que podría conseguir las. Tenía que llegar cuanto antes.

Capítulo 18

Washington, 08:05 (9 horas, 54 minutos, 12 segundos para la explosión).

La falta de confirmación le hizo temerse lo peor.

El trabajo era sencillo *a priori* y ya debía de estar liquidado. No había enviado, ni mucho menos, al mejor hombre para ello. Necesitaba al más cercano porque en cuestión de minutos podrían desaparecer del *cyber*, pero el encargo era ridículamente sencillo: entrar, un par de disparos certeros, comprobar los cuerpos para ver si había algún dispositivo de almacenamiento en ellos y salir corriendo del negocio.

Dos minutos a lo sumo.

Ya habían pasado cuarenta.

Dio otra calada a su cigarro, reconocía que estaba poniéndose nervioso. El móvil de la agente hacía mucho tiempo que había dejado de emitir señal vía satélite y no mostraba la ubicación. Sabía que no era tonta y había deseado esa posibilidad adrede. Había perdido un tiempo en localizar el de la niña, pero cuando lo hubo conseguido, la decepción de haberlo encontrado en su propio domicilio hizo que su frustración creciera.

¿Ahora qué hacía?

Si abandonaba su puesto, dejaría de lado la coordinación de todo. Su jefe podría enterarse y lo mejor que le ocurriría es que le metiera un tiro en la cabeza. Eso si tenía suerte. Sopesó sus opciones durante unos segundos. Puede que el abandonar durante no más de una hora su puesto frente al PC no fuera algo tan grave. Ya lo había hecho hacía unas horas y había estado bastante tiempo fuera, aunque claro, eran órdenes directas del tipo que le pagaba. Este era su plan. No lo sabía con toda seguridad, pero habría colocado a alguien haciendo esa labor. Casi seguro.

Pero ¿y si no?

¿Y si no fuera tan importante que él estuviera ahí? ¿Y si en el fondo aquello era una responsabilidad de mierda que le había dado porque no confiaba en que pudiera resolver aquello de un plumazo?

Él sí que creía en sus posibilidades. Hasta hacía unas horas creía que su jefe también, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Ni siquiera sabía si sus pensamientos eran reales o fruto de la desesperación de ver que, desde que había viajado a Brooklyn, al apartamento

de la muchacha, nada había ido bien. Quizá el primer mal paso había sido el dejar a toda la familia con vida.

Ese pensamiento lo perseguía más que si se los hubiera cargado.

De todos modos ellos no pintaban nada en la historia, así que no sabía qué le producía tanto desasosiego con ese asunto. Puede que fuera lo inestable que era su jefe. Una persona capaz de arrancar el corazón de su adversario con sus propias manos. De manera literal.

Intentó dar una nueva calada al cigarro sin éxito. Se había consumido. Como iba haciendo su propio tiempo para tomar una decisión.

Encendió otro. Había fumado ya un paquete y medio en apenas dos horas.

Miró la pantalla del PC. Aparte de la conexión, que seguía activa, a la base datos de la CIA con el *nick* de Julie, el programa hacía un buen rato que no mostraba ninguna alerta sospechosa. Las conexiones eran las habituales. Repasó los filtros de alerta. Todo bien.

Inspiró hondo dejando que sus pulmones se llenaran de aire limpio para darle otra calada al cigarro. Desde la calma le sería más fácil decantarse por una acción u otra.

No sabía si era lo mejor o no, pero quizá lo único viable en esos momentos era esperar un poco más, quizá ese inútil sí se las había cargado e iba a acudir en persona a su apartamento para darle la buena nueva. En el fondo no le extrañó demasiado. Los asesinos a sueldo, en muchas ocasiones, eran completos idiotas.

Lo que no imaginó es que esa decisión de no moverse fue la mejor que podría haber tomado.

—No has dicho una palabra desde que hemos salido del *cyber*.

—Tú tampoco.

—No me jodas, es la enésima vez que han intentado matarme en apenas unas horas. No sé ni cómo coño he conseguido correr. Me tiemblan las piernas como en mi vida.

—Normal —la voz de Julie sonaba seca.

—Joder, y tú no ayudas con esa actitud de mierda.

Julie no dijo nada. Seguía metida de pleno en sus pensamientos. El ver el nombre de su madre en ese informe había hecho que todo su mundo se diera la vuelta de repente. Necesitaba descubrir por qué unos mensajes cifrados por unos terroristas que amenazaban con cinco bombas, hablaban de algo que en lo que estuvo involucrada su madre.

Y luego estaba lo de la maldita escultura de *Kryptos*. No sabía cómo no se le había ocurrido antes. Ni siquiera teniendo en cuenta que el programa tuviera el mismo nombre que algo que había visto y admirado tantas veces, había despertado su subconsciente.

No le cabía duda de que había perdido facultades.

Sin duda ya no era la misma.

—Irak... —dijo en voz baja sin darse cuenta.

—¿Cómo dices? —Quiso saber Danielle.

—¿Eh...? Nada... —respondió nerviosa.

Dannie la miró, desde que se había cruzado en su camino, era la primera vez que la veía titubear a la hora de hablar. No sabía qué estaba pensando, pero desde luego algo que la estaba comiendo por dentro.

—¿Y me puedes decir adónde vamos? Ya hemos corrido un rato para despistar a quien coño nos persiga, si lo hacen, claro, y ahora parece que damos vueltas sin sentido.

—Vamos a un *Wall Mart*.

Danielle se detuvo y la miró como si hubiera perdido la cabeza del todo.

—No sé qué hora es, no tengo reloj, pero intuyo que no serán ni las ocho y media de la mañana, es imposible que haya abierto ya ningún *Wall Mart*.

—Este sí.

La joven no supo ni qué contestar. Julie estaba intratable y era mejor dejarla a su aire. Si quería volver a hablar, que lo hiciera cuando le diera la gana.

Caminaron un poco más hasta que se plantaron en la puerta de uno de los supermercados de la cadena de electrónica, de los cuatro mil y pico que había en el país.

En efecto, estaba cerrado.

Julie se acercó a la puerta, el interior estaba oscuro.

Danielle sintió cómo el corazón le latía a dos mil por hora, si la agente quería meterse en ese sitio a la fuerza, es que estaba loca de remate.

Julie golpeó levemente con sus nudillos sobre la puerta de cristal oculta tras una persiana metálica.

Una luz, al parecer de una linterna, la enfocó.

Alguien se acercó. Era un guardia de seguridad joven, de no más de treinta años, casi seguro.

Este abrió la puerta de cristal sin hacer lo propio con la persiana.

—¡Julie! ¡No me lo puedo creer!

—Hola, Mike. Necesito un favor urgente.

—Pide por esa boquita, sabes que te debo mucho.

—No me debes nada, aquello lo hice porque me salió del corazón. Escucha, necesito un miniportátil de esos que tanto se venden ahora. Por supuesto lo voy a pagar, pero no puedo esperar a que abráis.

—Julie... eso que me pides...

—¿Qué? Creía que podía pedirte cualquier cosa. No lo haría si no fuera necesario. Te confiaré algo, es para una misión.

Los ojos del joven se iluminaron al escuchar esa afirmación, sabía de sobra a lo que se dedicaba su amiga, aunque ella jamás le revelaba detalles de su trabajo. Siempre había imaginado las importantísimas misiones en las que se vería envuelta y, para qué mentir, la envidiaba.

El muchacho miró a ambos lados.

—Me juego el trabajo, Julie. Tienes suerte de que yo controle el sistema de cámaras y esto no lo va a ver nadie desde la central de seguridad. Más tarde hablaré con el encargado de la tienda cuando llegue y le explicaré la situación. Pero me tienes que permitir que le diga que la persona era una agente de la CIA, que me has enseñado la autorización.

Julie le sonrió y asintió. Si así era la única forma de hacerse con un cacharro de esos, que así fuera.

El guardia dio media vuelta y fue en busca de uno de esos aparatos. Las dos jóvenes quedaron a la espera.

La agente entrecerró los ojos. No podía sacar lo de su madre de la cabeza, no recordaba un martilleo parecido desde que regresó de la misión que la cambió para siempre. Menos mal que su amigo llegó en apenas unos segundos con lo requerido e hizo que abandonara momentáneamente sus pensamientos.

—Aquí tienes, Julie. Son doscientos pavos. Que conste que yo no gano nada, es el precio que marca el expositor.

Julie asintió con desgana y buscó su billetera. Extrajo el dinero y se lo entregó. Agradeció que cada vez que saliera de copas llevara su cartera repleta, por lo que pudiera pasar y por lo que pudiera acabar tomando. Aunque ahora ya no le quedaba un centavo.

—Muchas gracias, Mike. Ahora soy yo la que te debe una.

—No me debes nada —dijo este a la vez que guiñaba un ojo.

Julie dio media vuelta y comenzó a alejarse de la puerta de entrada del gigantesco negocio. Danielle, cómo no, la comenzó a seguir.

—¿Con esto te sirve para tus cosas? —Preguntó señalando la caja del portátil.

—¿Qué cosas?

—Lo que pueda surgir. No pienso volver a pisar un puto *cyber*.

—En principio sí, no tiene conexión a Internet, pero según leí Washington tiene una de las mejores coberturas Wi-Fi libres de todo el planeta.

De pronto Julie se detuvo y agachó la cabeza, de forma inconsciente se agarró el estómago y comenzó a doblarse sobre sí misma. Los nervios acumulados le estaban jugando una mala pasada.

—¿Qué sucede?

La agente no dijo nada, respiraba de manera veloz, parecía que estaba teniendo una crisis de ansiedad.

—Por favor, Julie, dime qué sucede.

Esta levantó un poco la cabeza.

—Supongo que es la tensión acumulada —dijo con algo de esfuerzo—. Demasiado para lo que una puede aguantar.

—¿Pero estabas bien?, ha sido a raíz de lo de tu madre. Puede que tenga quince años, pero no soy estúpida.

Julie cerró los ojos con fuerza nada más escuchar esa afirmación. Sabía que Danielle tenía razón, ver lo de su madre le había removido todo, absolutamente todo.

No sabía por qué, pero de repente todos los malos recuerdos de su vida le vinieron al instante.

La primera vez que cayó con su bicicleta nueva. La primera vez que fue rechazada por un chico. La primera vez que sintió que en realidad los chicos no le hacían sentir nada. Cuando se lo contó a su padre. La severa reprimenda que se llevó. Los dos meses que estuvieron sin hablar. El rechazo de todas sus parejas por no aceptarla tal y como es. La muerte de su madre. El desafortunado incidente de Irak.

—Irak...

—Joder, lo has vuelto a decir.

—¿Qué?

—Irak, has vuelto a decir Irak, ¿me puedes contar qué coño pasa con Irak?

—No... puedo...

—Julie, por favor, puede que te sientas mejor si lo haces, yo no lo quiero saber por nada, solo por hacer que te encuentres bien. Mira, tía, de manera egoísta, te necesito para seguir con vida. Si sigues así vamos a acabar las dos como el pavo ese que nos ha atacado hace un rato. Lo necesitamos si queremos seguir con esto.

La agente levantó la cabeza, por primera vez dejó de ver a la niña para ver a la mujer madura que en realidad era. Al menos en lo psicológico.

Respiró profundo, necesitaba calmarse, quizá sí debía contar lo que le sucedió en Irak. Nunca lo había hecho con nadie. Ni siquiera con su padre. Lo que sabía este era lo que los informes decían. Ella ni siquiera los había leído, pero estaba segura que no relatarían ni la mitad de lo que en verdad sucedió.

—Está bien, caminemos hacia el lugar que quiero llevarte. No sé si es el más adecuado, pero no se me ocurre otra cosa. Te contaré lo que ocurrió.

Julie tomó aire por enésima vez y comenzó a hablar.

—En mi cabeza está sucediendo todo de nuevo. Estoy en Irak ahora mismo, estoy sumergida en ese calor, en ese puto infierno...

Capítulo 19

Capítulo escrito por Roberto López-Herrero.

Irak, tres años antes.

Calor. Un calor asfixiante, del que no se puede escapar. La gente suele hablar de lo malo que es el frío de Washington DC en enero, que se te mete en los huesos y que corta la respiración, pero es porque nunca han estado en verano en Al Qa'im, en Irak, cerca de la frontera con Siria. El Éufrates llena de humedad el ambiente y no hay forma posible de refrescarse. Supongo que los pocos aparatos de aire acondicionado habrán pasado de mano en mano de los amigos de Sadam a los enemigos de Estados Unidos y allí estarán, haciendo la vida más fácil a esos bastardos mientras yo me cuezo viva.

Hemos intentado de todo en Al Qa'im, pero a pesar de nuestros esfuerzos, sigue en manos de insurgentes iraquíes protalibán. Sé que debería decir «terroristas», pero es que la perspectiva cambia cuando estás en el terreno. «Terroristas» se queda corto, muy corto.

Llevo seis meses en esta ciudad de poco más de ciento cincuenta mil habitantes. Tenemos un piso franco del que es muy arriesgado salir con cara de americano, por eso cada día trabajamos un poco más para poder integrarnos. Mi árabe es fluido pero mi aspecto no acompaña así que Inteligencia ha decidido que somos miembros de una organización humanitaria australiana. Se ve que los canguros son más queridos aquí que nosotros. Para evitar confusiones traicioneras sigo siendo Julie, pero ahora soy de Brisbane y me camufló casi como una habitante de aquí. Soy muy respetuosa con sus malditas costumbres. Tengo dos compañeros y de cara a la población local estoy prometida con un médico de Melbourne. Fabuloso. Sudada y hetero.

El tercero en cordial discordia es Ben, nuestro traductor oficial. Es hijo de sirios exiliados en Utah, pero aquí es un médico de origen iraquí criado en Sidney. Es cirujano torácico de verdad y también es analista de Inteligencia. Está claro que lo suyo es la precisión.

Se supone que William está al cargo de nuestra pequeña ONG y ejerce en público como responsable de nutrición. A mí me han reservado un papel de pediatra, con lo muchísimo que me gustan los niños... He estado dos años

formándome como médico de combate y hasta se me da bien recetar las cuatro mierdas que podemos ofrecerles. Entre los tres habremos atendido ya a más de dos mil personas en nuestra estancia y ahora nadie desconfía de los simpáticos australianos que siempre tienen un chicle o una sonrisa. Nos costó mucho, muchísimo, hacernos un hueco, pero tras tratar algunas dolencias propias de la miseria, la voz se dispersó y, aunque vigilados, somos tolerados.

En realidad estamos aquí para cazar a un lugarteniente de Laden: Aymán Sheij. El cabrón que nos tiene en jaque desde hace años. Sabemos dónde vive, sabemos cómo opera, pero nunca lo tenemos a tiro de dron y sabemos que toda esta ciudad se convertiría en un escudo humano si él lo pidiese. Sus tentáculos llegan a todas partes, por eso seguimos operando con absoluta normalidad como cooperantes. Cumplimos las normas, tanto las que ellos imponen como las sociales. Yo nunca salgo sola, por supuesto visto de acuerdo a lo aceptable según la interpretación torticera que hacen del Corán y me cuido muy mucho de tratar solo con mujeres, niños, William y Ben. Estoy harta.

Hemos interiorizado tanto nuestra tapadera que debemos tener mucho cuidado con nuestras simpatías. Ben comienza a tener una camaradería que no me gusta nada con algunos hombres de aquí e incluso toma el té con ellos. Sí, es parte de un plan trazado pero en algunas ocasiones se refiere a ellos como «los muchachos». No son «muchachos», son terroristas le corrijo mentalmente.

Nada te prepara para el trabajo encubierto. Ben, *Bin* aquí, es el que peor lo lleva. Dormimos por turnos para que siempre haya uno de nosotros alerta y alguna noche le he oído sollozar. Sospecho que es gay, pero ya se sabe: «No se pregunta, no se dice» sigue siendo una máxima a pesar de todos los esfuerzos por normalizarnos. Normalizarnos, ja. Es muy normal enviar a una lesbiana y a un gay a una zona donde nuestras vidas valen menos que la de una cabra. Esta gente nos mataría no solo sin remordimientos, al contrario, estarían haciéndole un gran favor a su dios. No puedo sentir más desprecio por ellos, por su forma medieval de entender la vida, por su machismo atroz... No son nuestros enemigos por haber matado a estadounidenses en nuestra tierra, son nuestros enemigos naturales. Somos la araña y la avispa. Somos el fuego y el agua.

Nuestro contacto con la civilización se resume en escasísimos correos electrónicos cifrados y camuflados en forma de estúpidas cartas amables y emocionadas por nuestra humanitaria labor a nuestras supuestas familias en Australia. De eso me encargo yo.

Mientras curamos a niños piojosos y heridos analfabetos vamos obteniendo datos. En este medio año ya hemos descubierto rutas habituales de Aymán Sheij, quiénes son sus hombres de confianza, dónde suele estar... Lo tenemos casi cerrado, solo nos falta confirmar determinados horarios y dar los datos para que un *dron* acabe con su cabeza. Nuestra misión es neutralizarlo con el menor número de daños colaterales, pero con este calor y esta forma de vida, si desde el Pentágono deciden enviarle de visita a un nuevo *Enola Gay*, tan solo pido que nos dejen alejarnos, conseguir palomitas y ver el espectáculo.

Hoy ha venido a nuestra consulta Muna con su hermana mayor que como siempre la espera fuera. Es una belleza de trece años oculta tras esos malditos ropajes. No he visto ojos más bonitos en mi vida. A su edad ya es toda una mujer para los estándares de estas bestias. Es muy probable que antes de que nosotros nos hayamos marchado, su padre la tenga casada con algún cerdo con turbante. Su madre murió hace unos años pero eso cambiaría poco las cosas. Me cae bien. La chiquilla es muy curiosa, pero por supuesto no puede estudiar. Es una mujer.

—¿Cómo estás hoy Muna? —Pregunto en mi rudimentario árabe.

—Ya no toso, *señorita*.

—Vaya... ¿Y eso? ¿Desde cuándo hablas mi idioma? —Sonrío. La niña me ha sorprendido.

—*Yo intenta aprender inglés por un día ir contigo.*

Me estremezco. Si alguien la escucha hablando en mi lengua será asesinada por su propio padre, seguro.

—Ya sabes que no es bueno para ti pensar así —le digo en su lengua.

—Pero yo quiero ser médico como tú, *señorita*. Yo quiero ayudar a otros. *Yo quiero estudiar.*

De nuevo usa el inglés. Le tapo la boca con mi mano. Tiene edad de jugar con muñecas pero ya sabe lo que quiere hacer: ser libre. Me revuelve las tripas. Asiento en silencio. Le hago un gesto de cariño, le guiño un ojo y le doy un chicle. Ese es el consuelo que podemos ofrecer a los que quieren ser como nosotros. Un chicle. Un puto y miserable chicle de fresa. Cien por cien sabor a libertad, cero por ciento azúcares.

Me estoy volviendo una cínica. Cuando acaba el día mataría por poder beberme una copa, pero solo tenemos infusiones de sabores repugnantes. Ni en esto me gusta esta gente. Solo espero que por *email* lleguen las palabras mágicas: «Feliz cumpleaños, William». Ese el código para indicarnos que los

datos son suficientes, que van a realizar la neutralización del cabrón de Sheij y que nos van a extraer de este pozo de mierda recalentado.

Duermo mis primeras tres horas sin soñar. Cuando te acostumbras a descansar por fases pasas por una primera etapa de pesadillas que te aterran por si gritas algo comprometedor, después recurre a fármacos específicos para combatirlos y tras esto llega la nada. Cierras los ojos, te duermes y te despiertas. No recuerdas nada, no sueñas nada. «Apago la cabeza» dice medio en broma Ben muchas veces. «Me muero un rato» suelo decir yo, con idéntica intención pero algo más de cinismo. William sostiene que nos mantienen en un estado de hipomanía inducida que nos hace estar en permanente alerta. No quiero ni pensar en cómo volveremos a casa... Creo que pediré una excedencia de unos cuarenta años y me dedicaré a emborracharme y a follar con modelos de *Victoria's Secret*.

Hoy tampoco hay que celebrar el cumpleaños de William.

Ben vuelve a media tarde muy nervioso. Dice que le han seguido un grupo de hombres. Es extraño porque dadas sus raíces él es el que pasa más desapercibido de nosotros tres. Además su conocimiento del idioma hace que escuche más lejos que William o que yo.

—¿No habrás hecho alguna idiotez, Ben?

—William, me cuido muy mucho. No vuelvas a insinuarlo.

Si es lo que creo que es, a Ben lo colgarían de una grúa en medio de la ciudad junto a sus amiguitos.

Por si acaso aparentamos normalidad y un *email* añorando un postre típico de Sidney sale de nuestro ordenador. Otro código, otra señal. Otra nada por respuesta.

Dos días más tarde salgo con Ben a comprar a uno de los escasos mercados que quedan funcionando tras años de guerra. Al Qa'im era una próspera zona antes de la primera Guerra del Golfo y aquí procesaban material nuclear. Lo borramos del mapa una vez, podremos hacerlo otra o mil veces más, pero por ahora es la sombra del espectro de lo que un día fue una ciudad.

Me gusta ir al mercado de Shias porque está muy cerca de los restos de un cine. Por supuesto no queda nada que recuerde que allí, treinta años atrás, se exhibía «El padrino» o «Lo que el viento se llevó». Es algo espiritual y me ayuda a creer en lo que estamos haciendo. Entre los regateos en los escasos puestos de frutas miro a lo que fue un centro de cultura y sueño para que reabra sus puertas cuando liberemos a esta gente de estos canallas. Sueño con que Muna pueda estudiar y sueño con pegarle un tiro yo misma a su padre.

Seguimos aparentando normalidad, siendo muy australianos, mientras dos hombres nos observan. Nos han seguido durante tres minutos pero ya los hemos detectado. Un par de comentarios de Ben sobre la madurez de la fruta me han puesto en alerta. Por supuesto no se me nota. Otra vez la nada como respuesta exterior, otra vez el calor en mi cerebro que analiza, busca, observa, compara y desecha datos.

Pagamos y nos vamos. Siguen ahí, detrás de nosotros. Tienen mucho que aprender de discreción. Caminamos de vuelta a casa dando algunos rodeos, como si estuviésemos comprando de verdad, olvidando cosas y recordando comprarlas con un trazado absurdo, volviendo sobre nuestros pasos y avanzando poco en cada parada.

Llegamos a casa. Abro la puerta y William está sentado en medio de la sala. Está atado. Amordazado. Un hombre le apunta a la cabeza con un subfusil. Todo ha sido revuelto.

Mierda.

Me giró y los hombres que nos seguían en el mercado suben por las escaleras. Ben levanta las manos. Hago lo mismo.

Ben comienza a explicar que somos de una ONG, que no deben temer nada de nosotros.

Nuestros perseguidores ya están detrás de nosotros. Están armados.

El hombre que apunta a William me resulta familiar. Pienso, recuerdo.

Es el padre de Muna.

Nos dice a gritos que sabe quiénes somos y qué hacemos allí.

Los otros nos empujan al interior de la casa. Ben cae al suelo. Le dan una patada en la espalda. Asumo mi papel de voluntaria y grito asustada ganando tiempo. Me agacho a ver cómo está Ben y compruebo de reojo que no han abierto el doble fondo del armario donde guardamos nuestro material sensible. Bien.

Son tres, somos tres y a pesar de la desventaja de William al estar atado, deberíamos poder con ellos.

Pero tenemos que hacerlo rápido.

—¡Su marcapasos! ¡Está fallándole el marcapasos! —Grito con terror en los ojos.

Los tres hombres se miran entre ellos desconcertados. Ben se agarra el pecho y se duele. Buen chico.

Uno de los hombres me agarra del pelo y me retira de donde está mi compañero ganando un Oscar. Mi cínica cabeza se ríe por dentro del chiste.

Aprovecho el momento. Le agarro la pistola y con un giro disparo al padre de Muna que cae al suelo. Empujo hacia atrás y chocamos contra el otro.

Ben se incorpora de un salto y golpea en el cuello al que yo sujeto. Levanto el talón de mi pie derecho deprisa y le aplasto los testículos.

Antes de que pueda reaccionar el tercero, Ben le ha disparado a la cabeza.

Luego libera a William, que sonrío, mientras compruebo el estado del padre de Muna. He apuntado bien porque no está muerto, pero su hombro derecho nunca volverá a servirle para nada. Me alegro.

William examina el exterior. Nada. Esta mierda de ciudad esta demasiado acostumbrada a los disparos. No obstante tenemos poco tiempo, estamos comprometidos. Envío un *email* preocupándome mucho por el perro de mi familia. Ruego para que todo funcione y que nos den un punto de extracción rápido.

Atamos al padre de Muna a la misma silla dónde él había puesto a William.

Ya no es tan valiente. Ahora es un saco de mierda llorosa. William le da un par de bofetadas. Suplica perdón y dice que todo ha sido un error. Sí, un error vuestro, payasos.

Es curiosa la cantidad de información que te puede dar un hombre cuando metes un destornillador en una herida de bala. De repente tenemos hasta la localización de una sala al aire libre donde Aymán Sheij agasaja a sus subordinados. Máscaras fuera. Tecleo deprisa todo lo que va soltando, lugar, horarios, todo. Lo encripto en una preciosa foto de un atardecer local y se la envío a «mi prometido».

La curiosidad de William no tiene fin. Le pregunta en que hemos fallado.

—Los chicles...

—¿Cómo que los chicles?

—Somos árabes, no idiotas. Esos chicles no se hacen en Australia. Lo dice el código de barras.

Joder.

El padre de Muna ya no llora, se ríe. Se está mofando de nosotros, de nuestra maravillosa Inteligencia que falla en detalles tontos como ese.

—William, tenemos que salir de aquí a toda hostia. —Interviene Ben—. Están llegando milicianos. He visto dos por los tejados cercanos.

—No podéis escapar, americanos. —Le doy una patada en el pecho. Cae boca arriba y sigue riéndose el muy hijo de puta—. Y sé lo que tú haces con mi hija, puta.

Le apunto a la cabeza. Quiero un motivo para apretar el gatillo, pero sé que si lo hago no sabré si Muna está bien.

—Toca a tu hija y te mato. ¿Dónde está Muna? ¿Está en casa?

—¿Qué coño dices, Julie? —Me levanta el arma Ben.

—Me voy a por esa niña y se viene con nosotros.

—Y una mierda —dice William—. Es una local y no es asunto nuestro. Nosotros hemos acabado aquí.

—¡No voy a dejarla en manos de este hijo de puta!

—Pégale un tiro —me contesta Ben con desdén. Está preparando la huida. En una bolsa llevaremos un par de armas cortas, dinero e identidades nuevas. Cámaras de fotos para dos. Ahora somos un par de reporteros de Nueva Zelanda de una revista con su traductor.

—No. Me voy a por Muna. Sé donde vive.

Una ráfaga atraviesa la pared.

Están aquí.

Ni reporteros, ni hostias.

Mientras me arrastro por el suelo veo la sangre de Ben formar un arco rojo a cámara lenta que se mezcla con el estallido de las pocas cosas que hacían de esto un hogar. Me giro y veo a William buscando protección tras una mesa. El padre de Muna deja de reír cuando varios proyectiles impactan en él. Vienen de todas partes. Están en el tejado, en los laterales. Llego hasta el portátil en el suelo. Aún funciona. Tenemos punto de extracción. Siria. Mierda. Oigo gritar a William. Lo veo morir delante de mis ojos. Sigo reptando, alcanzo la puerta y me dejo caer por las escaleras. Según me golpeo con cada escalón las balas suenan más lejos. Llego abajo. Nadie en la puerta, pero mi aspecto me delataría. Cubro mi cabeza y corro pegada a la pared. Algunos tiros caen cerca. Lo han notado. Callejeo hasta el mercado, aún lleno de gente y me mezclo. No tendrán cojones de disparar a su propia gente.

Sí.

El tumulto me beneficia. Arranco el pañuelo de otra mujer y me lo pongo. La muchedumbre se dispersa gritando y yo con ella. No tengo mucho tiempo. El único tren que aún funciona me sacará de este infierno y me llevará más allá de la frontera siria. Muna vive a unos cinco minutos, calculo. Corro entre la gente que huye despavorida. Les están disparando para cazarme a mí y aún así darían su vida por el bastardo que ordena esta masacre indiscriminada. Imbéciles.

Llego a la casa. La niña tiene que estar dentro porque tienen prohibido ir a la escuela. Golpeo la puerta. Abre Fadilah, su hermana mayor. Viste burka.

Me da un escalofrío ver esos ojos tan bonitos a través de esa cárcel de tela.

—Soy Julie, la médico de Muna. ¿Está en casa?

—Sí, ¿estás bien?

—Ha habido disparos en el mercado. Tengo que hablar con tu hermana.

—¿Qué ocurre? ¿Está bien Muna?

—Sí, sí. Es un control rutinario.

—¿Haces visitas a domicilio?

—A veces. ¿Puedo pasar? —Me impaciento.

—Claro. ¡Muna! ¡La doctora Julie está aquí! —Me sorprende que sepa mi nombre. Entramos y cierra la puerta.

La cría aparece ciñéndose el pañuelo a la cabeza. Sonríe. Se me abraza.

—*¡Hola señorita Julie!*

Mierda, me ha hablado en inglés. Su hermana agacha la cabeza.

—*Es culpa mía, doctora. Yo le he enseñado su idioma* —me dice.

Levanta la capucha del burka. Es bellísima. Es toda una mujer. Tiene un halo verdoso alrededor de su ojo derecho. Un hematoma curando. Algo en mí se vuelve del revés y otra parte se alegra de la muerte de su padre.

—Voy a salir del país y puedo llegar hasta un lugar seguro donde vuestro padre no os podrá volver a poner una mano encima. ¿Queréis venir conmigo?

Muna mira a su hermana. Ambas asienten.

—Será mejor que te cambies de ropa —me dice Fadilah.

Estoy de acuerdo. Entro en una habitación. Me dan un burka. Es opresivo. Es pesado. Respiro hondo un par de veces. No pienso en nada que no sea salir de aquí, coger ese tren, llegar a Siria y dejar que Al Qa'im se pudra. Fadilah tarda en prepararse, la apremio pero entiendo que dejar tu hogar debe ser duro. Estamos muy tensas.

Salimos las tres como fantasmas oscuros. Muna me agarra la mano, aunque no siento su piel ya que llevamos ambas guantes. Caminamos despacio, es otra norma social. La mujer debe pasar desapercibida. La mujer debe ser invisible en cuerpo y alma. Mi mente fantasea con que el Alto Mando aproveche nuestros datos y mande borrar de la faz de la tierra este agujero.

Llegamos a la estación. Hay paz en ella. A pesar de los ataques se mantiene en un buen estado en comparación con el resto de la ciudad, aunque las autoridades se han preocupado de arrancar aquello que pueda ser blasfemo. Es decir: no hay decoración alguna. Todo es obsceno y blasfemo para estas mentes podridas.

Mierda. No podemos comprar los billetes. No hay ningún hombre con nosotras. El sudor pegajoso se mete en mis ojos. Entre esto y la rejilla del burka calculo que tengo un diez por ciento de visión y no puedo llamar la atención girando deprisa la cabeza como una loca. Algo hay que hacer. Necesito un hombre. Ja. Me río por dentro de mi propio pensamiento. Yo necesitando un macho.

Fadilah y Muna están nerviosas, hablamos como hablan las mujeres con burka, pegando mucho nuestras cabezas. Les digo que estén tranquilas, que vamos a salir de aquí.

No me lo creo ni yo.

«¿Qué es universal en los hombres?» pienso. La entrepierna. Y más entre estos cerdos. Me acerco a un viejo que espera sentado en la estación. No sospecha nada porque no me ve dentro del burka. No nos ven. Pues me vas a oír, hijo de puta. Me acerco a su oído y le susurro las mayores obscenidades que se me ocurren en su idioma a cambio de un pequeño favor.

Pocos minutos más tarde el viejo compra con nuestro dinero los billetes. Sonríe mucho pensando en lo que acaba de lograr. Quedamos en un vagón del tren para que reciba su pago. El muy imbécil no sospecha nada. Él irá en el último vagón de hombres y nosotras en el primero de mujeres. En medio un vagón vacío que nadie mira pero que todos conocen. La doble moral también está instalada aquí. Otra vez el famoso «no preguntes, no lo digas» versión talibán. Putos falsos que se creen que tienen la moral de su lado.

Subimos al tren. Acuso el cansancio pero no puedo flojear ahora. Los minutos hasta que arranca se me hacen eternos.

Por fin.

Me levanto para ir al encuentro del viejo e intentar librarme de él como sea. Fadilah me detiene. Acerca su cabeza y me dice que ella pagará la deuda. Me niego, pero no podemos forcejear ni montar un escándalo, sería demasiada exposición. Me dice que sabe lo que le he prometido al hombre, que no es la primera vez y que así ha conseguido libros en inglés para estudiar. Siento más asco que nunca. La dejo ir prometiéndole que no tendrá que volver a hacerlo jamás. Me pide que cuide de Muna. Tengo un nudo en el estómago.

Pasa el tiempo. No veo el momento de su retorno. La eternidad en el infierno debe ser algo parecido a esta angustia. Intento pensar en otra cosa y solo acierto a recordar a William y a Ben. Los malditos chicles. ¿Quién nos ha vendido así? Espero destrozar a quién haya sido cuando vuelva a mi país.

Pienso en mi padre, en lo orgulloso que estará de mí cuando sepa que gracias a su hija ha caído otro enemigo de América.

Vuelve Fadilah. Se sienta dos asientos delante de nosotras. Me levanto y me acerco a habla con ella. No quiere. Solloza. Tendría que haber ido yo y matado al viejo pero ella tiene razón, hubiera sido muy expuesto.

Falta menos de media hora para que crucemos la frontera. Solo resta el trámite de ver pasar hombres armados que ni nos miran y perdernos en Siria.

Vuelvo a mi asiento con Muna. Está dormida. Cada segundo dentro del burka me parece un año.

Fadilah llora en el vagón. La miro en silencio, avergonzada. Una niña se acerca y le toca la mano. «¿Tienes pupa?» pregunta. Sacude la cabeza. Levanta la mano derecha.

Tiene un detonador.

Despierto en un hospital de Turquía. No sé cómo he llegado allí. La enfermera me dice que descanse. Pregunto por Muna. Me hace un gesto indiscutible con la cabeza y me acaricia el pelo. Me toco. Estoy entera. Me estremezco al recordar que en el momento en que Fadilah activó el detonador alguien tiró de mí hacia el suelo. Muna me salvó.

Ella a mí.

Dos días más tarde me permiten levantarme.

Dos días más tarde me someten a un interrogatorio de diez horas.

Dos días más tarde me acusan de haber puesto en riesgo la misión al no comprobar el origen de los chicles.

Dos días más tarde me acusan de haber puesto en riesgo la misión al involucrarme con los locales.

Dos días más tarde retuercen mi informe hasta el punto de que ni sé de qué están hablando.

Dos días más tarde me lamento de no haber muerto en aquel tren.

Dos días más tarde lloro.

Lloro por primera vez en años.

Vuelvo a casa y no puedo parar de llorar.

Capítulo 20

Washington, 08:53 (9 horas, 6 minutos, 28 segundos para la explosión).

Julie aguantó hasta el final sin derramar una sola lágrima. Con la pronunciación de la última palabra, todo dejó de importarle y dejó que un torrente anegara su rostro.

Danielle, que ya hacía un rato que no había podido evitar un sentimiento tan humano, se abalanzó sobre la agente y sin dudarlo dos veces le dio el abrazo más grande que había dado en toda su vida.

De hecho, había dado muy pocos hasta ese momento.

Julie se dejó abrazar, sabía que no estaba bien lo que estaba haciendo, pero prefirió dejarse llevar a pensar en idioteces que no venían al caso. La piel de la quinceañera estaba erizada desde el mismo momento en que Julie había nombrado por última vez a Fadilah.

Esperó un tiempo conveniente para hablar.

—¿Cómo te sientes después de haberlo contado?

Julie se separó de la joven, no había dejado de llorar todavía.

—Igual, supongo, pero creo que esto me va a venir bien a largo plazo. Quizá en un rato sienta esa liberación que dicen que se siente.

—Y, después de todo esto que me cuentas, ¿reuniste el valor para volver de nuevo a la acción?

La agente asintió.

—No fue nada fácil —comentó mientras pasaba los dedos por debajo de su ojo—, todos se me echaron encima, todos me culparon de ese atentado, de no haber estado atenta a las señales. Pero ¿qué señales? Es algo que no dejo de preguntarme. Lo único que quería era sacar de esa vida de mierda a esas niñas inocentes.

—Aunque luego no resultaran serlo...

Julie movió su cabeza hacia arriba y abajo.

—Ojalá los mayores errores de la humanidad fueran querer ayudar a otros. Odio esta puta raza. Ojalá algo nos extinguiera —dijo Dannie apretando fuerte los puños.

—Bueno, dejémonos de tonterías y centrémonos en lo que estamos. Es necesario. El lugar al que te llevo está cerca.

Danielle no dijo nada, se limitó a seguir andando junto a la agente de la CIA. A partir de este momento, tenía claro que la miraría de otra manera, no como una heroína, aunque quizá debiera, pero sí con un respeto mucho mayor del que sentía por casi todos sus allegados.

Continuaron caminando durante unas cuantas manzanas más, en silencio, completamente imbuidas en sus propios pensamientos. Julie no tardó en sentir la sensación de quitarse un peso de encima. El haber hablado con la muchacha había conseguido que, al menos, no siguiera sintiendo la sensación en su cuerpo de ahogo que tan constantemente le aporreaba. Danielle no podía evitar pensar que, si en la tarde anterior sus manos hubieran permanecido quietas, en estos momentos estaría a punto de empezar con su falsa —pero perfecta a ojos de todos— vida de instituto. Aunque esos pensamientos se daban de bruces con otros que le decían que si no se hubiera topado con ese mensaje, las bombas explotarían sin remedio. Puede que su acción salvara muchas vidas.

Aunque nadie le podía decir a ciencia cierta que lo fueran a impedir.

Julie se detuvo de repente. Miró el número del portal.

—Cincuenta y uno, creo que es aquí.

—¿Crees?

—Solo estuve una vez y, créeme, no iba en condiciones de recordar muchas cosas. Aun así creo que es aquí. Espero que esté.

—Joder, ¿recordarás qué planta y qué puerta era?

—Sí, sí... Una vez dentro no creo que haya problema. Pasemos, la puerta está abierta.

Danielle dejó que la agente pasara primero. La desconcertaba, en ocasiones parecía tan sobrehumana: con esa decisión, ese aplomo, esa valentía... Y otras sin embargo parecía todo lo contrario: dubitativa, ansiosa, descontrolada... Este tipo de personas le fascinaban, con sus vaivenes incluidos.

Subieron hasta la segunda planta. Julie recordó enseguida la puerta a la que debía de llamar.

—Te advierto de una cosa, puede que no seamos bien recibidas.

—Pero...

Julie no dio tiempo a réplica, golpeó con sus nudillos la puerta.

Esperó unos segundos, esta se abrió.

La cara de Fowler era todo un poema.

—Hola...

—¿Pero qué coño haces aquí, Hawkings? ¿Sabes qué hora es?

—Claro, Fowler, lo sé de sobra. Tengo un problema, necesito ayuda.

—¿Y a mí qué cojones me cuentas? Vete a tu puta casa en Nueva Jersey, a mí todavía me duelen los cojones del rodillazo.

Fowler intentó cerrar la puerta delante de las narices de Julie, pero esta puso el pie y se lo impidió.

—Vamos, Fowler, no creo que estés resentido por lo de anoche.

—¿Resentido? La culpa es mía por hacer caso a mis amigos. Vamos a Nueva Jersey, que hay un *pub* de moda lleno de coños, dijeron. Para una vez que se me ocurre hacerles caso, resulta que el puto *pub* está infectado de bolleras. Y una de ellas me asesta un rodillazo en los mismísimos huevos. ¿Ahora qué quieres? ¿Rematarme?

Julie se giró rápido hacia Danielle.

—Por cierto, soy lesbiana —volvió a girarse hacia Fowler—. Vale, lo reconozco, me pasé contigo, pero reconoce que me buscas, y si lo haces, me encuentras. Abre, por favor, estoy metida en un lío de los gordos, es una misión un tanto peliaguda. Prometo decirle a mi padre que me ayudaste, él sabrá recompensártelo.

La mirada de Fowler cambió.

Abrió la puerta y las dejó pasar, no sin enarcar la ceja a modo de desconfianza.

Julie echó un vistazo al interior de la casa de su compañero de agencia. Recordó su anterior visita con toda claridad.

Todavía no se conocían demasiado como para llevarse bien o mal, pero Julie y Fowler fueron a tomar unas copas junto a otros compañeros de su misma edad. Más tuvo que ver la nefasta calidad del alcohol que tomaron que la propia cantidad, pero la cogorza que agarraron fue épica. Julie no recordaba una parecida en muchos años. No supo cómo, pero acabó besando a ese tío que, con el tiempo, acabaría dándose cuenta que no aguantaba. Este la trajo a esa misma vivienda en la que estaban ahora. El mareo era importante. Una vez dentro, Julie no dudó en despojarse de la parte superior de su ropa. Fowler no pudo disimular su excitación y la asaltó como si no hubiera un mañana. En plena faena recuperó brevemente su propia consciencia y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Pegó un empujón al hombre que tenía encima y avergonzada se tapó con una sábana. Fowler no entendía nada, todo parecía ir sobre ruedas. Cuando Julie le explicó el porqué, sintió la más profunda humillación que había sufrido en toda su vida.

A partir de ese momento, su relación dentro del trabajo fue nefasta.

Pero ahora Julie lo necesitaba. Sabía que como agente, Fowler no tenía precio. Tenía que explotar esa virtud.

—Pasad al salón, lo tengo todo manga por hombro, pero es que no os esperaba.

Julie intentó dibujar una sonrisa que no fuera sarcástica. Apenas le salió.

Una vez dentro, Fowler no se anduvo con minucias.

—Tomad asiento. Y, ahora, cuéntame.

—Vaya, qué directo —contestó nerviosa la agente—. Está bien. Hawkings me ha encargado una misión que tiene una magnitud mucho mayor según transcurren los minutos. Cinco bombas han sido ocultadas aquí, en la capital. Lo único que sabemos es que los terroristas se han comunicado entre ellos mediante un *software* llamado *Kryptos*, con el que además son capaces de controlar todo a su antojo, parece ser que incluidas las bombas. En estos momentos hay un gabinete de crisis en la Casa Blanca pues harán explosión, si no lo evitamos, en apenas unas nueve horas o así. Ah, sí, nos han intentado matar en unas cuantas ocasiones. Lo normal, vamos.

Fowler no dijo nada, ni siquiera pestañeó. Miraba fijo a Julie.

—¿Y esta quién es? —Se limitó a decir.

—Es Danielle. Ella ha programado un *software* capaz de contrarrestar a *Kryptos*. Ha descifrado códigos generados por el propio *software* maligno que ni *PurpleRain* ha podido. *Némesis* es su nombre. Para el caso no me podía parecer más adecuado.

—Ya... Julie, dime algo, ¿anoche tomaste alguna sustancia que deba conocer?

—¡Coño, Fowler, tómate esto en serio! Si quieres teléfonoo a mi padre y te lo paso para que le preguntes si lo que te he contado es real o no.

—Vale, vale —dijo sonriendo—, era una broma.

—Para bromas estamos ahora, hostias.

Julie deseó con todas sus fuerzas estampar la cara de ese imbécil contra su propia mesa, pero debía contenerse. Lo necesitaba, su apoyo podría significar un porcentaje mayor de éxito en toda aquella locura.

—Está bien, ¿y qué quieres de mí?

—Quiero que trabajemos juntos. Yo sola he podido hasta ahora, pero se me hace ya muy cuesta arriba. Lo peor de todo es que no sé que paso seguir. Estoy perdida. Puede que si juntamos nuestras fuerzas y olvidamos nuestras diferencias todo llegue a buen puerto. Te juro que diré a mi padre que involucrarte ha sido decisión mía, pero que a la hora de los méritos tú te los

llevarás si quieres todos. Ahora solo me importa encontrar esas putas bombas y esclarecerlo todo.

Fowler quedó pensativo. Miraba a Julie desconfiado, como si algo no le encajara.

Al final le tendió la mano.

—Bien, hagámoslo. Pero te pido que no me toques los huevos más de lo necesario, que nos conocemos, Julie.

La agente podía haber hecho un comentario sobre lo de los huevos que le hubiera dolido como un cuchillo. Pero prefirió callar, mejor llevarse bien.

Julie le estrechó la mano. Nunca imaginó que trabajar junto a Fowler iba a proporcionarle esa sensación.

—Perdonad —intervino Danielle—, no os he querido interrumpir antes, pero necesito ir al cuarto de baño. Desde que Julie me ha rescatado no he tenido la oportunidad de ir ni una sola vez, al menos de manera real.

Fowler la miró y sonrió. Aquella niña, a pesar de no aparentar la mayoría de edad estaba muy buena. No pudo evitar el pensamiento de imaginarla en su baño y sentir algo de excitación.

—Claro —dijo para salir de sus propios pensamientos—, en el pasillo, la tercera puerta a la derecha.

Danielle salió del amplio salón y se encaminó hacia el destino que Fowler le había marcado. Al pasar por la segunda puerta, a pesar de estar cerrada, escuchó el inconfundible sonido de un ventilador de PC. Reconocería ese sonido aunque diez paredes insonorizadas la separaran del aparato. Siempre sentía curiosidad por ver los equipos de los demás. Según ella, *«dime qué ordenador y periféricos tienes, y te diré cómo eres»*.

Antes de echar un leve vistazo, entró en el cuarto de baño y cumplió con su cometido. A la vuelta no dudó en asomar la cabeza en la habitación. La curiosidad le podía.

Abrió la puerta con mucho cuidado y comprobó, introduciendo su cabeza, que no tenía gran cosa. Apenas un simple monitor, unos altavoces de los baratos y un teclado y ratón sin mucha calidad acompañaban una torre que no albergaría un gran equipo, supuso. Apenas lo querría para consultas y alguna que otra descarga, seguro ilegal.

La sorpresa vino cuando miró hacia la pared del fondo y reconoció el electroimán que estaba tirado en el suelo justo al lado de un amasijo de cables y componentes, antes perfectamente ensamblados por ella misma. Era parte del sistema que había ideado para acabar con su disco duro ante una intrusión ajena.

Era su Mac Mini.

Sintió que iba a vomitar el corazón de un momento a otro. Aquel hijo de la gran puta había estado en su casa la noche anterior y podría haberla matado a ella y a su familia. Es más, se había cargado a aquel tipo del machete gigante, el que estaba tirado en la entrada de su casa. Necesitaba contárselo a Julie, advertirla, aquel desgraciado, casi seguro, era el más peligroso de todos. Al menos ya había demostrado que era implacable con el arma.

A pesar de la situación, debía de guardar la compostura, intentar aparentar que no sabía nada y ya vería cómo avisar a Julie. Seguro que algo se le ocurría, tenía inteligencia de sobra para esto y para más. Lo malo iba a ser encontrar el aplomo necesario. Aunque sí era cierto que aquella noche había recibido un curso exprés de cómo solventar situaciones límite.

Con cuidado cerró la puerta y volvió al pasillo. Respiró varias veces y colocó la cara más relajada que sabía poner. La que le había enseñado su madre, curiosamente.

No le duró demasiado porque al llegar al salón vio como Fowler había inmovilizado a Julie agarrándola por detrás y la amenazaba con un cuchillo plantado en su cuello.

Capítulo 21

Washington, 09:25 (8 horas, 34 minutos, 52 segundos para la explosión).

Julie respiraba de manera dificultosa. Parecía que tenía miedo de pasarse tomando aire y rajarse ella misma el cuello con el cuchillo que con firmeza sostenía el traidor de Fowler. Ella tenía ojos de auténtico miedo, él, de sádico.

Danielle, simplemente, estaba blanca.

—Vaya —la voz de Fowler había cambiado por completo, al menos esa sensación le daba a la joven—, veo que has regresado de fisgonear para unirme a nuestra fiesta.

La quinceañera no supo qué decir, no sabía que podía hacer en una situación como la que estaba viviendo. Ya era la cuarta en apenas seis horas.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? Si no es así, quizá disfrute arrancándotela. Será un placer pasarla por mis propios genitales una vez cortada. ¿O prefieres hacerlo por ti misma?

—Antes prefiero morir.

Danielle sintió que sus propias piernas flaqueaban al asimilar lo que acababa de decir. Casi con toda probabilidad, este iba a ser su destino.

—Todo a su debido tiempo, querida. Morirás, pero creo que antes debería presentarte a una persona que tendrá un enorme interés en conocerte. Por supuesto, la lesbiana no me sirve para nada. Ella sí va a morir ya.

Tensó su brazo y se dispuso a rasgar la garganta de la agente.

—¡Espera! Si la matas a ella, te juro que no sé cómo, pero encontraré la forma de quitarme la vida yo también, no creo que esto le guste a tu jefe.

—A mi jefe le importa una mierda. Solo quiere que nada ni nadie trunque nuestros planes. Te llevo como un regalo. Un plus, por así decirlo. Pero, vamos, que muy útil no es que seas.

—Entonces con más motivo debo vivir. Si ella muere, yo también lo haré. Con todo lo que ello conlleva.

Fowler entrecerró los ojos.

—¿A qué coño te refieres con eso de más motivo? ¿Qué conlleva?

—Vosotros no sois los únicos que habéis plantado bombas. Yo tengo mi propia bomba. He programado *Némesis* para que se autopublique esta misma noche en los principales foros de *hackers* del mundo. Si no lo detengo, vuestro programa no valdrá un centavo porque el *software* que lo anula será

gratis. Supongo que una de vuestras metas es demostrar el potencial de *Kryptos* para luego sacarlo a la venta entre los principales grupos terroristas, ¿me equivoco?

El agente no pudo evitar dibujar un semblante preocupado en su rostro. Lo disimuló lo más rápido que pudo, pero Dannie ya se había percatado.

—Tu cara me dice que no me equivoco. Si muero, nadie podrá detener la publicación, ni con vuestra mierda de programa seréis capaces de hacerlo. Ya has comprobado con mi ordenador que, si no quiero, ni Dios puede penetrar en lo que yo creo. Tú eliges. Si quieres vamos todos a conocer a tu jefe, pero las dos o ninguna.

Fowler volvió a sonreír.

—Tienes agallas, mocosa. No lo voy a negar. Pero hay algo que me dice que te estás marcando un farol. Llámalo intuición o como te venga en gana, pero no me creo nada. Y me fiaré de esto, te explicaré por qué: esa misma intuición ha hecho que la duda que tenía entre salir a buscaros para acabar con vosotras o quedarme aquí esperando algo que me marcara el camino, me ha hecho que os tenga en el salón de mi propia casa a mi merced. Así que me fiaré de ella.

Danielle no se amedrentó. Al menos en lo exterior.

—Como quieras, acaba con ella y después más vale que lo hagas también conmigo, porque igualmente intentaré matarte con mis propias manos.

Julie abrió los ojos hasta un extremo inhumano, no sabía qué pretendía Danielle, pero lo único que iba a conseguir era que dos bonitos cadáveres reposaran sobre el suelo de ese indeseable. Intentó zafarse de su captor, pero la tenía bien agarrada, se notaba el entrenamiento de la CIA, sabía que era imposible soltarse.

Parecía que el agente Fowler dudase de las palabras de la muchacha. Al menos eso parecía, ya que todavía no había matado a la agente.

—Dudas en matarnos o no por lo que te acabo de contar, ¿verdad? —Quiso saber la muchacha—. Pero no por lo de que se publique y os joda el negocio del *software*, sino porque quieres mi programa porque no tenéis *Kryptos*.

—¿Qué? —Preguntó Julie sin entender las palabras de Danielle.

—Chica lista —respondió Fowler riendo—, ¿cómo lo has sabido?

—No ha sido difícil, perteneces al tercer bando.

Fowler comenzó a reír como un poseso.

—Tercer bando, me encanta como suena eso. Cuéntame tus pesquisas, estaré encantado de confirmar si es verdad o no.

Danielle se sorprendió del juego propuesto por ese demente, pero tenía que jugarlo, tenía que ganar tiempo como fuera. Aunque no sabía para qué.

—A ver, si tú entraste en mi casa para robar el ordenador y, seguramente, matarme a mí y a mi familia y te cargaste a otro que intentó entrar también, indica que hay tres bandos. El nuestro, que es el de los buenos, y dos de malos. Uno conformado por los creadores de *Kryptos*, que son los terroristas de las bombas y otro por los tuyos, que intentáis haceros con esta tecnología para venderla y haceros ricos.

—Im-pre-sio-nan-te —dijo Fowler marcando cada sílaba—. Has acertado en cada una de tus afirmaciones. Enhorabuena, eres brillante. Con más motivo debería dejarte con vida, mi jefe estaría encantado de tenerte junto a nosotros. Una mente así no se debe desperdiciar a la ligera. Puede que lleguemos a un acuerdo.

—Tú dirás.

—Os dejaré vivir a las dos. De momento, eso sí. Ahora bien, he de atar a este bellezón bollero que tengo aquí, es un arma mortífera con buenas tetas y cuando me descuide puedo tener su pie en la garganta. Una vez me asegure que no representáis peligro alguno, os llevaré delante de mi jefe. No os puedo prometer nada porque él decidirá qué hacer con vosotras.

Danielle quedó callada unos instantes. En realidad no pensaba nada, quería hacer creer a Fowler que lo hacía, cualquier tiempo ganado era vital.

—Por mi parte sí.

—Por la mía también —habló Julie que no podía mover un músculo de su cuerpo debido a la presión que el agente ejercía sobre ella.

—Me alegra que seáis chicas listas. Ahora acércate al armario que tienes a tu izquierda. En él guardo los adornos navideños. Extrae un cable con lucecitas pequeñas. Es lo suficientemente fuerte como para que, mi querida amiga, no pueda escapar y darme problemas. Dame lo que te pido.

Danielle obedeció, abrió el armario y extrajo lo que le había ordenado. De manera dócil se lo acercó.

—No pienses que soy gilipollas y la voy a soltar, en el momento que lo hiciera, esta señorita me arrancaría el cuello de un bocado. Mira mi mano derecha, con ella sostengo las dos muñecas de Julie, ¿lo ves? Pues haz una triple vuelta con el cable haciendo primero un lazo de *cowboy*, ¿sabes?

Danielle asintió.

—Claro que sabes, eres muy inteligente. Bien, hazlo, ahora te seguiré indicando.

La muchacha lo hizo. Ató las muñecas de Julie justo de la forma que este le había pedido. Las apretó tanto que la sangre dejó de fluir con normalidad por las manos de la agente.

—Siguiente paso, agarra el extremo del cable, pásalo por el centro de las muñecas, baja hacia los tobillos y dale tres vueltas. Una vez hecho lo vuelves a subir a las muñecas y te sigo indicando. Ya queda menos.

Danielle agarró el cable, pero no del extremo, como le había indicado Fowler, sino que le quedaba al menos cuarenta centímetros para llegar a este.

—Así no, te he dicho del extrem...

No pudo terminar la frase porque Danielle aprovechó ese momento de debilidad para levantar rápido la mano y soltarle algo muy parecido a un latigazo en toda la mitad derecha de su cara. Este sintió un dolor tan agudo e insoportable que por propio instinto aflojó a su presa, que no dudó en moverse con velocidad para separarse de él.

La agente se apresuró a revolverse varias veces hasta que consiguió quitarse de encima el cable con el que la había intentado atar Danielle.

Una vez libre, Julie dio media vuelta y se encaró hacia Fowler. Hubiera dado todo para que este hubiera estado de su lado, pero en el fondo había soñado con que llegara el día en el que pudiera partirle la cara por cretino. El día había llegado.

Observó que, con una mano en su cara debido al dolor que sentía por el golpe con el cable, este intentó abalanzarse sobre la valiente Danielle, que intentaba apartarse del lado del monstruo. Julie asestó una patada alta que impactó directamente en la boca de Fowler. Julie no se detuvo ahí ya que el hombre no cayó al suelo. Era duro, muy duro. Fowler dirigió un puñetazo que la agente supo esquivar sin problema, no así un codazo que golpeó de lleno bajo las costillas de la mujer. No dejó tiempo a que el dolor se manifestase y fintó a Fowler agarrándole por el cuello con una mano y con la otra en la cadera. Con su pierna le hizo perder el equilibrio y este cayó encima de la mesa de cristal, partiéndola en mil pedazos.

Fowler se llenó de sangre de inmediato, su cuerpo estaba dolorido y lleno de cortes por los vidrios. Unos le habían rasgado y otros, directamente, se habían clavado en su piel. Emitió un tremendo grito al sentir tanto dolor.

La agente lo miraba jadeante, mezcla de la fatiga por los movimientos y la cantidad de adrenalina acumulada ya por enésima vez en su cuerpo.

—Ahora, si quieres que te deje con vida, dime para quién coño trabajas — dijo una exhausta Julie, que respiraba de manera exagerada.

—Deliras, mucho.

—Dímelo y te dejaré vivir. Te lo prometo. No me interesa matarte, a pesar de todo.

—Vete a la mierda.

Después de decir esto, la mano derecha de Fowler agarró un pedazo de vidrio de gran tamaño. Por su posición, Julie intuyó que no era para agredirla a ella, por lo que temió lo peor. Con un rápido movimiento de pierna asestó una patada en su mano, haciendo que él soltara el cristal. Se agachó a su lado y presionó un punto de su cuello con fuerza. Este cerró los ojos de inmediato.

—¿Lo has matado? —Quiso saber Danielle, que no entendía por qué lo había hecho en tal caso.

—No, estará inconsciente durante un rato. Ahora lo vamos a atar como él quería hacer conmigo, pero en su cama y sin nada a su alrededor que sirva para autoinfringirse daño. Me encargaré de que cuando esto termine, pague por su traición de la forma más legal posible. Por supuesto que lo hará. Esto le joderá más que cualquier otra cosa. Conozco a este mamarracho. El deshonor es lo peor que le puede pasar.

Julie, ayudada por la muchacha, hizo lo que había dicho y dejó a Fowler inconsciente, desnudo y atado a su propia cama sin nada alrededor que le pudiera ayudar a escapar. En unas horas, cuando todo hubiera pasado, se encargaría personalmente de él.

—Y ahora, ¿cómo coño podemos saber para quién trabaja? —Quiso saber la quinceañera— quizá eso nos arroje un poco de luz sobre qué podemos hacer, o sobre todo con quién tenemos que llevar cuidado.

—Si ha sido él quien nos ha mandado un sicario al *cyber*, debe de tener un *software* que le haya mandado nuestra ubicación. ¿Dónde tendrá el PC?

—Ven, sé dónde está.

Danielle llevó a Julie hacia la habitación en la que sabía estaba el aparato. Entraron y encendió el monitor. Este mostraba el escritorio.

—Lo habrá cerrado, pero creo que puedo localizarlo en un santiamén.

Abrió MS-DOS y tecleó una serie de líneas que a Julie le sonaban a chino. En unos instantes lo sacó.

—Mira lo que tenemos aquí... —dijo señalando el monitor muy sorprendida.

—Joder...

—Sí, joder... Pero, entonces, eso significa que...

—Sí.

—Pero es que además lo ha hecho con autorización.

—Sí. Creo que ya sé quién ha intentado hacerse con *Kryptos*, no me lo puedo creer.

Danielle no supo qué decir, la pantalla hablaba por sí sola.

—Vale, ya sabemos algo que ellos no saben, juguemos con esta ventaja. ¿Pero ahora qué hacemos? ¿Dónde vamos?

—Creo que está bastante claro —respondió Dannie.

Julie la miró sorprendida. Danielle le dijo el lugar.

—Ah no, ahí sí que no.

—Sabes que es el lugar. Tenemos que enfrentarnos a esto.

Julie cerró los ojos y suspiró, le fastidiaba admitir que en el fondo tenía razón.

—Bueno, nos llevamos el Mercedes de Fowler, que lo he visto antes en la puerta.

Capítulo 22

Capítulo escrito por Bruno Nieves.

1000 Colonial Farm Rd. Washington, D. C. Oficina Central de Inteligencia. 10:42 (7 horas, 17 minutos, 3 segundos para la explosión).

—¿Sophia Longfellow?

Julie sintió cómo los nudillos se le tornaban de color claro al apretarlos contra el cuero del volante del Mercedes. Miró a los ojos al encargado de seguridad.

—Así es. Y tenemos prisa.

El agente, con aspecto de estar aún en formación, se introdujo en la garita y tecleó en su terminal. Otro tipo, de seguridad, escrutaba los bajos del vehículo.

—¿Podría abrir el maletero, señorita Hawkings?

No tuvo dificultad en localizar el botón. Vio que las mejillas de Danielle se tornaban purpúreas.

—Llevabas razón.

Julie tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Esto es la CIA, no una pantalla de ordenador. Tratar de introducirte a escondidas no hubiera sido una buena idea. Ahora solo espero que el nombre que me has proporcionado sea real.

Danielle se encogió de hombros.

—Es el de la animadora secundaria del equipo de fútbol de mi instituto. Una rubia con un pecho enorme en el que siempre parece haber unos ojos clavados. Algo normal, cuando eres una zorra y el escote te baja hasta el...

—Pues más vale que no hayan detenido a tu animadora zorra y pechugona por beber, conducir o fumar marihuana.

Vio que el rostro de Danielle perdió el color.

Genial, pensó. Un golpe en el cristal de la ventanilla la sobresaltó. El tipo de la garita la contemplaba con el rostro serio.

—Todo está en orden —dijo, tendiéndole una tarjeta.

De plástico blanco, la palabra «*Visitor*» brillaba en rojo, junto a un código de barras, la fecha y el nombre de «Sophia Longfellow».

—Podrás quedártela, al final de tu visita —dijo el tipo, sonriéndole a Danielle y con las manos apoyadas en la portezuela— no todas las chicas guapas tienen un recuerdo así.

Julie inspiró hondo.

—Tiene quince años —dijo, subiendo la ventanilla.

Minutos después, caminaban en dirección a la entrada del edificio rectangular y de cinco plantas, color ocre. Detrás de la construcción, un cielo azul brillante se veía salpicado por unas nubes escasas pero densas. El aire corría, arrastrando ese olor peculiar en el que se entremezclaban ese aroma a césped, a cemento viejo y a conspiraciones. Tembló, y no fue por el aire aún frío del amanecer.

—¿Y esto es la CIA? Mi instituto sorprende más.

Julie miró a la chica y no pudo evitar una media sonrisa, maliciosa.

—Dudo que tu instituto fuera diseñado en los años cincuenta para enseñar a personas a llevar a cabo ese tipo de misiones que nadie más tenía las agallas de... ejecutar.

Vio que Danielle abría la boca, en señal de sorpresa.

—Por fortuna —continuó—, la Agencia ha cambiado a mejor.

La chica miró hacia el edificio con el rabillo del ojo.

—¿Estás... segura?

—Dudo que se pueda decir lo mismo de los institutos.

Abrió la puerta y dejó que la chica pasara delante. Sonrió cuando, apenas dos pasos después, la adolescente se detuvo. Cuando la alcanzó, constató que su boca había pasado a estar abierta del todo.

—Impresiona, ¿verdad?

Le puso una mano sobre el hombro y sintió el calor de su piel, mezclado con la inocencia que irradiaban sus ojos, que contemplaban el vestíbulo de entrada, amplio e iluminado de la CIA, y que se clavaron en el suelo, de losas negras y blancas de granito, que albergaba en su centro el emblema circular en tonos de gris, con un águila sobre un escudo que encerraba una rosa de los vientos de dieciséis puntas. Millones de personas lo habían visto en cientos de documentales y películas, pero solo unos pocos lo habían podido contemplar en la realidad. Apreció que Danielle se agachaba para rozar el símbolo con la punta de los dedos. Un par de agentes la miraron. Julie tragó saliva, al recordar que ella había hecho aquel mismo gesto, la primera vez que visitó aquel lugar, cogida aún de la mano de su padre. De aquello hacía unos cuantos años... y unas cuantas experiencias. Inspiró hondo, cuando la cabeza

se llenó del olor a arena ardiente y del recuerdo de aquel tren. Aquel maldito tren. Danielle se alzó y caminó hacia la pared norte.

—El Memorial Wall... —dijo, casi en un susurro.

—Cada una de las ciento dos estrellas que hay talladas —dijo ella— representa a cada uno de los agentes que ha dado su vida sirviendo a su país.

Danielle escrutaba, sin atreverse a tocarla, una vitrina que había frente a la pared y que exhibía un libro con nombres. Volvió a poner una mano sobre el hombro de la joven. Calor y ternura parecieron emanar desde su piel, junto con algo más, que no supo definir. Cuando la chica se giró, vio que las pupilas le brillaban, humedecidas.

—Yo... este lugar... impone más respeto del que...

—Lo sé. Ahora, ayúdanos a salir de este embrollo. Si es que puedes.

No se le escapó que la chica apretó los puños, antes de asentir.

—Enséñame esa escultura.

Julie se sorprendió al darse cuenta de que le costó retirar la mano del hombro de la chica y, por un segundo, casi sintió repulsión. ¿Acaso le gustaba? Sí, era guapa, pero por Dios, ¡tenía solo quince años! Sacudió la cabeza y caminó hacia el norte.

—No... te separes de mí —dijo, dándose cuenta del doble significado que, solo para ella, podía tener aquella frase. Se pellizcó el interior de la mano con las uñas, y caminó.

Necesitaron unos minutos para atravesar la planta del edificio hasta llegar a un pequeño jardín que parecía conectar dos edificios.

—¿Este te parece más adecuado? —dijo, invitando a la chica a cruzar una entrada semicircular, enorme y acristalada, de estilo mucho más moderno.

La expresión de sorpresa de la joven no dejó de aumentar cuando cruzaron el vestíbulo del edificio nuevo, plagado de agentes que cruzaban entre ambas construcciones, la mayoría portando carpetas o dispositivos electrónicos. Su techo de cuatro alturas no solo estaba acristalado en su totalidad, de forma que podían contemplar el cielo, la lluvia o la nieve cuando estos caían, sino que en lo más alto colgaban maquetas de recuerdos de la historia viva de la Agencia. Julie señaló hacia lo alto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Dannie— ¡un U-2!

—Sí, pero reproducido a una escala de uno a cinco.

—¡Es uno de los primeros aviones espía!

Ella sonrió, al ver la sonrisa de la joven.

—El primero, de hecho. Al igual que esos otros modelos que ves ahí, el A-12 y el D-21. Sus diseños fueron donados por Lockheed a la Agencia.

—¿Gratis? ¡Esos diseños debieron de costar millones!

Ella miró su reloj.

—Dejaremos las lecciones de historia para otro día.

Apretó el paso hasta alcanzar la puerta principal, por supuesto acristalada, que daba paso a otro jardín mayor que el anterior. Este, además de más hierba, más árboles y hasta estanques, poseía algo que lo distinguía no solo del que acababan de atravesar, sino de cualquier otro del mundo.

Julie caminó despacio, inspirando hondo con el fin de refrenar sus pulsaciones, hasta aproximarse a una escultura de unos cuatro metros de alto y con la forma de una bandera que flameaba. Una especie de tronco, a su izquierda, hacía las veces de mástil. Suspiró, al ver cómo la luz fría y aún opaca del amanecer se colaba entre los caracteres que había tallados en la figura y que la perforaban, de forma que podían ser leídos... aunque no parecían tener sentido alguno.

—Esto es *Kryptos*.

Vio como Danielle rozaba con la yema de sus dedos el conglomerado de metales, introduciendo el dedo por una de las letras. En concreto, una «D».

—Es obra de James Sanborn —continuó—. Refleja aspectos positivos de la vida, sentimientos de fuerza y de esperanza, entre otros. También está preñada de raíces norteamericanas, como sus materiales: el granito rojo pulido, el cuarzo, la lámina de cobre, la piedra de mena y la madera petrificada que la componen, son oriundos de esta zona. La idea era que reflejara lo que aquí hacemos y por eso su significado, el de esas letras que ves ahí, permanece, todavía hoy, oculto en parte. Incluso para quienes... — Tragó saliva— sacrificaron parte de su vida para desentrañarlo.

Vio que Julie la miraba, con los ojos entrecerrados.

—¿Misterio? ¿Qué misterio puede esconder una escultura?

Ella inspiró hondo.

—Por si no te has fijado, hay mil setecientos treinta y cinco caracteres esculpidos en ella, que esconden un mensaje.

—Querrás decir cuatro.

Julie arqueó las cejas.

—¿Conocías la estatua?

La chica negó con la cabeza.

—¿Y cómo puedes saber que son cuatro mensajes?

Danielle dio un paso atrás y señaló la estatua con ambas manos. Julie contempló los símbolos.

—Si miramos a la pieza de frente, es evidente que su mitad izquierda contiene un mensaje encriptado, mientras que la derecha es un alfabeto, a modo de tabla de Vigeneries. La clave para descifrarlo.

Julie abrió y cerró la boca varias veces, antes de poder articular.

—¿Conoces... el cifrado de Vigeneries?

—Querrás decir el sistema que, de forma falsa, se atribuye a Vigeneries, porque en realidad lo describió Battista Alberti, casi un siglo antes. Es un sistema antiguo, útil para el papel y el lápiz, hasta Ken Follet utilizó una variante para una de sus novelas. La clave está en Rebeca. Sus protagonistas usaban texto de otro libro, Rebeca, como tabla de Vigeneries. Y es lo que creo que hace esta estatua. ¿Quieres que la descodifique utilizando *Némesis*?

Julie se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Expertos de la CIA y de la NSA, entre ellos mi... madre, tardaron siete años en descifrar...

—¿Siete años?

Julie endureció su mirada.

—Sí. Y solo las tres primeras partes. Pero la última, conocida como K4 y que comprende las noventa y siete letras finales, sigue aún sin desvelar. Por mucho que seas una maldita genio del teclado, dudo que seas capaz de desentrañar lo que hay ahí dentro... aunque me temo que pudiera ser la clave de lo que andamos buscando, dado el mensaje que has descifrado en el cyber y que hacía referencia a ella. Mi madre murió cuando trabajaba en este proyecto y... —negó con la cabeza—. Creo que he cometido una estupidez, trayéndote aquí.

—No, eso es una tontería. Dame el portátil.

Julie apretó los dientes.

—No.

Las pupilas de la joven parecieron dilatarse.

—¿Qué?

Ella inspiró hondo.

—Es absurdo, ni tú ni tu programa vais a poder descifrar esto. Y aunque lo hicieras, es imposible que arroje ninguna luz sobre lo que estamos buscando. Esto es peligroso, deberíamos marcharnos, antes de que alguien se dé cuenta de que he traído conmigo a una mocosa que debería estar tecleando en otras instalaciones. He cometido una imprudencia trayéndote por un impulso.

Se acercó a Danielle, pero esta la miraba sin apenas color en el rostro.

—No puedes hacerme eso.

—Te llevaré a algún sitio seguro, hasta que todo esto se aclare y...

—¿Querías a tu madre?

Julie se quedó con la palabra en la boca.

—No vuelvas a mencionar a mi madre.

—Ahora ya sé la respuesta.

Julie se dio cuenta de que había abofeteado a la chica cuando sintió el calor en su palma derecha. El rostro de la niña, de lado, comenzó a enrojecer. Cuando volvió a mirarla, vio que sus ojos estaban húmedos.

—Yo... —dijo, incapaz de separar los labios.

Sintió la humedad caer por sus mejillas y vio a la niña borrosa. Pensó en su padre, en los bares, en el maldito *whisky*, en los hombres a los que odiaba, en las mujeres que le habían plantado... todo el mundo, todos le habían fallado. Menos ella. Su madre. La que había muerto sin darle tiempo a decirle que...

—Sé que la querías —dijo Danielle—. Hazlo por ella. Déjame el portátil.

Abrió la mochila, conteniendo a duras penas las ganas de arrojarla al estanque. Con los labios apretados, extrajo el ordenador y se lo entregó a la adolescente. Sin mediar palabra, la joven se sentó en uno de las piedras planas que había alrededor de la estatua, la fotografió con su móvil y pasó las fotos al ordenador mediante un cable USB. En solo unos segundos, apareció un archivo de texto con los casi dos mil caracteres de la estatua. Julie pulsó unas cuantas teclas y, cuando Julie vio aparecer varios textos en inglés, tuvo la sensación de que todo giraba a su alrededor.

En la propia Oficina Central de Inteligencia. Oficina del agente James Garick.

Le había parecido ver a Julie Hawkins pasar con una muchacha que seguro no tendría la mayoría de edad.

Esto de entrada le pareció extraño.

No conocía en profundidad a la hija de Hawkins, pero no parecía ser de las que les gustara hacer de canguro. Quizá hubiera dejado pasar la situación de no ser porque la cara de la muchacha le sonaba de algo. La había visto en alguna parte y seguro no hacía mucho.

De pronto lo recordó.

En pocos segundos se había plantado delante de su ordenador, en su despacho. Abrió rápido el servidor de correo encriptado y vio el rostro de la joven. No decía mucho, tan solo que era de máxima prioridad localizarla. Si alguien la encontraba en el d. C., debía retenerla y ponerse en contacto con la NSA. No decía por qué, pero eso no era tan raro en un correo de la NSA.

Lo que no entendía era qué coño hacía al lado de Hawkings.

Fuera como fuese lo iba a averiguar en breve. Creía haberlas visto salir en dirección al patio exterior.

1000 Colonial Farm Rd. Washington, D. C. Oficina Central de Inteligencia. Patio exterior. Frente a Kryptos. 11:01 (6 horas, 58 minutos, 27 segundos para la explosión).

Julie leyó en voz alta el primero de los textos.

—Entre la sutil sombra y la ausencia de luz se encuentra el matiz de la *iqlusión*... —hizo una pausa para coger aire—. Define lo que aquí hacemos. Ese texto, al igual que los siguientes, lo descifró Jim Gillogly en 1999, mediante un ataque de fuerza bruta. Un agente que trabajaba aquí, David Stein, lo había logrado poco antes, usando solo lápiz y papel. Tardó un año. Sin embargo, tú has tardado... apenas un segundo.

Danielle le sonrió.

—Ya te dije que era sencillo. Según *Némesis*, esta primera parte usa un código de sustitución polialfabética, en concreto de diez alfabetos. Supongo que la errata, «*iqlusión*» en vez de «*ilusión*», la puso adrede.

—Lo hizo para dificultar el proceso de descifrado.

—Me lo imaginaba.

—Lee la segunda parte.

Danielle se acercó a la pantalla.

—Dice: era totalmente invisible —leyó la joven—. ¿Cómo es posible? Utilizaron el campo magnético de la Tierra. X La información se recabó y transmitió bajo tierra hacia un lugar desconocido. X. ¿Sabe Langley de esto? Deberían: Está enterrada en alguna parte. X. ¿Quién conoce la localización exacta? Solo WW. Este fue su último mensaje. X Treinta y ocho grados cincuenta y siete minutos seis punto cinco segundos norte, setenta y siete grados ocho minutos cuarenta y cuatro segundos oeste. ID por filas.

—Joder, menuda maraña de texto. Cualquiera entiende su significado, pero, ese punto geográfico...

Danielle se giró y señaló con el dedo.

—Está justo ahí —dijo, señalando con el dedo—. A solo unos metros de la estatua.

—¿Cómo puedes saber eso?

Danielle presionó una tecla y Google Maps apareció en primer plano. Julie no pudo evitar sonreír.

—Pasemos al tercer texto: —dijo la joven—. Lentamente, con desesperada lentitud, los restos del pasaje que abrumaban aún la parte baja del portal fueron removidos. Con manos trémulas hice una pequeña abertura en la esquina superior derecha. Y luego, ampliando el agujero un poco, inserté una vela y eché una ojeada. El aire caliente escapando de la cámara hizo brillar la flama, pero los detalles internos que presentaba la habitación fueron emergiendo de la bruma. ¿Puedes ver algo? Q.

—Y eso es...

Los ojos de la chica parecieron brillar.

—Una transcripción del diario de Howard Carter, donde se describe el momento en que abrió la puerta de la tumba del Rey Tutankhamón, el veintiséis de noviembre de mil novecientos veintidós.

—¡Venga ya! ¿Esto también te lo ha dicho Google Maps?

—No, esto lo sé porque me encanta la historia del Antiguo Egipto.

Julie tuvo la sensación de que el aire parecía detenerse. Con los ojos entrecerrados miró a la adolescente y, durante un segundo, solo uno, pensó que si tuviera unos cuantos años más, hubiera sido capaz de atreverse a besarla. Agitó la cabeza y se sintió asqueada. ¿Así era como comenzaban los depredadores sexuales?, se dijo. ¿Deseando que la menor fuera «un poco menor»? Apretó los puños y se dio cuenta de algo: su madre también amaba la historia del Antiguo Egipto. Se relajó, o al menos lo intentó, queriendo convencerse de que eso era lo que debía de haber generado aquel impulso de abrazar a esa chica. Parpadeó, tratando de volver a la realidad. Aún quedaba lo más difícil. K4, la parte que nadie había descifrado. O casi nadie..., le dijo una voz en lo más hondo de su cerebro.

—¿Y el final? —preguntó, con un temblor en la voz.

Pero los ojos de la chica descendieron junto con su cabeza, adoptando una expresión de derrota que la hizo aún más adorable. Cuando fijó sus ojos en la pantalla, siguiendo la mirada de Danielle, apreció que solo había una palabra. Apretó los puños, al leerla. «Error».

—¿Qué es eso? —exclamó, conteniendo las ganas de aporrear el teclado
— ¡no puede ser! ¿Tu programa no era infalible?
—¡Y lo es! —dijo Julie, poniéndose en pie— ¡eso es indescifrable!
—¡No lo es!
—¿Y cómo sabes que no lo es?
—¡Porque creo que mi madre encontró la solución!
—¡Pues no lo hizo descriptándolo!
—¿Y cómo lo hizo entonces, sabelotodo?
—¡No lo sé!

Para su sorpresa, Danielle se tapó el rostro con las manos y pataleó en el suelo. El portátil cayó sobre el césped. Respirando agitada, Julie se le acercó y la rodeó con sus brazos, sin importarle lo más mínimo el ordenador. El calor de la piel de esa chica, su aliento y su olor la hicieron sentir reconfortada, a la vez que ella procuraba hacer lo mismo con ella. Se dio cuenta de dónde estaba y de lo que estaba haciendo, a la vista de varios agentes que paseaban por allí, y de las decenas de cámaras de seguridad que lo controlaban todo. Deseó acercar sus labios a los de la joven. Pero no, ella no era así. Le estaba fallando a su padre, a su país, a sí misma y, sobre todo y más que a nadie... a su madre. Apretó los dientes y separó a la adolescente, apenas unos centímetros. Sus rostros quedaron el uno frente al otro. Casi podía sentir sus labios, carnosos, rosados, cerca de los suyos. Cálidos, atractivos y jóvenes. Sobre todo jóvenes, le insistió la voz. Se separó de la chica.

—Mi madre... —dijo, sintiendo los ojos húmedos—, se parecía a ti. Era inteligente... y amaba la historia de Egipto.

Danielle pareció mirarla petrificada, como la madera de *Kryptos*.

—¿Qué has dicho?

—Que mi madre...

—¡Oh, Dios mío! ¡Eso es!

—¿Qué?

Pero la chica ya había recogido el portátil. Sopló, para quitar las briznas que habían quedado entre las teclas, y aporreó estas. Sus dedos se desplazaron tan rápido que las ventanas se abrían y cerraban antes de que ella pudiera apenas leer su contenido.

—¿Qué estás haciendo?

Danielle se puso en pie y caminó, con el portátil en las manos, hacia la parte sur del patio. Se dio cuenta de que una esquina estaba abollada, pero la máquina parecía funcionar. Danielle se detuvo sobre el punto exacto que marcaban las coordenadas del segundo mensaje de *Kryptos*. Corrió hacia ella

y, cuando miró la pantalla, vio una foto de la tumba de Tutankhamón y una página de meteorología que...

El corazón le dio un vuelco.

—¡Esto es de la NSA! ¡No puedes entrar ahí!

Danielle la miró, con ese brillo en sus ojos que la hacía estremecerse, desde la médula hasta el cuello. Y le sonrió, antes de coger aire con fuerza y pulsar una tecla. Julie contempló cómo todas las ventanas desaparecieron de la pantalla, de forma que la estatua de *Kryptos*, la auténtica, grabada en tiempo real por la webcam del portátil, quedó en el centro. Con gestos rápidos, trazó una máscara alrededor de la estatua, que dibujó también el contorno de los mil setecientos treinta y cinco caracteres de *Kryptos*.

—Y ahora... —dijo Danielle—. Hagamos magia.

Con una pulsación, todo lo que no estaba englobado en la máscara se volvió de color azul. El cielo y los edificios de la CIA habían desaparecido. Otro toque y apareció un nuevo cielo... que cambió. El sol aparecía y desaparecía de forma casi instantánea. Parecía una especie de *Time Lapse*, escenas lentas que se pasaban a una velocidad de vértigo.

—¿Qué se supone que estás...?

La chica la miró. Sus pupilas parecían refulgir.

—Tenemos un fragmento de código indescifrable —dijo, señalando—, junto a unas coordenadas que nos ubican en un punto desde donde podemos contemplar la estatua. Y un momento exacto, el de la apertura de la tumba de Tutankhamón, que fue un momento histórico en la historia de los descubrimientos.

—¿Y...?

—Para ser agente de la CIA, a veces te cuesta enlazar ideas.

Julie tensó la mano.

—Te estás ganando un nuevo sopapo.

Sin embargo, los dedos se le aflojaron cuando vio, en la pantalla, cómo el cielo se quedó congelado, encapotado por unos nubarrones negros que parcheaban la luz del sol, que se colaba por los resquicios que ofrecían las nubes... ¡de forma que algunos de los símbolos de *Kryptos* quedaban ocultos! ¡Entre ellos, casi la mitad de K4! Miró a Danielle.

—Así estaba el cielo detrás de *Kryptos* —dijo la joven—, visto desde estas coordenadas, el día y la hora exacta en que Howard Carter abrió la tumba de Tutankhamón. ¿No decías que no creías en las casualidades?

Julie se dio cuenta de que era incapaz de cerrar la boca.

—Pues esto es *Kryptos*, si miramos la estatua desde los treinta y ocho grados cincuenta y siete minutos seis punto cinco segundos norte, setenta y siete grados ocho minutos cuarenta y cuatro segundos oeste.

Julie sintió que el corazón le bombeaba más rápido. Al diablo con sus técnicas de relajación.

—¿Quieres decir que...?

—Que a tus noventa y siete caracteres le sobran cincuenta y nueve. Los que están oscurecidos. Si no me equivoco... la clave de K4 reside en los treinta y ocho restantes. Que son los que voy a tratar de descifrar con la ayuda de *Némesis*.

Danielle señaló la tecla Intro.

—¿Quieres pulsarla?

Julie acercó su dedo, pensando si su madre habría llegado a la misma conclusión que aquella niña adolescente, creída de sí misma, pero adorable y débil, a la que había mirado de una forma que le había hecho sentir avergonzada. La niña de ojos vivos que destacaban en ese rostro dulce y agresivo a la vez, frágil pero rebelde.

Ese rostro que besaría si pudiera, pensó cuando otro escalofrío le recorrió la espalda.

De nuevo se sintió asqueada. Pero no, se dijo, no era repulsión por desear a una adolescente. Danielle no solo era guapa y adorable, era deseable como mujer. Y era diferente pensar en desearla que intentar seducirla.

Respiró hondo, sintiendo que la pantalla y todo alrededor se difuminaba. Sentía repulsión porque en realidad no veía a aquella chica con ojos de deseo. Había algo más, en lo que sentía por aquella mujer de formas aún difusas, que le sonreía con unos ojos que parecían poder detener el mundo cuando se le antojara a su dueña. Y entonces se dio cuenta de que no la contemplaba con deseo, sino como su madre, su propia madre, debió de haberla contemplado a ella misma. Como alguien a quien abrazar, como alguien a quien proteger de todo... Alguien a quien siempre desearía abrazar y acariciarle el pelo. Y contempló a Danielle como... una madre debía de ver a su hija.

—No... —dijo, separando el dedo—, hazlo... tú.

Danielle le dedicó una sonrisa, la más hermosa que hubiera contemplado jamás. Una sonrisa por la que hubiera podido matar a quien se atreviese a truncarla. Abrazó a la joven, que se dejó arropar. Y sintiendo el calor de su piel, dejando que el olor de su pelo la hiciera sentir el deseo de ser madre, vio cómo ella pulsaba la tecla.

Capítulo 23

1000 Colonial Farm Rd. Washington, D. C. Oficina Central de Inteligencia. 11:23 (6 horas, 36 minutos, 5 segundos para la explosión).

—¡Quietas, no deis un paso más!

La dos jóvenes quedaron petrificadas ante la petición de aquella voz masculina tan grave y autoritaria.

En realidad, Julie no hubiera conseguido moverse debido al texto que, de forma tan brillante, había conseguido descifrar Danielle y su programita.

Es imposible, no puede ser él.

—¡No hagáis ninguna tontería! —Repitió la voz— daos la vuelta despacio, con las manos en la cabeza y ni se os ocurra realizar un movimiento brusco.

Danielle salió del programa a toda prisa aprovechando que todavía estaba de espaldas. Levantó la mano derecha para mostrar su rendición y comenzó a agacharse despacio para dejar el pequeño portátil en el suelo. Con la misma lentitud se incorporó.

Comprobó cómo Julie seguía estupefacta.

Es imposible, no puede ser él.

Golpeó levemente el brazo de la agente, esta reaccionó de inmediato saliendo del pensamiento que la tenía absorbida. Estaba blanca, sus ojos parecía que jamás volverían a parpadear. Julie y Danielle comenzaron a dar media vuelta, ambas con las manos en señal de obediencia.

La agente sintió alivio por una parte por ver de quién se trataba. Era James Garick, un compañero con el que mantenía un trato correcto y con el que, con un poco de suerte, podría llegar a un acuerdo. Aunque este les estuviera apuntando con un arma disimulada por su chaqueta.

Estaba claro que no quería montar un espectáculo. Al menos de momento.

—Hawkings, te lo preguntaré solo una vez: ¿Qué haces con una muchacha que desde la NSA nos piden que localicemos?

A Julie no le sorprendió esa pregunta. Mercks no tardaría en darse cuenta de que había desaparecido en las oficinas de Maryland. Era cuestión de tiempo que se pidiera a la CIA la colaboración pues era un asunto de Estado.

Trató de llevar la conversación a un terreno que le fuera cómodo.

—Garick, la historia es muy larga, demasiado, pero te la resumo en que estoy en una misión muy difícil de entender. He sido asignada por el director y cuanto menos gente sepa de qué se trata, mejor. Ya conoces a mi padre. Solo te pido que dejes actuar a tu instinto de agente y nos dejes marchar, ya hemos tenido demasiadas piedras en el camino como para tener que sortear una más.

—¿Me pides que desobedezca una orden directa del director adjunto de la NSA?

—¿Te debes a ellos o a la CIA?

Garick no pensó la respuesta.

—Me debo a mi país.

—Entonces actúa como te pido. Si amas este país, con más motivo debes de dejarnos marchar. Sé que no es una decisión fácil, pero te aseguro que lo entenderás en breve. Prometo hablar con mi padre para contarle qué has hecho y por qué. Pero te pido que tomes la decisión ya, el tiempo corre en nuestra contra y esta conversación lo puede cambiar todo. El destino de la capital pasa por tus manos.

Garick las miró a ambas. No podía fiarse de la mirada de Julie pues había sido entrenada para reflejar la emoción adecuada para cada momento, pero había algo en los ojos de esa niña que parecían decir la verdad. Por lo visto, el asunto era bastante escabroso y él tenía que tomar una decisión de inmediato.

Decidió ser valiente y jugárselo todo a una carta.

—Está bien, marchaos. Supongo que no podré negar esta conversación porque, aunque escondo el arma bien para que no aparezca, las cámaras lo están grabando todo. Estoy seguro que de esta me llevan a una cárcel federal.

Danielle miró de reojo a su alrededor. Lo que decía el agente era cierto, todo estaba monitorizado.

—Quedo en tus manos —prosiguió Garick—, aunque todavía no sé por qué lo hago. Solo espero que lo que sea que vayas a hacer acabe en éxito.

—Gracias, James, te prometo que no te arrepentirás. Danielle —dijo girándose hacia la joven—, nos vamos.

La muchacha asintió. Se agachó para recoger de nuevo el portátil.

Julie sonrió una última vez a Garick antes de desaparecer. Dio gracias por no tener que usar ningún truco para poder escapar de esa situación. Aparte de que no lo tenía, no deseaba hacerle daño alguno al agente. No lo conocía en profundidad, pero parecía buen tipo. Desde luego lo había demostrado.

Regresaron sobre sus pasos. Julie no había revelado todavía sus impresiones acerca de la frase que había aparecido tras el amasijo de

caracteres que se mostraba en la escultura. Parecía tener muy claro a qué se refería. Danielle ni podía hacerse una pequeña idea de qué podía ser.

La muchacha salía con cierta pena del edificio, toda su vida había soñado con descubrir los secretos que siempre se había contado que pululaban por los pasillos de la NSA y la CIA, ahora que estaba tan cerca de ellos, no quería irse y dejarlos sin más. Sabía que estaba mal sentir lo que estaba sintiendo, la capital estaba bajo una amenaza de nada menos que cinco bombas, habían intentado acabar con ella en varias ocasiones, aunque Julie le había dicho que no se preocupara, desconocía el estado real de la salud de su familia y, lo peor de todo, cualquier cosa podía pasar todavía, pero no podía evitar pensar que estaba viviendo un sueño, de alguna manera.

Suponía que tras todo este escándalo, si todo acababa más o menos bien, podrían pasar dos cosas claramente opuestas. Que en la NSA o CIA pugnaran por ella debido a sus conocimientos y por todo lo que había liado, o justo lo contrario. Que no la quisieran ni ver en pintura.

Deseó que fuera la primera, trabajar en la élite de la programación y el descifrado sí le propondría un reto intelectual. Por una vez se sentía motivada. Por una vez tenía claro lo que quería acabar haciendo con su vida.

Miró una última vez hacia atrás nada más salir por la puerta principal. Aquello imponía, aunque había preferido mostrarse antes impasible ante la mirada de Julie.

La agente había vuelto a ensimismarse, la frase le había dejado noqueada por completo. Mientras andaban en dirección al coche que había tomado prestado a Fowler, su cabeza no cesaba en un único pensamiento.

Es imposible, no puede ser él.

Montaron en el coche, Julie lo arrancó y fue hacia la salida. Esperaba que a ese guardia no le hubiera llegado el aviso de lo de Danielle, lo deseó fuerte.

Se detuvo frente a la garita. El mismo agente de antes salió a recibirlas.

—Vaya —dijo este a modo de saludo—, nos abandonan pronto.

—La excursión ha sido rápida —contestó Julie sin soltar el volante y con la vista clavada al frente.

Danielle se quitó la identificación e hizo el gesto de entregársela al agente. Quería que esa situación acabara cuanto antes.

—Ya te he dicho que te la podías quedar —comentó sin dejar de mirarla con ojos lascivos—, así te acordarás de nosotros.

Danielle fingió una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Todo en orden, agente?

—Ehm, sí. Por supuesto. Un placer.

Julie subió las ventanillas y salió de las instalaciones de la CIA. Dannie la miraba sorprendida, la agente no decía ni una palabra.

—Todavía no me has contado nada de la frase que ha descriptado *Némesis*.

—Repítemela, por favor. Necesito pensar que me equivoco.

Danielle parpadeó rápido varias veces en señal de desconcierto, no entendía a qué se refería.

—La frase era: La verdad reside en vuestros corazones —hizo una pausa—. Menuda mierda de frase, por cierto. Tanto misterio para eso.

Julie entrecerró los ojos sin perder de vista la carretera. Comenzaba a sentirse cansada, pero no era algo físico. Necesitaba un masaje en las sienes de forma inmediata, así como un buen vaso de *whisky* con un par de cubitos de hielo.

—Supongo que sabes a qué se refiere, si no, no sé a qué coño viene esa cara.

Julie asintió.

—¿Y me lo piensas contar o también tengo de descriptar tus pensamientos? —Preguntó molesta.

La agente necesitó respirar profundo hasta en tres ocasiones para soltar la información por su boca.

Una vez se lo hubo contado todo a Danielle, la muchacha necesitó abrir la ventanilla para que entrara aire y le golpeará directamente en la cara. Se había mareado.

—¿Y ahora qué coño hacemos? —Quiso saber la quinceañera.

—Ahora tenemos que localizarlo.

—Pero eso es fácil, ¿no estará en...?

—No —la cortó de manera tajante—, estoy segura de que no opera desde allí. Sería imposible, dadas la circunstancias. Intentaremos echarle el guante cuando esté fuera de su hábitat.

—¿Pues tú me dirás dónde y cómo lo localizamos?

—¿Y tú eres la genio de la informática? Déjame que te enseñe algo.

Julie le relató con minuciosidad su plan. A Danielle, simplemente le pareció algo brillante.

Capítulo 24

Washington, 12:35 (5 horas, 24 minutos, 38 segundos para la explosión).

Hawkings estaba sentado en un bar. Había tomado de nuevo la salida alejada de las miradas de la Casa Blanca, necesitaba estar solo. Necesitaba alejarse de todo ese follón de encorbatados corriendo de un lado para otro sin saber ni siquiera qué buscar. Él sabía de sobra por dónde podían empezar a buscar, solo que estaba atado de pies y manos.

No había sensación peor en el mundo, sobre todo para alguien que nunca tenía que rendirle cuentas a nadie.

Sabía que no iban a encontrar las bombas, no lo harían hasta que hicieran explosión o bien su hija encontrara la forma de detener toda aquella locura.

Su hija.

Esa misma que tantos disgustos le había dado a lo largo de su vida. Esa misma que estaba seguro que hacía las cosas que hacía solo por fastidiarlo a él. Esa misma por la que daría la vida si fuera necesario.

Esa misma a la que nunca se lo había dicho.

No podía mirarla igual desde que sucedió el incidente de Irak, pero no por lo que muchos, incluida ella, pensaban. Desde todo aquello había sentido algo que jamás había experimentado: el miedo a perderla.

Ese miedo, por desgracia, era el mismo que recorría en esos momentos su cuerpo. La había enviado a una muerte segura y, por más sorbos que pegaba a ese vaso que tenía enfrente, no conseguía que esa sensación desapareciera.

Aleksander no era moco de pavo, hubiera preferido mil veces enviarla frente a los talibanes que frente a ese monstruo. Eran infinitamente menos peligrosos que él.

Seguía sin entender el porqué de su regreso después de tantos años en el letargo, le era imposible encontrar una razón que se sostuviera de pie mientras él pegaba otro sorbo a su vaso. Por cierto, sabía asqueroso, pero es que en ese antro de mala muerte, no podía esperar otra cosa.

Palpó su *Beretta*.

No sabía nada de Julie y eso, en realidad, es lo que lo estaba matando. Sabía que por precaución no se iba a poner en contacto con él, pero es que necesitaba conocer de inmediato cómo se encontraba.

Meditó la opción de acabar de raíz con el problema.

Era el director de la CIA, uno de los puestos más importantes y con más medios a su disposición del mundo entero. Quizá pudiera acabar con Aleksander y con rapidez localizar a sus hombres para que a sus hijas no les pasara nada, pero ¿quién podía garantizarle eso?

Nadie.

¿En quién confiar ahora?

Conocía los tejemanejes que se llevaban a cabo en Washington, donde los aliados lo eran por puro interés momentáneo y no por verdadera lealtad. ¿Y si todo aquello era una pantomima y él era un mero títere de una función que todos interpretaban menos él?

Era tal en ansia de poder de todos los que pisaban esa ciudad, sin excepción, que no podía confiar en nadie para que le echara una mano. Estaba solo. Ya ni siquiera sabía si tenía o no a Julie con él.

El repugnante brebaje que estaba tomando comenzaba a hacer mella en su cabeza, en sus pensamientos. Estos se agolpaban y formaban un amasijo incomprensible para la mayoría de los cerebros. Incluido el suyo.

Entre todos ellos, había uno en concreto que había ido ganando fuerza y que su cabeza, en estado sobrio, no había sabido interpretar.

Se preocupó de la fuerza que estaba tomando en su mente, se preocupó mucho. Sobre todo por no haberse dado cuenta antes.

Se levantó y echó un billete de cien dólares sobre la barra. Aquello era más de lo que vería el dueño en una semana de consumiciones.

Volvió a acariciar su *Beretta*. Como aquello que había pensado fuera verdad, lo iba a utilizar sin contemplación.

—Eres brillante. No sé cómo no se me había ocurrido a mí.

—Te recuerdo que soy agente de la CIA, que me estás dejando por los suelos en cuanto a conocimientos tecnológicos, no quiere decir que no sepa hacer mi trabajo.

Danielle sonrió ante la respuesta.

—¿Puedes o no puedes? —Quiso saber la agente.

—En principio sí, párate cerca de cualquier cafetería que pueda acceder a un Wi-Fi abierto, con *Némesis* puedo triangular lo que me pides utilizando un satélite en nuestro favor.

Julie se sorprendió a medias de lo que podía hacer ese programa. Con buenos fines, podría ser el programa definitivo. Al igual que *Kryptos*, aunque este no parecía estar utilizándose bien.

—Dime, ¿hubieras hecho aquello con lo que amenazaste?

—¿El qué?

—Eso de poner el *software* gratis. Podrías ganar millones con él...

—Respóndeme, ¿tú que harías en mi situación?

—Te he preguntado yo primera.

—Lo sé, pero creo que puedes responderte tú misma.

Julie quedó unos instantes pensativa.

—Bien, yo supongo que haría lo mismo. Me debo a la defensa de mi país, es por eso que estoy en la CIA, aunque mi padre piensa que es para fastidiarle. Si unos terroristas quieren enriquecerse con un *software* que solo serviría para hacer el mal, si pudiera contrarrestarlo con un arma gratuita que impidiera esa venta y que además sirviera para neutralizarlo... Sí, lo haría.

—Creo que lo has entendido. No todo es el dinero, mucho menos para una buena *hacker*. Ya ganaré millones con algo, seguro. En muchos casos solo buscamos el reconocimiento y, créeme, con estas cosas llega. No todos somos así, por supuesto, pero sí los, digamos, auténticos.

—Eres una caja de sorpresas, pequeña.

Danielle sonrió ante el comentario de Julie. Esta última obedeció su petición y se detuvo al lado de una cafetería con un cartel de Wi-Fi gratis.

Danielle se conectó con su nuevo aparatito y cargó las herramientas necesarias para el *hackeo*.

—Dime el número.

Julie lo recitó de memoria.

—Está bien, dame unos instantes, intentaré acceder a su agenda con *Némesis*. Espero que no me lleve demasiado tiempo.

Apenas unos segundos tardó el programa en mostrar el resultado esperado.

—Estoy dentro.

—Perfecto, posicóñalo primero.

Danielle tecleó una serie de instrucciones, apareció un punto rojo parpadeante dentro de la aplicación Google Maps.

—Está fuera de la Casa Blanca, mira.

La joven señaló con su dedo.

—No está muy lejos de allí —siguió hablando—, aunque parece estar en movimiento.

Ambas se fijaron, el punto se movía.

—No entiendo qué hace fuera, se supone que debería estar dentro de la Casa Blanca —comentó Julie mientras se rascaba la cabeza.

—Puede que vaya a encontrarse con él, ¿no decías que conocía su identidad?

Julie se limitó a asentir sin quitar ojo del punto de la pantalla.

—Bueno, dejémonos de conjeturas, eso solo lo podremos saber si triangulamos la otra posición. Voy a buscar dentro de la agenda.

Volvió a teclear unas instrucciones.

—Tiene que ser este —señaló con su índice—, ¿de verdad piensas que lo tendrá encendido?

—Ni me cabe duda, necesita tenerlo. Siempre debe tenerlo encendido.

—Cruza los dedos.

Pasados unos instantes, la pantalla mostró el ansiado resultado.

—Mira, ¡tenías razón! —Exclamó Danielle con excitación frente a su suerte.

Pero Julie no sonreía. Su rostro mostraba una seriedad pasmosa.

—¿Puedes poner ambas señales en el mapa? —Se limitó a preguntar.

Danielle asintió. En dos segundos apareció un punto rojo fijo y un punto azul, que se acercaba al primero.

—Mierda, tenías razón, van a encontrarse.

Julie memorizó la dirección y arrancó el motor del coche. Aceleró y emprendió el camino.

—¿Y qué vas a hacer con el otro?

—A ese lo dejaremos para el final. Este es el único que puede hacer que se detenga la cuenta atrás.

Hawkings entornó la pesada puerta tras de sí. No llegó a cerrarla del todo, aquello podría marcar la tonelada fácilmente en una balanza y su cuerpo no estaba en plenas facultades en esos momentos. No tenía el cierre echado. O ese hombre era un descuidado, o no tenía miedo en absoluto a quien pudiera entrar en la hermética estancia.

Se decantó por la segunda opción.

Aleksander estaba de pie, como mirando a una imaginaria ventana que no pasaba de ser una triste y sobria pared de color gris.

Parecía pensativo, aunque con ese hombre, nunca se sabía.

—¿Otra vez aquí?

Ni se dio la vuelta. Sabía perfectamente quién era.

Hawkings, cegado por la rabia sacó su arma y apuntó hacia Aleksander. Este permanecía inmóvil, con los brazos cogidos por detrás de su espalda.

—Sabes igual que yo que si te lo piensas demasiado, al final no vas a disparar y esto puede acabar volviéndose en tu contra. Ya me conoces.

Hawkings, sin dejar de apuntar a aquel monstruo por la espalda lo miró con los ojos muy abiertos, ¿cómo sabía que lo estaba apuntando?

—Sé lo que piensas, pero no, entre mis poderes no se incluye la visión por la espalda. No hace falta ser un lumbreras para saber que al final atarías cabos y acabarías viniendo a pegarme un tiro.

—Y según tú, ¿qué cabos son los que he atado?

Aleksander dio media vuelta. Su rostro permanecía impassible, a pesar de lo peliagudo de la situación.

Aquello asustaba a Hawkings.

—Tu esposa —dijo al fin.

El director de la CIA sintió que una oleada de rabia invadía su interior, los dedos comenzaron a temblarle pues deseaba pegarle un tiro a aquel indeseable de inmediato, pero había algo, no sabía bien qué, que le impedía realizar tal acto.

Comprendió enseguida que era la necesidad de conocer la verdad.

—Mi mujer era muy reservada a la hora de hablar de su trabajo — comenzó Hawkings a hablar—, pero en esa ocasión me relató que se encontraba investigando el *software* definitivo de *hackeo*, un *software* que podría utilizar el mismo sistema de codificación que la puñetera estatua del patio exterior de la CIA, *Kryptos*. Me contó que habían logrado localizar el *software* de prueba y detener el proyecto contraprogramando otro programa al que se conoció enseguida como *PurpleRain*. A mi mujer le encantaba *Prince*. Recuerdo que dijo que quien hizo el primer código se las daba de haber creado el programa definitivo y acabó siendo un chasco. Ni de coña llegó a utilizar el código de encriptado de la estatua. Me dijo que el siguiente paso era localizar al autor, que estaban encima de él y que pronto acabaría cayendo.

Hawkings hizo una pausa, le costaba decir lo que iba a decir.

—Casualidades de la vida —prosiguió—, enseguida enfermó y tuvo que alejarse del trabajo. Murió a las pocas horas de ingresar por un cáncer de pulmón fulminante y muy avanzado, pero esa parte ya la conoces, supongo.

—Sí, la conozco perfectamente.

—Yo pensaba que mi amigo, Steve Aleksander, me había ayudado ofreciéndome su ayuda desinteresada, «*mi dinero es tu dinero*», me decías. Ahora he comprendido que ese dinero en realidad lo empleabas en tener comprado a todo un equipo médico que nos decía lo que tú querías que nos dijera. De esa forma te la quitaste de en medio. A ella y a los otros.

—Sí, lo hice. Lo hice por venganza, no busques ninguna otra razón. Merecían pagar por sus actos. Yo los asesiné... a todos y cada uno.

Hawkings apretó con mucha más fuerza su *Beretta*.

—Dime cómo hiciste que enfermara.

—Ricina. No me fue difícil. La ingirió a través de su típico zumo de naranja de todas las mañanas. Le di la dosis exacta para que muriera de manera lenta. Podría habérmela cargado ahí mismo, pero prefería ver cómo sufría.

El director de la CIA no podía contener las lágrimas que comenzaban a recorrer su mejilla. Apretaba los dientes con tal fuerza, que podría haberlos roto todos si hubiera apretado levemente más.

Recordó que al llegar del trabajo tenía una diarrea terrible y casi de inmediato comenzó a vomitar. La segunda vez el vómito iba acompañado de sangre. En aquellos momentos no disponían del dinero necesario para acudir a un buen hospital, por lo que optó por llamar a su amigo Aleksander, pensaba que él lo ayudaría. De inmediato ofreció todo su dinero y le recomendó un hospital, según decía allí se encontraba el mejor equipo médico. Al llegar al mismo, Martha casi ni podía tenerse en pie. La atendieron de inmediato. En apenas una hora se les comunicó la letalidad del cáncer que no sabían que tenía pero que al parecer padecía. La metástasis estaba tan extendida que ya no se podía hacer nada por ella, solo sedarla para que sufriera lo menos posible. Dos horas más tarde falleció, nada se pudo hacer pues ya era irrefrenable.

—Y ahora mátame. Hazlo o te mataré yo a ti. Además, lo que te queda de familia lo acabará pagando.

Hawkings temblaba a la vez que lloraba sin poder controlar el flujo de lágrimas, deseaba acabar con aquel hijo de puta como fuera, estaba tan cegado que ni siquiera le importaba las consecuencias que pudiera tener aquello. No le importaba una mierda la gente que pudiera morir por aquellas bombas, no le importaba una mierda morir él, lo único que le retenía era el que sus hijas pudieran sufrir cualquier represalia. Sabía que a ese monstruo no le iba a temblar el pulso para hacerlas padecer hasta que ellas mismas acabaran pidiendo su propia muerte, no podía permitir eso.

Pero la rabia pensaba por él.

Cerró los ojos.

Esto le impidió ver cómo Aleksander sacaba una pistola con rapidez de su bolsillo.

Julie lloraba también desconsolada al otro lado de la puerta. Había escuchado, gracias a la obertura, toda la conversación de su padre con ese malnacido. A pesar de tener el cuerpo paralizado de la rabia, necesitaba actuar y necesitaba hacerlo a la de ya.

Se dispuso a entrar.

—Julie —susurró Danielle—, si entras, desconcertarás también a tu padre y esto puede ser utilizado por ese cabrón. No puedes entrar ahí, sin más. Piensa otra forma.

La agente sopesó las palabras de la joven. Tenía razón, necesitaba su cabeza funcionando al cien por cien, ya que aquello podía acabar muy mal.

—No se me ocurre nada, esto no tiene sistema de ventilación ni nada, es un puto búnker. Se cierra a cal y canto y la única entrada y salida es esta.

—Espera —dijo Danielle mientras agarraba el brazo de Julie—. Creo tener la solución, solo espero que la aproveches bien.

Capítulo 25

Washington, 13:02 (4 horas, 57 minutos, 46 segundos para la explosión).

Hawkings abrió de nuevo los ojos para mirar directamente a los de aquel malnacido. Seguían sin mostrar emoción alguna. Algo propio del tipo de psicópata que era. Si acaso, de vez en cuando, lo único que podía ver era una especie de excitación. Aquello, lo único que conseguía, era que se sintiera más poderoso, todavía.

Notó que una gota de sudor recorría su espalda cuando se percató de que él también estaba siendo apuntado.

Pensó en que el hijo de perra tenía razón con eso de que debía haberlo matado antes. Ahora aquello parecía sacado de una mala película del oeste. Uno frente a otro, arma contra arma.

Ahora, la rapidez de uno significaría la muerte del otro.

¿Pero quién daría el paso?

Sintió que, a pesar de todo, su respiración y latidos lo acompañaban. Quizá fueran los años de entrenamiento y la infinidad de situaciones límite vividas. Tanto en la CIA como en las guerras en las que había participado.

O quizá fuera el sentimiento de poder hacer justicia después de casi doce años viviendo una mentira.

Una puta mentira.

Sí, seguramente era esto.

De repente, el ordenador de Aleksander comenzó a emitir una música a todo volumen. Ninguno de los dos se esperaba esto, por lo que el desconcierto fue mutuo. No fue otra que la famosa canción de *Prince*. Sonaba *Purple Rain*.

Aprovechando este momento de confusión provocado desde fuera por Danielle, la puerta del búnker se abrió de manera brusca y en él irrumpió Julie, arma en mano, que no dudó en disparar contra el hombre que apuntaba a su padre. El disparo alcanzó de lleno el pecho de Aleksander, que cayó de bruces al suelo nada más recibir el impacto de la bala.

Hawkings, ante la sorpresa de la situación que acababa de vivir, bajó el arma, sin llegar ni siquiera a pensar que Aleksander pudiera llevar un chaleco antibalas. Menos imaginó que este se levantara enseguida lo suficiente del suelo como para dispararle y alojarle un balazo en la zona baja del abdomen.

Y él no llevaba chaleco antibalas.

Julie, entre el horror de ver a su padre caer al suelo herido y la prisa por neutralizar a su agresor, se abalanzó sobre el hombre sin importarle que le estuviera apuntando ahora a ella. Este disparó hasta en dos ocasiones, pero la rapidez felina de esta, que hábilmente se desplazó en zigzag hacia él evitó que las balas impactaran en ella también.

Cuando se plantó delante de él le estampó el puño contra su cara. Enseguida comprendió que al menos un par de huesos de su mano se habían roto, la cara de ese hombre parecía de piedra. Este ni se movió tras el impacto. Acto seguido la agarró del brazo y la tiró contra el suelo para después lanzarse sobre ella. Julie rodó por el suelo evitando que los más de cien kilos que seguro pesaría ese hombre cayeran sobre su fino cuerpo. Intentó de nuevo asestarle un buen golpe pero en esta ocasión utilizó su pie. El sonido del crujir de huesos le indicó que esta vez si había tenido éxito. Cuando este levantó su cara y mostró la sangre que su nariz emanaba, se confirmó que, al menos, se la había roto.

Aun así seguía dando guerra. Aleksander se levantó y se colocó frente a Julie, ninguno portaba su arma en la mano. La de Julie estaba al menos a un metro y medio a su izquierda, la de él algo más cerca, pero igualmente no le daría tiempo a recogerla de un solo movimiento.

De repente un disparo sonó dentro del búnker.

La bala traspasó la femoral de Aleksander. La sangre salía a chorros de su muslo derecho.

Julie se giró, su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que la que sostenía el arma que acababa de disparar no era otra que Danielle, que temblaba como en su vida lo había hecho. En sus manos estaba la *Beretta* de Hawkings. Se dolía del hombro. Pensó que podría habérselo desencajado por el retroceso del arma, aunque este era el menor de los males en esos momentos.

De nuevo se giró hacia su agresor. Este estaba tirado en el suelo aquejándose de la herida recibida. Sin la debida atención iba a morir desangrado. No pensaba hacer nada para evitarlo. Ese cabrón no merecía otra cosa.

Este la miró y sonrió sin dejar de mostrar su dolor.

Julie se olvidó momentáneamente de él, lo primero era asegurar la salud de su padre. Corrió hasta su posición y se agachó para comprobar su estado. Estaba en posición fetal, encogido y con la mano encima de la herida, en el vientre. A pesar del tremendo dolor que seguro estaba sufriendo, no se quejaba. Hawkings era así.

La agente le apartó las manos. A pesar de que de la herida salía abundante sangre, parecía que la bala había entrado y salido, lo comprobó mirando su espalda. Así era.

No tenía apenas idea de medicina, solo algunas cosas que obligatoriamente aprendían en la formación y que servía para curar heridas superficiales y de poca importancia, pero parecía una herida limpia sin haber afectado nada importante. Aun así debía recibir atención cuanto antes.

—Julie, yo...

—No digas nada, por favor.

—No sé ni por qué he actuado así, me he dejado llevar por los sentimientos, he hecho lo contrario de lo que debería hacer alguien de mi posición.

—Has actuado como cualquier humano, papá —ni se acordaba de la última vez que lo había llamado así—. No te olvides que detrás del director de la CIA se encuentra el marido, el padre. No te disculpes nunca por haber actuado con el corazón.

—Siento si alguna vez he sido duro contigo...

—Papá, deja de decir tonterías y no te pongas sentimental. Eres de hierro, saldrás de esta.

Este sonrió. Julie se incorporó.

—Pide una ambulancia al 555-645321 —le dijo a Danielle—. Vendrán de la propia CIA, es mejor que no corra la voz, de momento.

Se giró hacia Aleksander. Seguía retorciéndose de dolor en el suelo mientras perdía sangre en cantidades ingentes.

—Sorpréndeme, ¿cómo has sabido que era yo? —Preguntó este abriendo solo un ojo y mostrando una sonrisa impropia de alguien que sabía que iba a morir.

—La verdad reside en vuestros corazones. Era el lema de tu puta campaña. Tanto para senador, como para presidente.

Aleksander, o como después acabaría llamándose para dejar atrás su pasado, William Pattel, sonrió.

—Eres digna hija de tu padre. O de tu madre.

—Maldito hijo de la gran puta. Me quedaré viendo cómo te desangras y sufres. Cuando mueras, sonreiré.

—Bah, ¿crees que me preocupa? —Comenzó a reír— puede que no quiera que suceda otra cosa.

Julie lo miró extrañada. No sabía qué quería decir aquel demente, pero no le importaba. Solo deseaba que muriera.

—Antes de que te vayas al puto infierno, dime por qué lo has hecho.

Aleksander sonrió de una manera un tanto macabra.

—Me caes bien, lo haré —volvió a sonreír—. Todo comenzó de manera distinta a lo que ha acabado siendo. Reconozco que cuando comencé con *Kryptos*, mi única intención era tocar los cojones con un programa letal, capaz de hacer lo que hace, lo que ahora hace. Era un reto personal para mí, ni siquiera pensaba en el dinero que podría ganar con su venta. Todo era una especie de juego, mi cerebro lo necesitaba. Nada me motivaba lo suficiente, *Kryptos* sí. Cuando en la CIA encargaron la estatua, yo todavía no tenía un nombre labrado, pero estaba en ello, ya tenía mis contactos y logré convencer al entonces director para que contratara a James Sanborn. Hablé con él y le propuse el divertido reto. Aceptó. Sanborn estuvo encantado de utilizar un sistema de cifrado que yo había estado empleando para *Kryptos*. Ya digo, todo era como un juego para nosotros.

Pattel hizo una pausa para aquejarse, el dolor lo estaba taladrando, aunque se mantenía entero.

—Pero la puta NSA consiguió, no me preguntes cómo, meter las narices en mi proyecto. Averiguó lo que me traía entre manos, aunque no tenían ni idea de quién había detrás. Supongo que me excedí en mis alardes en los primeros foros clandestinos de *hackers* que fueron apareciendo en la red. El caso es que yo cada vez iba siendo más grande dentro del poder de este país, no me costó averiguar quiénes estaban dentro de la comisión de investigación. Me los cargué a todos sin dejar rastro, no se necesita sesgar un cuello en ocasiones para conseguir un bonito cadáver.

Julie apretó los puños tan fuerte que sus nudillos se tornaron blancos. Deseaba aplastar la herida de ese enfermo con su propio pie, pero quizá eso aceleraría su muerte y era lo último que quería. Deseaba que su agonía durara. Cada vez más.

—Me tocaron los cojones, metieron sus narices donde no les importaba, yo ni siquiera tenía una intención clara y me trataron como a un terrorista. Reconozco que *Kryptos* era muy imperfecto por aquel entonces, si hubiera seguido, enseguida se me hubieran echado encima. Hice bien en dejar de lado el proyecto. Pasó el tiempo y seguí creciendo. Según mi poder iba acrecentándose, mi ambición por cuidar de mi país también lo hacía. Decidí cambiar de nombre para dejar atrás un pasado del que no me enorgullecía en esos momentos. La única persona que lo supo fue mi amigo y compañero de penurias en las guerras de Vietnam y el Golfo: Tom Hawkins. Llegué hasta presidente de este país que amo. Lo hice bajo la identidad falsa del huérfano

sin pasado que se crió en las calles. El que no tenía rastro de su vida anterior porque el sistema lo había tratado fatal. Del pobre negro que había sido ignorado por los estadounidenses de pro. Ese niño convertido en hombre que arrasó en las elecciones. Te juro que quería hacer de este un país más grande de lo que ya es. Quise hacer el bien. Siempre he defendido sus ideales, pero yo, que he estado en una guerra y la he vivido en mis carnes, jamás he compartido ese afán belicoso del pueblo. Enseguida me empezaron a criticar por mi política pacifista, nadie entendía que no necesitamos aplastar al resto del mundo para ser los mejores en todo. Mi popularidad empezó a caer en picado, necesitaba recuperar la confianza del pueblo en su presidente.

—Y montaste una amenaza terrorista en la que tú acabarías siendo el héroe —añadió Julie al comprender lo que pretendía decirle.

—Sí. Retomé el proyecto *Kryptos*, me rodeé por primera vez en mi vida de un equipo de *hackers* competente que me ayudó a perfeccionar mis ideas. Dejé de lado mi ego y logré mi objetivo. Lo demás, con *Kryptos*, fue muy fácil. Yo acabaría desmontando la amenaza terrorista con mi gestión, yo sería el héroe. El pueblo acabaría volviendo a creer en su presidente.

—Entonces, la amenaza de las cinco bombas no es real, ¿no?

Julie respiró aliviada ante sus propias conclusiones.

—La amenaza de las cinco bombas sí es real. Si lo hago, lo hago bien. Si no las detengo yo, no lo hará nadie.

La agente sintió que su corazón comenzaba a latir a toda velocidad. Aquel demente era un auténtico hijo de la gran puta.

—No veo necesario que muera gente inocente por tu puta locura, Pattel, Aleksander o como coño quieras que te llame. ¡Dime dónde están o cómo se detienen!

Aleksander comenzó a reír de nuevo, aunque esta vez con menos fuerza.

—Lo siento, un buen plan debe tener su parte B. Yo la tengo, de una forma u otra acabaré siendo un héroe. Vivo o muerto.

—¿Qué coño hablas, puto demente?

—No queda demasiado para que lo sepas.

Tosió, salió sangre de su boca.

—¡Hijo de la gran puta! —Gritó Julie dejándose llevar y hundiendo su pie contra el pecho del presidente.

Tras ese gesto, emitió un último suspiro y cerró sus ojos para siempre.

Julie se giró hacia Danielle, de manera estoica estaba al lado de su padre, taponando con sus propias manos la herida. Ya había pedido la ambulancia, no tardaría en llegar. Su padre seguía consciente.

—Danielle, rápido, déjame a mí taponar la herida y localiza al otro cabrón.

Esta obedeció y se apartó para dejar su sitio a Julie, fue corriendo hacia el ordenador de Pattel. Había conseguido acceso al mismo de manera sencilla hacía unos minutos, la contraseña de acceso era la misma que el lema de su campaña, el que les había llevado frente a él.

La verdad reside en vuestros corazones.

Nada más teclear en la pantalla —que se había vuelto a bloquear terminada la canción— la contraseña, se mostró frente a ella algo que hizo que su corazón se acelerara.

Kryptos.

—¡Julie, tengo el puto programa delante! —Exclamó excitada.

—Perfecto, localízalo primero y luego haz lo que tengas que hacer para encontrar las jodidas bombas. No podemos permitir que se nos escape ese cabrón.

—Dime el número.

Julie se dirigió a su padre, necesitaba este dato de él.

Este con una voz mezcla de la sorpresa y el dolor, se lo dijo.

En unos segundos Dannie localizó su objetivo. Le dijo a Julie la ubicación exacta. Estaba justo donde esperaban.

—Papá —la agente se dirigió de nuevo a su padre—, necesito que saques fuerzas de donde no las tienes para pedirte un último favor antes de que llegue la ambulancia. Vamos a por él, no se puede ir de rositas.

Julie le comentó a su padre cómo iba a proceder mientras Danielle buscaba dentro del propio *Kryptos* algo que pudiera decirles dónde se encontraban las bombas y cómo detenerlas.

Capítulo 26

La Casa Blanca, 14:53 (3 horas, 6 minutos, 6 segundos para la explosión).

Los agentes del Servicio Secreto ni preguntaron cuando llegaron. Tenían órdenes estrictas de dejarlos pasar, estaban al tanto de todo, poca gente podía saber lo que realmente había sucedido, pero ellos sí debían saberlo.

El vicepresidente, a través de Hawkins, una vez hubo salido de su asombro fue el encargado de dar la orden.

Todo sería más sencillo así.

La primera en acceder fue Julie, seguida por Danielle, que no podía creer que se encontrara en aquel lugar, el agente James Garick, que casi había volado para llegar lo antes posible y dos agentes del FBI.

La búsqueda en el PC de Pattel —a través de *Kryptos*— de las bombas había resultado ser un fracaso. El tiempo se agotaba y parecía que el destino estaba escrito. Para colmo de males, apenas quedaba tiempo para una acción evacuatoria de la ciudad. Ya con la tragedia casi definida, la última acción desesperada había sido sacar dos drones con georadar para intentar encontrar algo parecido a una bomba, pero al no tener ni idea del tipo de fabricación de la misma, iba a ser muy complicado. Con la misma desesperación se había movilizó a media CIA para que inspeccionaran sobre el terreno. Poco más se podía hacer, por el momento.

Accedieron por el largo pasillo que daba hacia el despacho presidencial, pero su intención no era ni mucho menos acceder a él. Tomaron una puerta blindada a cal y canto a la que se llegaba tomando un pasillo fuertemente custodiado por el Servicio Secreto a pocos metros de llegar a él. Bajaron las escaleras y tomaron el pasillo por el que se llegaba a la quizá sala más importante del planeta. Al menos donde se tomaban las decisiones más importantes.

La Sala de Situaciones.

Al entrar casi todos mostraron sorpresa, esperaban a Hawkins y a Pattel para un nuevo resumen de la situación, el tiempo se agotaba y los nervios estaban a flor de piel. El vicepresidente los había convocado de urgencia. Casi ninguno esperaba que ese pequeño comité accediera al interior.

—¿Qué pasa aquí? —Preguntó extrañado el secretario de Defensa.

—Pregúntele a él —contestó Julie señalando con su dedo índice.

Todos, sin excepción, se giraron hacia el teniente general Mckelleon. El director de la NSA no mostró expresión alguna en su rostro, a pesar de las miradas.

—¿Qué coño dices, Hawkings? —Dijo este.

—Queremos que nos explique para qué quería *Kryptos* y *Némesis*. Yo ya lo sé, pero el resto estará encantado de saber que ha estado a punto de matarnos en varias ocasiones para conseguir su propósito.

—Eso de lo que me acusas es muy grave, imbécil —dijo levantándose de su asiento, movido por la ira.

Una mano se posó sobre su hombro, uno de los agentes del FBI se había colocado tras él y con ese gesto le invitaba amablemente a tomar de nuevo asiento.

Este obedeció como un perro fiel.

—Así mejor, calmadito —comentó con sorna Julie—. Por supuesto tenemos pruebas de lo que decimos. Procede, Danielle.

—Tan pronto como me proporcionen un acceso a Internet.

La jefa de gabinete se levantó corriendo y se dirigió hacia el router, desconectó uno de los cables que transferían datos a un PC que había conectado y se lo brindó a la muchacha. Esta a su vez lo conectó a su miniportátil.

—Unos segundos que acceda a la nube y se lo muestro.

Todos miraron con expectación a lo que Danielle pretendía mostrarles.

—El agente de la CIA, Joseph Fowler, trabajaba para él. Según parece, al enterarse de la existencia de tales programas, Mckelleon se puso en contacto con él para que lo consiguiera a toda costa. Aunque este tuviera que quitar vidas. Según nos hemos enterado, el director de la NSA le prometió una enorme cantidad de dinero una vez el programa fuera vendido. Fowler, que es un cabrón pero no idiota, guardó una serie de pruebas que incriminarían a Mckelleon en caso de ser traicionado. Ahí te la ha jugado, querido —dijo mirando hacia el hombre, que la miraba con ojos asesinos—. Danielle, ¿estás lista?

La joven asintió.

—Esta llamada fue grabada por Fowler, en un intento de protegerse y que no recayera en él toda la mierda. Creo que lo hizo de manera instintiva al ver quién lo llamaba, los agentes de la CIA tenemos prohibido hacerlo cuando viene de altos estamentos, pero Fowler siempre ha sido así.

Danielle presionó la tecla Enter.

«—Agente Fowler, soy el teniente general Mckelleon, le llamo para encargarle una misión de vital importancia.

—Le escucho.

—Un programa definitivo ha aparecido, dicen que puede acceder a cualquier ordenador del mundo y además codificar mensajes ocultos imposibles de descifrar. Yo ya lo he visto con mis propios ojos esta mañana en la propia NSA. Al mismo tiempo, hay una amenaza de bomba en Washington controlada por el mismo programa, tiene la pinta de ser algo excepcional. Parece ser que hay una niña en un barrio de Brooklyn que ha contraprogramado algo que podría neutralizarlo, como lo oyes, una niña de quince años. Ambos programas me interesan, pero quizá sea más fácil hacerse con el de la niña. Te pasaré la dirección por correo cifrado. Vé, acaba con toda la familia si hiciera falta, pero hazte con el ordenador de la chiquilla, mañana mismo lo venderemos a un par de contactos y seremos multimillonarios. No puedo contarte más de momento, este no es un lugar seguro para hablar. Te paso la dirección de correo, confío en que me des resultados. Por cierto, la hija de Hawkins será la encargada de poner a salvo a la cría, localízala con *PurpleRain*, en breve te llegará el acceso a tu mismo correo, acaba con ella también si hiciera falta.

—Cuenta con ello».

Todos quitaron la vista de la pantalla, aunque solo mostraba el reproductor de audio, y volvieron a mirar, pero esta vez con un desprecio considerable, al director de la NSA.

—Teniente general Joseph Mckelleon —dijo el agente del FBI que tenía la mano sobre el hombro de este—, queda detenido por delitos de terrorismo contra el Estado, ordenar el asesinato de la agente Julie Hawkins, Danielle Graham y el resto de su familia, por conspiración y por traición al Estado.

—¿Pero qué coño hacéis? Mi intención era crear un cebo para atraer terroristas con la compra del programa —dijo a la desesperada.

—Ya, eso cuénteselo al juez —dijo el agente mientras echaba las manos de Mckelleon por detrás de la espalda y le colocaba los grilletos.

Seguidamente le dio un empujón y, acompañado del otro agente, lo sacó por la puerta.

Julie no pudo evitar sonreírle a su paso. No había podido con ella.

—Pero... ¿Dónde están Hawkins y el señor presidente? —Quiso saber el secretario de Defensa.

—Creo que eso debería explicarlo el vicepresidente —afirmó Julie.

Todos lo miraron.

Este tragó saliva y les relató la situación con todo lujo de detalles.

Algunos no pudieron evitar derramar lágrimas de la misma rabia que la situación les confería, otros, como la jefa de gabinete y el general de Ejército, tuvieron que salir a tomar el aire pues sentían que en ese reducido espacio se estaban quedando sin él.

—De verdad, siento mucho haber sido portador de tan nefastas noticias.

—No se disculpe, vicepresidente —comentó el presidente de la Cámara de Representantes—, entienda que ahora no tenemos ni puta idea de cómo proceder.

—La opción de desalojar la ciudad no puede ser llevada a cabo debido al tiempo que nos queda, algunos se salvarían, pero la situación de caos generada quizá fuera peor que la de la explosión de las bombas —comentó el secretario de Defensa.

—Puede que tenga razón —intervino el vicepresidente—, lo único que me viene a la mente es pedir por televisión que todo el mundo se quede en sus casas, pero por el bien de la nación debo inventarme algo. Si digo lo de las bombas la gente va a salir para huir, debemos jugar con el miedo y hacer que teman de verdad salir de sus casas, quizá así minimicemos los daños si no encuentran los artefactos.

Los presentes se miraron para después asentir. Julie y Danielle, que estaban dentro de la estancia junto al agente Garick no dijeron nada, pero también pensaban que era la única opción viable debido a la situación.

—Vicepresidente, ¿acepta usted el mando en esta crisis?

—Sí, yo mismo daré el comunicado, no quiero ni que me lo redacten, improvisaré.

Capítulo 27

La Casa Blanca, 16:00 (1 hora, 59 minutos, 10 segundos para la explosión).

Todas las cadenas interrumpieron la programación para emitir en directo la rueda de prensa organizada a toda prisa por el vicepresidente. Mucho se especuló entre los periodistas durante el período de más o menos media hora que había transcurrido desde el anuncio de la misma. Lo que nadie pudo imaginar fue su contenido.

Julie y Danielle tenían un sitio de privilegio en primera fila, junto a los propios periodistas.

El vicepresidente comenzó a hablar ante el silencio generado por la expectación del discurso.

—Queridos compatriotas, me dirijo a vosotros como representante de la nación pues hemos recibido una amenaza terrorista grave. Al parecer, una célula islamista pretende cometer una masacre en la bella ciudad de Washington. Han amenazado con matar a quién encuentren por la calle a partir de las cinco y media de la tarde. Desconocemos la veracidad de dicha información, pero como vicepresidente y en representación de todo el equipo de Gobierno que se preocupa y vela por su bienestar, hemos de pedirles un favor. Enciérrense en sus casas, desplegaremos el ejército para asegurar la seguridad de nuestros conciudadanos. No se vuelvan locos y piensen que son héroes, ya que los verdaderos héroes velarán por su seguridad e impedirán que nada ocurra. Han de comprender lo grave de la situación. Eso sí, a pesar de todo les pido calma y asegúrense que sus allegados se encuentran dentro de su propio hogar. Eviten edificios públicos y lugares de trabajo, mañana podrán volver a su vida normal pues les prometo que el Gobierno dará caza a esa célula y se asegurará de que el río vuelve a su cauce normal. No intenten salir de la ciudad pues las salidas han sido cerradas por nuestro ejército para evitar que los terroristas escapen. Estamos sobre ellos, estamos con ustedes.

Hizo una pequeña pausa.

—No responderé preguntas, entiendan que he de reunirme de inmediato con el presidente y gestionar esta crisis de la mejor forma que podamos. Ahora, sin más, me despido de ustedes con la promesa de que pueden confiar en su Gobierno, que daremos caza a esos terroristas pero para ello

necesitamos que colaboren y sigan mis instrucciones al pie de la letra. Muchas gracias, eso es todo. Que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

El vicepresidente dio media vuelta y salió por donde había venido. Hizo esto a pesar de que cientos de palabras se entremezclaron de las decenas de preguntas que los periodistas acreditados soltaban por doquier.

Todos querían saber más, pero él no podía contar nada.

Acababa de mentir como un bellaco a todo el pueblo americano, no era la primera vez que desde el gobierno se maquillaba una situación de crisis con otra bien distinta, pero sí lo era desde que había alcanzado ese puesto. Nunca se imaginó utilizando esa estrategia. Ahora quería desaparecer.

—¿Se sabe algo? —Preguntó al secretario de Defensa, con el que se topó de cara en el largo pasillo que estaba recorriendo.

—Nada, señor. Y esto empieza a parecer extraño. Por muy cuidadosos que hayan sido, no se pueden colocar cinco grandes artefactos explosivos repartidos por la ciudad y que nadie los vea. Quizá todo sea una patraña de Pattel, si ya nos ha engañado a todos como si fuéramos gilipollas, no veo por qué no puede volver a hacerlo.

El vicepresidente metió la mano en su bolsillo, extrajo el ya famoso entre ellos teléfono móvil.

—Mire esto, no sé si será una patraña o no, pero el tiempo sigue corriendo, queda menos de una hora y cuarenta minutos para que la cuenta llegue atrás. No sé lo que pasará, pero quiero minimizar los daños al máximo. Ahora entiendo por qué Pattel había rechazado evacuar la ciudad cuando tuvimos oportunidad, ese hijo de su puta madre quería mantener a la gente dentro de Washington. Me duele reconocerlo, pero era un genio. Un puto genio demente.

—No se martirice con eso, señor. Todos hemos caído en su juego, solo seguíamos al hombre que creíamos debía guiar el destino de este país, de esta ciudad, a buen puerto. Todos caímos en su red de mentiras, ahora, como dice, hay que intentar minimizar los daños. Sea como sea, no desistiremos en la búsqueda de los explosivos, quizá tengamos suerte. Por si acaso, tenemos a una veintena de artificieros preparados para entrar en acción inmediatamente.

El vicepresidente asintió. Al menos estaban haciendo todo lo que estaba en sus manos. Eso no le reconfortaba, pero tampoco le hacía sentir peor.

—Dé la orden de que los periodistas pueden quedarse dentro de la Casa Blanca hasta que pase la tormenta —dijo a modo de despedida—. Ya sería mala suerte que una de las bombas estuviera debajo de nosotros.

Este siguió andando por el pasillo hasta llegar al famoso despacho oval. Nada más entrar en él cerró la puerta, necesitaba estar solo.

La Casa Blanca, 17:57 (2 minutos, 13 segundos para la explosión).

—¿En qué piensas? —Quiso saber Danielle.

—En mi padre, bueno y en mis hermanas. Y un poco en la gente inocente que casi seguro va a morir —comentó mientras miraba su mano. Llevaba un aparatoso vendaje, seguramente tenía algunos huesos rotos pues apenas la podía mover, pero aquello era mucho más importante que una visita a un hospital.

—Yo también pienso en mi familia, sobre todo en el susto que tendrán en el cuerpo al no saber donde estoy.

—Tranquila, hay un agente en tu casa velando por un lado por su seguridad y, por otro, les ha explicado la situación. Saben que estás bien. No te preocupes por eso.

Danielle la miró con los ojos entrecerrados.

—Julie, no te sientas culpable.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Has hecho lo que has podido, con lo que me has contado de lo que sucedió en Irak, estoy segura que ahora cargas con cualquier responsabilidad que te rodea y eso no puede ser así.

—Supongo que es algo que ya va en mí.

—Pues no. Julie, ya has visto que ese cabrón estaba loco, podría haber pasado cualquier cosa, cualquier cosa, ¿me oyes? Lo verdaderamente importante es que se ha destapado todo y que supongo, la verdad acabará saliendo a la luz una vez pase la tormenta. Es un duro golpe para el país, pero hemos salido de peores, ¿no?

Julie la miró y sonrió, esa chica tenía algo que hubiera deseado encontrar en cualquiera de sus compañeras sentimentales. Pero estaba tranquila, sabía que no le gustaba, le atraía su personalidad e inteligencia, pero nada más. Sabía que la barrera estaba bien situada y eso la tranquilizaba.

Miró su reloj. Apenas quedaban unos segundos para la hora marcada.

La suerte estaba echada.

Sintió náuseas, el nerviosismo había crecido hasta alcanzar cotas que ni ella misma sabía que existían.

Cinco segundos.

Abrazó a Danielle.

Cuatro.

Esperó que las explosiones no mataran mucha gente.

Tres.

Deseó que su padre y sus hermanas no sufrieran daños.

Dos.

Lo mismo con ellas mismas.

Uno.

Recordó a su madre.

Cero.

Capítulo 28

La Casa Blanca, 18:01

Julie abrió los ojos. Los había apretado tan fuerte que incluso le dolían. Sintió que también había apretado en exceso la mandíbula pues casi se desencajó todos los dientes.

No había escuchado ninguna explosión. Quizá hubieran ocurrido lejos de allí o puede que hubieran sido tan flojas que apenas se hubieran dejado sentir.

Danielle hizo lo mismo. La imagen del Apocalipsis que se había generado en su cabeza nada tenía que ver con aquello. Seguían estando enteras, no había oído nada que hubiera hecho que el corazón se le hubiera terminado de salir por la boca.

Ambas se levantaron del escalón en el que estaban sentadas.

—Ven —dijo Julie a Danielle—, necesito saber qué ha pasado, seguro que ya deben estar al tanto.

Comenzó a correr y accedió al largo pasillo que desembocaba en el despacho oval. Sabía de buena tinta que todos estarían ahí, la Sala de Situaciones ya no era necesaria.

Los agentes del Servicio Secreto se apartaron al verlas llegar.

Entraron en el despacho más famoso del mundo.

Nada más entrar Julie comprobó que habían instalado en apenas unos minutos un sinfín de aparatos telefónicos, todos y cada uno de los integrantes del gabinete de crisis tenía uno en la mano.

—Nada, en la zona cuatro no ha explotado nada —dijo nada más colgar el secretario de Defensa.

—En la cinco tampoco —añadió la jefa de gabinete repitiendo el gesto.

—Nada en las zonas uno y dos —comentó el Vicepresidente—, creo que al final no ha explotado nada, que todo era una puta invención de este cabrón.

Todos respiraron aliviados, hasta se veía alguna sonrisa de satisfacción. Quizá lo único que pretendía Pattel era crear una alarma social innecesaria, no sabían muy bien con qué fin, pero no encontraban otra explicación que esa.

Julie y Danielle se abrazaron, aquella pesadilla había llegado a su fin. Casi no lo cuentan, pero al fin y al cabo lo único que importaba es que estaban sanas y salvas. Julie extrajo su teléfono móvil para llamar al hospital y contar de primera mano a su padre las buenas noticias. Había hablado con él hacía

unos veinte minutos y se encontraba bien dentro de lo que cabía. Como esperaba, la herida había sido limpia aunque eso sí, por los pelos. Un centímetro más a la derecha y no lo hubiera contado.

Justo cuando iba a darle a la tecla de llamada y ante el júbilo que se había desatado dentro del despacho, el teléfono que estaba frente al vicepresidente comenzó a sonar.

Todos quedaron en silencio. Mudos.

Este miró al secretario de Defensa antes de descolgar. La mano comenzó a temblarle. No habían sopesado la posibilidad de que los artefactos hicieran explosión con algo de retraso. Se habían dejado llevar por la emoción.

El secretario de Defensa miró al vicepresidente y asintió. Tenía que descolgar. No se escuchaba a nadie respirar en aquellos momentos.

—¿Sí?

—Señor —dijo su interlocutor—, ponga las noticias a toda prisa, da igual el canal, todas están dando lo mismo.

Colgó a toda velocidad. Buscó el mando de la televisión, no sabía dónde lo había puesto Pattel. Abrió un cajón y lo localizó. Encendió el gigantesco plasma que reposaba en una de las paredes del despacho.

Apareció la presentadora más famosa de la NBC, su rostro parecía desenchajado. Le dio todo el volumen que pudo.

—Al parecer los cuatro vídeos han llegado a todas las redacciones a las seis en punto de la tarde, no se conoce el destinatario pues según los expertos informáticos que hemos podido consultar en tan poco tiempo, han sido enviados desde servidores fantasma. Ni ellos mismos se pueden explicar cómo, pero el caso es que la información que muestran, en caso de ser verídica pondrían patas arriba un país que ya vive una situación surrealista desde que hace dos horas, el vicepresidente ha hecho el anuncio de un ataque terrorista que en teoría se estaría produciendo ahora mismo. Les volvemos a poner los cuatro vídeos seguidos, son cortos, pero revelan datos que nadie podría esperar.

El primer video mostraba la realidad de los ataques del 11-S, cómo el gobierno conocía que se iban a producir y cómo no hizo nada para impedirlo y así encontrar un motivo para declarar la guerra al Islam y fijar puntos de interés en sus tierras. Lo que no imaginaron es que se les acabaría yendo de las manos y en ellos moriría mucha más gente de la que en un principio esperaban. Varios documentos firmados por los líderes de aquel entonces se sucedían en los mismos, incluso pequeños fragmentos de vídeos grabados con

cámara oculta en las reuniones para determinar qué se hacía frente a los ataques.

En el segundo vídeo aparecían documentos que probaban cómo el programa conocido como HAARP —*High Frequency Active Auroral Research Program*— había provocado el terremoto de Haití en 2010. Un programa, que servía para estudiar las propiedades de la ionosfera y potenciaría avances tecnológicos que favorecerían las radiocomunicaciones y sistema de vigilancias. En realidad, el objetivo real del HAARP era demostrar que sería capaz de producir cambios climáticos. En cambio provocó un desastre natural que causó más de cuarenta y cinco mil víctimas.

En el tercero aparecían imágenes muy antiguas pero que demostraban que Pearl Harbor fue un ataque acordado entre los gobiernos de Japón y Estados Unidos para montar una guerra útil para sus intereses. La política japonesa deseaba derrocar al emperador, o disminuir su poder y la norteamericana necesitaba tomar el lugar definitivo como líder de Occidente. El trato comprometía la posterior lealtad absoluta de Washington a Tokio. Por eso el ataque nuclear del año 45 fue con bombas pequeñas y lejos de Tokio.

En el cuarto y último se mostraban unas imágenes recientes de un Osama Bin Laden bien vivo. Las imágenes eran probadas con la fecha de un periódico local, por lo que desmontaban la teoría de que el gobierno anterior hubiera acabado con el terrorista más buscado de la historia. Para acabar se mostró cómo se trucaron las imágenes de un Bin Laden fallecido con las de otro cadáver que se parecía a él.

—Como ven —prosiguió la periodista nada más aparecer en pantalla—, las imágenes hablan por sí solas. Estamos a la espera de la confirmación por parte de la Casa Blanca de su veracidad aunque, si me permiten dejar de lado la objetividad que debe tener cualquier profesional de mi sector, parece ser que nos han estado manipulando como a marionetas durante años. Se especula de la llegada de nuevos vídeos que pueden hacer que el país se tambalee mucho más de lo que lo está haciendo en estos momentos.

El vicepresidente le quitó voz a la televisión a la vez que se echaba las manos a la cabeza. Aquello era el caos total.

Todos permanecieron en silencio, ninguno podía decir nada.

Y eso que todos conocían esas historias, a excepción de Julie y Danielle, claro.

—Así que esas eran las bombas que harían explosión a las seis de la tarde... —acertó a decir Danielle, que no salía de su asombro.

—Unas bombas que, desde luego, hacen mucho más daño que las que hieren físicamente —comentó Julie con los ojos entornados.

Se giró hacia el vicepresidente.

—¿Cómo han podido engañar a la población durante tanto tiempo? — Quiso saber la agente.

Este intentó hablar, pero no le salían las palabras. Su rostro estaba blanco, tanto como la nieve.

—Déjelo, visto lo visto me echará alguna milonga y se quedará tan tranquilo, como han hecho ustedes y sus antecesores. Jamás en mi vida había sentido tanto asco, me avergüenzo de ser norteamericana.

—¡Dale voz a la tele! —Exclamó Danielle—, falta una bomba y por la cara de la presentadora, ¡acaba de llegar!

El secretario de Defensa subió de nuevo el volumen, el vicepresidente no podía ni moverse casi.

—Al parecer, por un archivo de texto que ha llegado junto al último vídeo que hemos recibido, se nos confirma que el autor de estos envíos no es otro que nuestro presidente William Pattel. Según la nota y cito textualmente: «Necesito vivir en el país honesto en el que todo norteamericano creía vivir. Necesito que se sepa la verdad, que todos puedan ser conocedores de las barbaridades que su país ha cometido, manteniendo a los ciudadanos engañados como si fueran imbéciles» —la presentadora hizo una pausa—, en la redacción ya han visto el vídeo y debo contarles algo: El presidente ha sido asesinado de la forma más cruel al parecer a manos del director de la CIA, Thomas Hawkings; de su hija, la agente Julie Hawkings y una muchacha que no parece ser mayor de edad cuya identidad todavía se desconoce. Les advierto que las imágenes que van a ver pueden herir su sensibilidad ya que muestran el momento de la muerte del presidente.

El vídeo comenzó a reproducirse, al parecer Pattel tenía instalada una cámara en una de las esquinas del búnker que recogió todas las imágenes sin sonido, aunque el vídeo solo mostraba la pugna con Julie después de recibir el balazo en el chaleco y cómo Danielle acababa disparando a Pattel en el muslo. La imagen se cortó y apareció Julie apretando el pecho del presidente con su pie.

—Como han podido ver —dijo la presentadora nada más aparecer después del vídeo—, el presidente ha sido brutalmente asesinado a manos de, repito, el director de la CIA, su hija que también es agente y una muchacha desconocida que podría no ser mayor de edad. Disculpen lo atropellado de las

noticias, pero están llegando a una velocidad inquietante y no damos abasto contrastando informaciones.

De repente un disparo impactó en la televisión que, como era lógico, se apagó de inmediato. Todos miraron la fuente de ese tiro. El vicepresidente había aprovechado un momento de descuido y le había arrebatado el arma al general de Ejército.

—Señor —dijo el secretario echándose hacia atrás con la mano derecha hacia adelante, en un intento de gesto conciliador—, le pido que no cometa ninguna barbaridad, la situación ya es lo bastante tensa para que usted la empeore. Por favor, deme el arma y no cometa una estupidez.

El vicepresidente los miró a todos, desesperado, introdujo el arma en su boca y sin vacilar, apretó el gatillo.

La bandera que tenía justo detrás se llenó de sangre, restos de cráneo y masa encefálica.

Danielle, que había soltado un chillido con la detonación, se había abrazado a Julie y no quería mirar cómo el cuerpo sin vida de aquel hombre caía el suelo doblando las rodillas.

Los dos agentes del Servicio Secreto que custodiaban la puerta entraron corriendo al escuchar el disparo. Se encontraron la dantesca escena provocada, por un lado por el horror de lo que acababan de ver en televisión y, por otro, lo que acababan de presenciar ahí mismo.

Todo era un caos, Pattel había conseguido exactamente lo que quería, quedar a los ojos de todos como el salvador de los Estados Unidos de América.

Capítulo 29

Un lugar sin revelar, dos años después.

Quizá, lo correcto hubiera sido decir que Estados Unidos cambió a partir de ese día, pero de hecho fue el mundo entero el que cambió.

El país más poderoso del mundo quedó a los ojos de todos como un conjunto de mentiras, nadie sabía si su vida era real o todo era producto de lo que los líderes querían que creyeran. Muchos optaron por emigrar del país, otros, por puro patriotismo, se quedaron y confiaron en que todo lo que habían hecho, había sido por el bien de la nación.

El Gobierno en bloque tuvo que dimitir de inmediato y se formó una comisión de intelectuales cuya única intención era sacar al país de ese atolladero en el que había entrado. Algo por el momento imposible pues el caos seguía reinando en el que había sido el eje que hacía girar todo el planeta.

Los mercados cayeron en picado nada más salir las noticias al exterior y el globo entero entró en una crisis sin precedentes. Muchísimos ciudadanos comenzaron a preguntarse si su gobierno había hecho lo mismo que los norteamericanos y se vivieron escenas de auténtica tensión en las grandes capitales del mundo. En muchos países, entre los que destacaban Alemania, Chile o España, el gobierno tuvo que salir huyendo ante la presión ciudadana de convertir las calles en verdaderos campos de batalla. En todos ellos también se nombraron comisiones para tratar de restablecer el orden.

Tardaron mucho tiempo en conseguirlo a base de transparencia en las gestiones y cientos de acciones sociales.

A Julie ya no le importaba nada, se había trasladado a aquel pequeño pueblo perdido de la mano de Dios junto a su padre y sus hermanas. La presión social los había hecho huir porque, aunque jamás los acusarían formalmente de nada pues las altas esferas conocían la verdad de lo que había sucedido, el pueblo pedía sus cabezas. Adoptaron nuevas identidades y se dedicaron a vivir la vida como una normal familia de extranjeros que habían venido a gastar su dinero en gozar de tranquilidad. Aunque en realidad esa tranquilidad nunca llegó, al menos para Julie, que cada noche se despertaba con pesadillas sobre lo que había pasado.

Los Graham también se habían trasladado a ese pequeño rincón de la misma manera que los Hawkins, a partir de ahora se les conocería como la familia Smith.

A Danielle se le permitió seguir estudiando para no desaprovechar su potencial, quizá algún día pudiera volver a la tierra en la que antaño creyó y formar parte de ese grupo de personas que se encargarían de protegerla. Pero eso sí, con la verdad siempre por delante, por cruda que fuera.

Némesis fue guardado en un *pendrive* y escondido bajo llave por ella misma.

Aunque jamás pudo imaginar que no tardaría tanto como pensaba en necesitar de su uso.

Acerca de Kryptos

Una vez has leído la novela, querido lector, quizá convenga aclarar qué es todo esto de Kryptos.

Todo surge de un tuit. En él pido a mis seguidores de la conocida red social que me envíen, a modo de reto, sugerencias de inicio de un relato que yo mismo continuaré. No esperaba la repercusión que tuvo y el éxito de la convocatoria pues recibí decenas de propuestas. Me costó tanto decidirme que opté por tres, no eran otros que los enviados por **@PaniTheBoss** (Su tuit abre el libro: «*Hay momentos en los que un hombre tiene que hacer lo que hay que hacer*»). El niño le vio coger su Glock y salir. No le dijo nada. Nunca más volvió a hablar. **@El_Sr_Soprano** (tuit en el capítulo 24: «Sí, lo hice. Lo hice por venganza, no busques ninguna otra razón. Merecían pagar por sus actos. Yo los asesiné... a todos y cada uno») y la periodista de RTVE **@AnaRuizE** (Tuit en el capítulo 19 con una ligera modificación al original: «Fadilah llora en el vagón. La miro en silencio, avergonzada. Una niña se acerca y le toca la mano. “¿Tienes pupa?” pregunta. Sacude la cabeza.»). El problema surgía en que eran muy distintos y en un relato corto, no iban a encajar. Decidí convertirlo en novela corta.

La historia comenzó a germinar en mi cabeza al mismo tiempo que la duda sobre qué hacer con él una vez escrito. En mis pretensiones jamás estuvo la de comercializarlo pues no quería ganar dinero a costa de, digámoslo así, la idea de otros, por lo que pensé que lo mejor era regalarlo. Justo en ese momento vi una noticia que me indignó de tal manera que me hizo replanteármelo todo. No era otra que la decisión de las altas esferas de cerrar comedores escolares en Verano «porque da mala imagen». A partir de ahí lo tuve claro, me interesé por las ONG que luchaban por esa causa y me decanté, por sugerencia de una amiga (**Cristina Sanz**), por Educo y su programa de Becas comedor. Decidí que cada céntimo que generara la venta de la novela iría destinado para esos niños que, tristemente en más casos de los que creemos, solo disponen de esa comida decente a lo largo del día. Todo el dinero recaudado para siempre, irá a esa causa. Educo enseguida me brindó todo su apoyo desde el momento cero y eso lo facilitó todo.

Acto seguido y con la historia ya en mi cabeza, pensé que quizá sería una buena idea contar con cuatro autores de primer nivel para, por un lado dar calidad al texto y después, atraer más lectores, generar más venta y por lo

tanto más ayuda para esos niños. Y qué coño, que moría por escribir algo codo con codo junto a ellos, ¿quién en su sano juicio no querría escribir al lado de **Bruno Nieves, César Pérez Gellida, Gabri Ródenas y Roberto López-Herrero**? Aceptaron sin pensarlo un solo instante, son grandes escribiendo, pero más grandes como personas. Siento parecer egoísta pues el fin de esta novela es puramente solidario, pero has de permitirme que goce al estar rodeado de estos cuatro monstruos.

Coordinarlos fue más sencillo de lo que pueda parecer, yo soy el pequeñito (tanto literariamente como de edad, jaja) de los cinco y son tan grandes que poco podía decirles, tan solo cómo empezaría su capítulo. Su genialidad es tal que no solo han cumplido, sino que en todos y cada uno de los casos han superado en mil mis expectativas. Genios como ellos, pocos.

Pronto se añadió **Chevi** como colaborador, me sorprendió no solo su calidad trabajando con imágenes, sino como persona. Su ilusión e ideas me contagiaron enseguida, es un genio como pocos y ofreció su ayuda de inmediato de manera desinteresada. A pesar de ello, su trabajo no se podría haber hecho mejor. Imposible.

Cuando ya estábamos metidos en faena, a Roberto se le ocurrió una idea que a mí me fascinó: grabarnos a todos y que **Luis Endera**, un director de cine con un talento como yo nunca había visto antes, nos metiera en una especie de documental. Pocas cosas me pueden hacer más ilusión (y sigo siendo egoísta) que quedar para la posteridad en un mismo vídeo que semejantes figuras. Sobre todo si el que monta el vídeo (y que por cierto, se desplazó para grabar a un servidor él mismo) es el genio de Luis Endera.

Una vez a estaba todo a punto, pensé que molaría que el libro tuviera un prólogo, en seguida pensé en el más grande, en **Juan Gómez-Jurado**. Pensé que sería algo imposible pues Juan siempre está liado en mil cosas y, simplemente por falta de tiempo, no podría. ¿Creéis que lo pensó? No, ni lo más mínimo. Nada más contarle el proyecto se lanzó de cabeza para buscarme un hueco en su apretada agenda y encontrar el momento de realizar ese ansiado prólogo. Imagina que de repente te encuentras trabajando codo con codo con tu ídolo, entenderás lo que siento.

Resumiendo todo lo que has leído, querido lector, Kryptos es el producto de una locura que espero sirva para ayudar a los más indefensos, los niños. No debemos permitir que la situación continúe por el camino que lleva y tenemos que aportar nuestro grano. En este caso, ya sabes, Kryptos sirve para que, con cada céntimo generado con su venta (sí, el 100 % de los beneficios),

se aporte un poquito más a la lucha de la ONG Educo con su programa de Becas Comedor. Podemos conseguir mucho, podemos entre todos.

Estaré encantado de recibir vuestros comentarios, críticas, sugerencias y lo que queráis en mi Twitter (@BlasRuizGau), siempre es un placer conocer de primera mano vuestra opinión.

GRACIAS.

Agradecimientos

La parte más complicada de todo libro que se precie. Espero no dejarme nadie fuera.

En primer lugar, cómo no, agradecer a mi mujer, Mari, todo su apoyo incondicional hacia mí. Da igual lo que haga o cómo lo haga porque siempre está a mi lado y eso no tiene precio. Quiero que sepas que todo lo que hago es siempre por ti, tú me das fuerza y sé que me la seguirás dando. Gracias por darme siempre una palabra amable cuando ni la merezco y por aguantarme. Jamás dejaré de quererte, jamás. Mi único anhelo es estar algún día a la altura de lo que te mereces. Gracias también por traer al mundo al ser que nos llena de alegría, el pequeño Leo no podría estar mejor hecho. Lo sois TODO para mí. TODO.

Gracias a mis cuatro jinetes: Roberto López-Herrero, Bruno Nievas, Gabri Ródenas y César Pérez Gellida por colaborar de la forma que lo habéis hecho en esta locura. No os habéis limitado a escribir un capítulo cada uno y habéis estado a mi lado como si hubierais escrito cada palabra de toda la novela a mi lado. Me habéis hecho sentir uno más a vuestro lado y, teniendo en cuenta lo grandes que sois, no es moco de pavo. He aprendido tanto de vosotros que no habría dinero en el mundo como para pagarlo. Me quedo con esa sensación de hermandad y camaradería que ha reinado en todo momento, en el fondo no quería que esto acabara, entendedme, jajaja.

A Juan Gómez-Jurado porque, a pesar de ser una de las personas más atareadas que he visto en mi vida, ha sacado tiempo para involucrarse en esta locura. Ni siquiera lo pensaste, tu nivel de compromiso es increíble. Da gusto que seas como eres, siempre estás para todo el mundo. Eso te hace más grande todavía. Es un honor que tu nombre aparezca junto al mío en una portada, jamás lo pude imaginar. Quizá sea verdad eso que dicen de los sueños... Gracias.

A Chevi, porque desde un primer momento te lanzaste de cabeza dentro de este proyecto y tu energía sirvió para contagiarme a mí mismo. Eres un torbellino de ideas y eso te hace una persona muy valiosa, más de lo que tú te piensas. Muchísimas gracias por tu colaboración como «portadista», jaja, no puedo estar más satisfecho con tu trabajo y te aseguro que esto no quedará aquí, que trabajaremos muchas más veces juntos. Eres muy grande.

A Luis Endera. El documental sobre Kryptos que te has curado es la hostia, tienes un talento innato y una visión para todo lo que haces que da miedo. No sabes cuánto me alegro que la vida nos juntara porque te considero un amigo como pocos, siempre dispuesto a ayudar de manera desinteresada y con una energía contagiosa. Me es difícil encontrar las palabras para agradecértelo todo porque dudo que existan. Te aseguro un éxito tremendo como el pedazo de director de cine que eres, vas a triunfar que va a asustar y todo, jaja. Gracias por estar siempre.

Mención especial y aunque ya le he dado las gracias arriba merece Roberto López-Herrero, pero esta vez con su otra mitad, Susi (como solo a mí me permite llamarla). Este párrafo me cuesta escribirlo porque no sé cómo expresar lo que siento por vosotros. Quizá me llamen loco debido al tiempo que os conozco, pero creo que sois dos de las mejores personas que he conocido jamás. Sin más. Desde el primer momento sabía que erais «expeciales» y no me equivoqué, cualquier palabra que os diga está de más, por lo que puedo resumirlo todo en: Os quiero un huevo y parte del otro. Gracias por dejarme que me cruzara en vuestro camino. GRACIAS.

A Pani, Rubén y Ana Ruiz Echauri, porque gracias a vosotros Kryptos es como es. Vuestros tuits sirvieron como una parte de inspiración para la novela, sois parte de ella. No puedo dejar de recordar aquel día en el que recibí vuestras propuestas y mi cabeza comenzó a maquinarlo todo, vosotros tenéis la culpa de que esté escribiendo estas líneas en esta novela. Gracias.

A mis lectores betas: Javier Muniz, Rita Piedrafita, Olga Andérez, Cristina Sanz, Susana Pascual «*Ricitos*», Sonia March, Silvi Ortega, Silvia García, Luis García, Chus Madurga y Señorita Puri. No os podéis hacer una mínima idea de lo que me habéis ayudado. Gracias a vosotros Kryptos presenta el aspecto que tiene ahora mismo. Gracias a vuestras sugerencias, consejos y correcciones, no puedo estar más contento de teneros en el equipo, porque sois parte de él. Estoy seguro que volveréis a hacer de beta en alguna de mis futuras, os necesito para ofrecer algo de calidad.

A la ONG Educo, por facilitarme tanto las cosas y por darlo todo en la lucha diaria contra la pobreza y el hambre infantil, espero que esta locura sirva para, al menos, paliar un poco el problema. Sé que no es suficiente, pero es una pequeña piedra, si todos pusiéramos una, al final conseguiríamos hacer una casa. Gracias, de verdad.

A Chus, mi agente, por estar siempre ahí y hacérmelo todo tan fácil. Siempre luchas por mí y eso es algo difícil de agradecer, porque no existen las palabras. Gracias por preocuparte tanto por mí, no solo en lo literario, sino en

lo personal también. Te lo he dicho muchas veces, pero sé que juntos llegaremos hasta el infinito y más allá. Gracias, Chus, gracias.

A mi familia, en general. Sois tantos que es difícil hacerlo una a uno. Gracias por estar toda mi vida a mi lado, apoyándome y dándome cariño.

Al equipo de Ediciones B, gracias por confiar en un chalado como yo. No tenéis ni idea el tiempo que llevo soñando con formar parte de vuestra familia. Es un sueño hecho realidad.

A toda la gente que he conocido en este mundo de la literatura, no hablo solo de escritores, sino también de lectores (sobre todo en las redes sociales), sois tantos que necesitaría cien páginas para nombraros, pero sabéis de sobra quiénes sois y os agradezco vuestro apoyo y cariño. Sois la caña.

Y a ti, querido lector, cómo no. Gracias por comprar esta novela, no sé qué te ha impulsado a hacerlo, pero espero que no te arrepientas. En ella va un trocito de mí, así como un trocito de cuatro fieras. Gracias. Espero la disfrutes.

Blas Ruiz Grau.
Almoradí, Alicante. Junio 2015.



BLAS RUIZ GRAU, escritor nacido en Rafal, Alicante, en el año 1984. Autopublica su primera novela, «La verdad os hará libres», un *thriller* religioso, en 2012. Un año después, publica su continuación, «La profecía de los pecadores», con la que alcanzó un gran éxito en ventas. En 2015 su tercer trabajo, «Kryptos», un *thriller* tecnológico trepidante, en apenas unas horas se coloca en el número dos de los más vendidos y dona todo su beneficio a la ONG Educo. En 2017 llega su obra «Siete días de marzo», que solo hizo certificar ese creciente éxito literario que ha consagrado a Blas como a uno de los autores con más presente y futuro de la actualidad. En 2018, de la mano de Oberón (Grupo Anaya) se edita «¡Que nadie toque nada!», un ensayo sobre que se centra en los mitos y realidad del procedimiento policial y forense. Este libro, nacido en la web <https://t.co/UuzHC4K3ZM>, lo coloca como a uno de los referentes de la investigación criminal del panorama nacional. En 2019 le toca el turno a «No mentirás», obra que lo encumbra en el panorama literario nacional y con el que consigue agotar su primera edición en tan solo un día. Ese mismo año edita «Asesinos en serio», un ensayo sobre los peores psicópatas de la historia (de nuevo con Oberón), el cual certifica su éxito y prepara el terreno para lo que seguirá llegando. En 2020 vuelve a cosechar un éxito arrollador con «No robarás», la que es su última novela hasta la fecha.